REALIDAD

REVISTA DE IDEAS

Sumario

GO	ETHE Y LA FILOSOFIA DEL DIBUJO Alfonso Reyes
LA	ECONOMÍA, LA TÉCNICA Y EL MUNDO
	DEL FUTURO Jesús Prados Arrarte
LA	HEREJÍA DEL UTOPISMO S. Franck
Co	MEDIA DE CALISTO Y MELIBEA Enrique Anderson Imbert
	PARA UNA DEFENSA DE LA POESÍA Enrique Luis Revol
	SUPERVIVENCIAS DE LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII A. Fernández Suárez Muerte y transfiguración de Martín Fierro Carlos S. Viamonte
	SOBRE ERASMO Juan J. Fitzpatrick
	ACTITUD DE LUGONES Juan Carlos Ghiano
	UN CADÁVER VIVIENTE Julio Cortázar
	PANORAMA DE LA NOVELA VENEZOLANA Aida Cometta Manzoni
	Correo Literario de París Juan Andrade
	TEATRO I R Wilcock

NOTAS DE LIBROS

por Fryda Schultz de Mantovani, Eduardo González Lanuza, Guillermo de Torre y otros.

LA CARAVANA INMÓVIL

MAYO JUNIO 15

VOLUMEN QUINTO

BUENOS AIRES

REALIDAD

Revista de ideas

Publicación bimestral

CONSEJO DE REDACCIÓN

Director: FRANCISCO ROMERO. Consejeros: AMADO ALONSO, FRANCISCO AYALA, CARLOS ALBERTO ERRO, CARMEN GÁNDARA, LORENZO LUZURIAGA, EDUARDO MALLEA, E. MARTÍNEZ ESTRADA, RAÚL PREBISCH, JULIO REY Pastor, José Luis Romero, Sebastián Soler, GUILLERMO DE TORRE.

Toda la correspondencia deberá ser dirigida a la Secretaria de Redacción, a nombre de Francisco Ayala o Lorenzo Luzuriaga.

Todos los trabajos que inserta esta revista fueron especialmente escritos para ella; queda prohibida su reproducción total o parcial sin mencionar la procedencia.

> No se mantiene correspondencia sobre originales espontáneamente enviados.

PRECIOS:

Argentina, suscripción anual \$ 25 .- m/arg.; número suelto, \$ 5 .- . Países de lengua española o portuguesa, suscripción anual, 5,50 dólares; número suelto, 1,25 dólares. Otros países, suscripción anual, 6.- dólares; número suelto, 1,50 dólar.

Secretaría de Redacción y Administración:

Archard Historde Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Novedades

E. T. BELL: Los grandes matemáticos. Desde Zenón a Poincaré. S vida y sus obras \$ 50
Una visión total de la evolución del pensamiento matemático y de las vida de sus principales exponentes, desde Zenón de Elea y Eudoxio de Gnido has Weierstrass y Cantor. Un volumen de 690 páginas encuadernado en tela ilustrado.
FRANÇOIS PORCHÉ: Baudelaire. Historia de un alma \$ 20
Una imagen completa de la vida atormentada y dramática del gran poeta una reconstrucción de su época. Con ilustraciones,
UNA POPE-HENNESSY: Charles Dickens \$ 22
Se conocen sus novelas tan populares pero se ignora que su vida fué tambié una novela. Su infancia, desgraciada, sus amistades literarias, sus preocupaciones filantrópicas, su vida sentimental, etc. Con ilustraciones.
MAURICE ASHLEY: Oliver Cromwell. Una dictadura conservador
El autor demuestra que la política de Cromwell, el famoso protector de Inglaterra, fué conservadora y dictatorial. Si Carlyle pintó un Cromwell "blanco y Belloc un Cromwell "negro", Ashley nos pinta un Cromwell con sus verda deros y mezclados colores a la luz de nuevos documentos.
JUAN RAMÓN JIMÉNEZ: Sonetos espirituales. Biblioteca Contemporánea Nº 222 \$ 3.—
Juan Ramón Jiménez que domina todas las técnicas del verso, da asimism al soneto una maestría singular. He aquí uno de sus más famosos libros qu estaba agotado hace muchos años.
AZORIN: Valencia. Biblioteca Contemporánea Nº 223 \$ 3.50
En Valencia, nuevo libro de Azorín, éste revive novelescamente sus primero pasos literarios. Tanto por su fondo autobiográfico como por los primeres de su estilo, Valencia es una obra maestra.
EDITORIAL LOSADA, S. A.

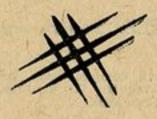
ALSINA 1131 - BUENOS AIRES

MONTEVIDEO . SANTIAGO DE CHILE . LIMA

Exclusivamente para el libro

BARTOLOMÉ U. CHIESINO

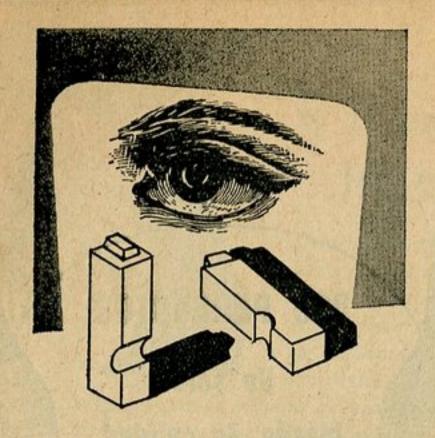
ARTES GRÁFICAS



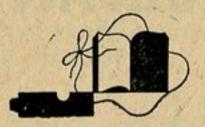
A M E G H I N O 8 3 8

AVELLANEDA

T. E. 22 AVELLANEDA 7780



Una mirada vigilante acompañará a su original desde que usted nos lo confía basta que se lo devolvemos transformado en libro.



IMPRENTA LÓPEZ

el servicio del libro
PERU 666 - BUENOS AIRES

Archivo Historico de Revistas Argentina





William Hyde Wollaston

Debían transcurrir más de cien años del descubrimiento del platino para que este valioso metal pudiera ser trabajado. Fué un doctor inglés, William Hyde

Wollaston quien comprobó que la esponja de platino era maleable cuando se la comprimía fuertemente. Utilizando este proceso consiguió construir aparatos de platino sobre una base comercial.

Wollaston nació en 1766. Conferenciante de medicina en Cambridge ejerció hasta retirarse en 1800 para dedicarse a la química descubriendo dos nuevos metales: el paladio y el rodio. Investigó la producción de electricidad por medios químicos y llevó a cabo experimentos en óptica. Inventó el "cryophorus" un instrumento que demuestra el descenso de la temperatura del agua al evaporarse.

Falleció en 1828. Cada pieza de los aparatos de platino de los laboratorios de todo el mundo, constituyen un monumento al trabajo de este científico británico.



Imperial Chemical Industries Limited, Londres

REPRESENTADA EN LA ARGENTINA POR



INDUSTRIAS QUIMICAS ARGENTINAS "DUPERIAL"
Edificio "Duperial" - Paseo Colon 285 (R 44) T. E. 34, Defensa 2191 - Bs. As.

Archivo Historico de Revistas

CASA ITURRA

SOCIEDAD ANÓNIMA COMERCIAL

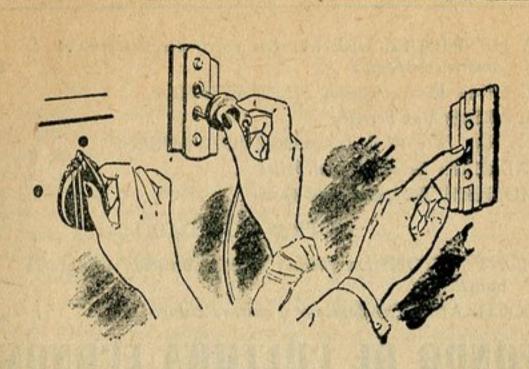
Papeles para las Artes Gráficas

公

ALSINA 2228 al 2252 BUENOS AIRES

SUCURSALES:

Rosario, Córdoba, Mendoza, Santa Fe, Mar del Plata, Bahía Blanca, Tucumán, Resistencia y Corrientes.



Hasta tanto se pueda ampliar suficientemente la capacidad de producción de las usinas eléctricas, procure utilizar su plancha, calentador, tostador, pava-tetera, secador, etc., fuera de las horas de mayor consumo, que en estos momentos son las comprendidas entre el atardecer y las 22 horas.

De ese modo, usted contribuirá a que la Industria Argentina pueda disponer - en bien de todos - de la electricidad que necesita para atender la constante y creciente demanda de sus productos.



CADE COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

de Revistas Argentinas

Acaba de aparecer la versión castellana del libro de P. HENRÍQUEZ UREÑA: Las corrientes literarias en la América bispánica \$ 18.— El Nº 45 de la colección TIERRA FIRME: A. ARIAS: Vaz Ferreira , 11.— Los Nos. 16 y 17 de la colección BREVIARIOS: SALAZAR: La danza y el ballet , 11.— MURRAY: Eurípides y su época , 5.— OTRAS NOVEDADES HUNTINGTON: Las fuentes de la civilización (geografía humana) , 37.— COCHRANE: Cristianismo y cultura clásica , 30.— FONDO DE CULTURA ECONOMICA INDEPENDENCIA 802 BUENOS AIRES REALIDADO DA D

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

Sr. Gerente de REALIDAD, S. R. L. Defensa 119, 1° - Buenos Aires.

Ruégole me suscriba a la Revista Realidad por un año, a partir del nº ... a cuyo efecto incluyo el importa de *

Firma

Nombre completo

Domicilio

REALIDAD

SUMARIO DEL Nº 14

WITTGENSTEIN O LA DESTRUCCIÓN	José Ferrater Mora
EL HUMANISMO Y MISTICISMO DE A. HUX	LEY Concha Zardoya
Las dos metáforas constitucionales .	B. Canal Feijóo
Los ojos de Berceo	Daniel Devoto

MAGIA Y REALIDAD, Fryda Schultz de Mantovani; Carta de España, Ricardo Gullón; Digresión sobre la etiqueta, José Juan Bruera; El gusto por la publicidad, George Pendle; La máquina de gobierno, Jesús Prados Arrarte; La historia de la matemática, Francisco Vera; Revelaciones sobre la "conducta sexual", Jaime Perriaux; Dudadores, Jorge Luzuriaga; Teatro, Miguel Alfredo Olivera; Ortega expone a Toynbee en Madrid.

NOTAS DE LIBROS, por Guillermo de Torre, Julio Cortázar, Carmen Gándara y otros.

LA CARAVANA INMÓVIL REVISTA DE REVISTAS. LIBROS RECIBIDOS



Próximas publicaciones de REALIDAD

MARTIN HEIDEGGER

CARTA SOBRE EL HUMANISMO

El célebre filósofo alemán, una de las figuras más colosales del pensamiento moderno, fija con rigor y profundidad en este reciente documento intelectual su propia posición frente al existencialismo que ha difundido en Francia Jean-Paul-Sartre.

JULIO CAILLET-BOIS

LA LITERATURA HISPANOAMERICANA

Estudiada en sus figuras representativas, cada una de ellas dentro de su respectivo marco histórico, ofrece por vez primera este libro del prestigioso especialista argentino un panorama completo, ordenado y sistemático de la literatura americana de lengua española.

Argentina, \$ 25.— Países de lengua española o portuguesa, 5.50 dólares. Otros países, 6 dólares. Colección completa (dos años), \$ 50.— m/n.

Inmediatamento

se pondrán a la venta los dos primeros títulos de nuestras ediciones

EDUARD SPRANGER

LA EXPERIENCIA DE LA VIDA

A su edad avanzada, el gran filósofo y pedagogo alemán plantea y dilucida este problema: ¿En qué consiste la curiosa especie de saber, intransmisible, intransferible, que sólo es válido para cada uno y que sólo en el curso de la propia vida se adquiere: el saber de experiencia? Tal es la última, luminosa lección del maestro.

ALEX COMFORT

LA NOVELA Y NUESTRO TIEMPO

El autor, uno de los más brillantes escritores jóvenes de Inglaterra, cuya firma conocen los lectores de REALIDAD, acomete aquí, con la valentía intelectual y la lucidez que lo caracterizan, el tema de las posibilidades, perspectivas y función del género narrativo en la desconcertante sociedad actual, cuyos rasgos temerosos pone de relieve. Su originalidad hará muy discutida esta obra.

Precio \$ 6.—

REALIDAD

REVISTA DE IDEAS

PUBLICACION BIMESTRAL

Año III

Mayo-Junio 1949

Vol. 5

GOETHE Y LA FILOSOFIA DEL DIBUJO

Por ALFONSO REYES

OETHE no nació para pintar con pinceles. En este sentido, T hubo que rectificar tardíamente una falsa vocación, que ponerle un límite. Pero no por eso es menos cierto que tenía un pintor en la cabeza. Mejor dicho, un dibujante. "El dibujo -dice un día a Müller- educa y adiestra la atención, y éste es el punto supremo de todas las perfecciones y virtudes". (30-XI-1816). Y antes le ha dicho: "De que yo abro los ojos, veo cuanto hay que ver en las cosas" (12-V-1815). Y en otra ocasión observaba, cuenta Eckermann, que la gente debería leer menos y dibujar más.

A veces, sus inspiraciones poéticas parten de una mera estampa vulgar: ha visto cuanto hay en ella, y algo más sin duda. El solo ejercicio visual lo pone en estado de euforia. Posee, a pesar de todo, aquel optimismo de los sentidos, aquella manera de divertirse con los ojos característica de ciertos temperamentos felices. Para él, como para Gautier, el mundo exterior realmente existe. En su pensamiento hay todos los elementos para una mística del mundo exterior. Le horroriza, en cambio, la embriaguez del subjetivismo, y no soporta que el poeta joven quiera sacarlo todo de adentro. Caso de alemán inaudito, exclama un día, irritado: "¡Yo nunca he pensado sobre el pensamiento!"

No: piensa con los ojos; y traza esquemas con el lápiz. Mejor con el lápiz que con la pluma, para que el rasgueo no lo distraiga. Su dibujo de la Ur-Pflanze o planta tipo, que podemos ver en la edición de Turpin, es una idea pasada por la criba visual. En este sentido, Schiller tenía razón. En este sentido, Goethe, que le lleva la contraria, también tenía razón: es una idea y, sin embargo, se la ve con los ojos. No existe tal planta "actualmente": el dibujo de Goethe representa todos los estados sucesivos por los cuales pasa la planta: el tiempo se ironiza en una expresión de superficie. Si, por ejemplo, el hombre produjera una rama distinta de su tronco en cada una de sus edades, y cada rama se arrancara al cumplirse el ciclo de cada edad, Goethe hubiera podido dibujar también el árbol típico del hombre; y este árbol, sin corresponder a ningún hombre "actual", correspondería a la realidad de nuestro ser tendido en el tiempo. Ludwig, por ejemplo, que parte la vida de Goethe en doce lustros, pintaría a su poeta como un tronco con doce ramas -sin olvidar esta vez la raíz oculta, la infancia. Y Goethe, en efecto, ha comparado ya al hombre con el árbol, aunque sea con otro propósito: el de hacer ver que el eje del hombre es vertical, perpendicular al de la planta. El hombre queda dividido en dos porciones simétricas, a la derecha y a la izquierda. Un observador superficial, considerando que tenemos dos ojos, dos orejas, dos fosas nasales, dos brazos, dos piernas, hasta pudiera inferir que tenemos dos corazones. Y el árbol ofrece dos arborescencias: la parte visible, y la raíz, separadas por la línea horizontal del suelo.

Estos tanteos para descubrir, a través de las formas, la voluntad de la naturaleza, recuerdan los tanteos de Leonardo de Vinci. Y recuerdan también ciertas anticipaciones de León Hebreo, que miraba al hombre partido en dos mitades por el eje de la cintura, correspondiendo los brazos a las piernas, la boca al sexo: los brazos se alargan en busca de los alimentos, las piernas echan a andar en busca de la pareja. Para ejemplos de otro carácter, prefiero remitirme a ciertas notas "Sobre la simetría en la estética de Goethe", que escribí hace más de treinta años (Cuestiones estéticas, pág. 133).

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

En hombres dotados a la vez de temperamento para la filosofía y para el dibujo, o al menos la apreciación de las formas, se da como en fragmentos una teoría de las apariencias naturales nunca plenamente definida. Unamuno, en sus juegos de Cocotología o arte de hacer pajaritas de papel, llegaba a la noción de un demiurgo que se hubiera divertido en crear animales doblando y conjugando dobleces de una misma forma elemental. Por eso condenaba el uso de tijeras y goma, que se salían del supuesto, de la ley que atribuía a su demiurgo. Y el escritor argentino Carlos Alberto Leuman, en ciertas curiosísimas investigaciones, cree poder dar a esa forma elemental las características geométricas de un trapezoide privilegiado.

No caemos en sacrilegio asegurando que estos entretenimientos geométricos hubieran sido del agrado de Goethe, como lo fueron las siluetas o sombras a la moda en su juventud, y que nos han permitido conservar los perfiles de Hogarth, Fielding, Richardson, trazados por Hugh Thomson, y el del propio Goethe custodiado en el Museo de Weimar. (Tanto la cabeza, como el de cuerpo entero en traje de corte, con botas y espuelas, y el de Schiller, igualmente de atavío ceremonial). ¿No le divertían también ciertas cábalas mágicas, testigo el Fausto? ¿Y la Fisiognomómica, de Lavater, verdadera mística de las expresiones faciales, en que Goethe tuvo la audacia de ventear una futura ciencia, contribuyendo a ella desinteresadamente con observaciones sobre los cráneos animales? Y no cabe duda que su temperamento visual lo llevó a los estudios ópticos, a sus concepciones sobre mineralogía y botánica, a sus descubrimientos en osteología.

Goethe procura encontrar esquemas para la representación de los hechos físicos, sistemas que demuestren lo esencial de su movimiento, al modo de los que llama Petrovich "mecanismos comunes entre fenómenos inconexos". Aconseja a Soret, verbigracia, que, para imitar las cristalizaciones de la nieve, coloque unas barbillas de pluma en el calidoscopio (29-III-1823). Sentimiento de dibujante todo ello, que Goethe aplica a sus estudios.

También a los actos de su vida. Digámoslo así, ya que nos hemos lanzado a comprender bajo el nombre general de dibujo

www.ahira.com.ar

varias ideas conexas. Dibujar es hacer contornos, es limitar. Goethe es maestro en limitaciones. El sentido de la clasificación que aprendió de Linneo, Goethe lo traslada de la ciencia natural a todos sus actos. En tanto que no clasifica y ordena las cosas mismas que posee no se siente dueño de ellas. Porque cada cosa sólo se justifica en un todo, y porque no tiene disculpa lo que quiere mostrarse aislado, regla que trasciende de la ciencia a la ética y a la política. Dominar la materia, para que ella no nos domine, convertirla en orden. De aquí el orden, y de aquí hasta las aficiones de coleccionista: el que clasifica objetos tiende siempre a completar series. Podemos perdonarle al tarambana de su hijo Augusto muchos desmanes, recordando que siquiera ayudaba a su padre en clasificar sus colecciones.

El espacio es jeroglífico. El que una línea pase por éste o por aquél punto muda el sentido. El que un objeto o un libro estén sobre ésta o sobre aquélla mesa significa otra cosa. Para los ojos, y para el método del trabajo. El que un grabado se guarde en ésta o en aquella carpeta no es preocupación maniática: es atribución de un fin diferente. La existencia es un flujo neutro: evolución. Pero la mente entra en ella para repartir y limitar, para dibujar: morfología. El infinito de la evolución es la cantera en que lo finito de la morfología labra sus estatuas.

A veces hablamos de la primera etapa de Weimar en términos que pueden llevar a confusión. No debemos decir que tal etapa haya sido literalmente un desperdicio. Es desperdicio, en cuanto apoyamos en el hecho de que pasaron días, meses y años sin que Goethe se ocupara en la producción y organización de sus obras poéticas fundamentales. Pero está organizándose a sí mismo; está dibujándose, limitándose. Y esto, al menos, bajo tres castigos, bajo tres perspectivas: servir al príncipe, servir a la dama y servir al pueblo.

Servir al Gran Duque de Weimar —servir al más justo de los señores, decía Goethe con orgullo— es, de todos modos, servir. Aquí de Horacio y su tira y afloja con Mecenas. Seguir el humor del príncipe, sin humillarse al príncipe. Participar en sus orgías militares, aceptar sus bromas espesas, sin perder la brú-

Archivo Histórico de Revistas

jula. Admitir sus instantes de irritación para con nosotros, procurando siempre explicárnoslos y no caer en las ridículas caricaturas de la heroicidad inoportuna. Gran disciplina, si se acepta con libertad, con miras al propio pulimento y no para medros cortesanos. El príncipe defiende a su actriz favorita, a la Jagemann, contra las opiniones de Goethe. Éste no protesta, no se exalta, está aprendiendo a soportar las fricciones de orden secundario, se está labrando a sí mismo y acepta los golpes de cincel que le da el destino, y aun los acepta con cierta fruición: Amor fati. Simplemente, se aleja del teatro para siempre. ¿Para siempre? Cuando, años después, se incendia el edificio, acude al instante su admirable solicitud. Con ayuda del arquitecto Coudray, concibe un proyecto para el nuevo salón. Habla de él a todas horas, está entusiasmado como sólo él sabe entusiasmarse: haciendo que todas las cosas confluyan al motivo central, a su principal cuidado. Pero el príncipe no acepta el proyecto, y encarga la construcción a cualquier mediocre. Goethe no dirá una palabra. A falta de otro freno, como hay un peligro en la propia voz que a veces nos arrastra consigo, se sujeta, se dibuja, con el silencio.

Servir a la dama, a la dama de Corte, que atrae el amor y lo rechaza; que excita los celos y quiere que sean disimulados; que pone a competir a su caballero, en mil vanidades mundanas, con un coro de admiradores, para que se convenza de que es inferior en algunas cosas; que lo enseña a callar las expresiones vehementes de su pasión; que aparta, con un epigrama de buen gusto, todo ofrecimiento romántico de sacrificar posición y vida; que hostiga y frena... ¿El amante iba a dominar? Pues sea dominado. Hasta que, en este juego desigual de provocaciones y frenadas, el amante descubre que debe gobernarse a sí mismo para que no lo gobiernen las mujeres. Amarlas, sí; pero será mejor que ellas no se sientan muy seguras. Entonces, la mujer que pasa de los treinta comienza, como cuchillo mellado, a cortar menos: ya no muerde más en nuestra carne; hemos cerrado el cuerpo. Y dejamos a Mme. de Stein derrotada de repente, y escapamos ¡al fin! a Italia, para regresar impenetrables. ¿Impenetrables? Lo

hemos dicho muy pronto. De paso, vamos madurando y la madurez trae, con sus gustos, sus cadenas. Ahora el verdadero peligro será la mocita fresca, la que no se acerca a disciplinarnos sino que se desliza en nuestro regazo, como Bettina. Parece que viene a pedir órdenes, aunque en verdad quisiera absorbernos del todo, en alma y en cuerpo, y hacer que se sepa que nos hemos muerto en sus brazos. ¡Bettina, Minna, Ulrica, para no hablar de Cristiana Vulpius! ¡El Wolfgang y la Vulpius, lobo y vulpeja! Cuarenta años, cincuenta, sesenta, setenta y hasta ochenta, confrontados bravamente con veinte años como veinte tentaciones juntas, como veinte flores magnéticas! Y otra vez, a limitarse, a dibujarse, a cerrar las fugas psicológicas por donde el ser corre hacia lo amorfo, o a encauzarlas hacia el poema para purgar de ellas el alma. Como ya lo hizo con el Werther de la adolescencia. Como lo hará, en la vejez, con la Elegía de Marienbad.

Servir al pueblo, administrar la cosa pública. Darse cuenta de que los sueños nunca se realizan plenamente; que de cada intento sólo se logra una quinta parte; que el orden de la acción es el orden del compromiso; que toda acción es transacción. Los idealismos políticos no sólo le parecen, pues, un error, sino una falta: desdibujo en la operación sobre la realidad de los pueblos. Hay que hacer el bien dentro del círculo que la realidad ha trazado. Más aún: hay que obrar con cierta ironía; hay que disparar como si el blanco estuviera a diez pasos, para que los elementos se encarguen de llevar el proyectil en sus alas hasta los cien pasos donde está el blanco. Obramos, para la comunidad, como el alfarero que aplica a su arcilla sustancias incoloras o de otro color que el deseado, y luego entrega el vaso al fuego para que el fuego saque la calcomanía a su manera y, creyendo irse por su lado, nos obedezca. Limitación por fuera y por dentro: en los planes mismos, y en el arte de desarrollarlos. ¿Cómo no limitarse, si nuestro propio individuo vive a manera de sonámbulo? "Discurro en un renunciamiento constante, y todos los días, a pesar de penas y esfuerzos, hallo que no realizo mi voluntad, sino la de una Potencia Superior, cuyos pensamientos no se confunden con los míos". Luchemos contra esta masa de vaguedad Archivo Historico de

que "lleva tres mil años pesando sobre nuestras cabezas". Dibujemos, dibujemos. El goce viril de precisar y de abarcar cosas concretas nos consuele del renunciamiento.

El contacto con Italia y la clara luz mediterránea acabará después de perfeccionar este proceso. La vocación del dibujo, que se desperdiciaba en manifestaciones externas, se volverá interior, caminará hacia adentro y, desde allá, inspirará las otras manifestaciones de aquel espíritu: la poesía, la ciencia.

Esto, en el orden de la acción, entendiendo también por acción la acción mental. ¿Y en el orden de la imaginación? La insaciabilidad de Fausto (abrazar a la infinita naturaleza y exprimir su seno); la bullente caldera donde truenan todas las posibilidades del cosmos... Si, en vez de dibujarse a sí mismo, llega el titán a entregarse a sus impulsos, ¡qué estrellas no hubiera aniquilado!

México, marzo 1949.

Argentinas | www.ahira.com.ar

LA ECONOMÍA, LA TÉCNICA Y EL MUNDO DEL FUTURO

LA ECONOMIA, LA TECNICA Y EL MUNDO DEL FUTURO

Por JESUS PRADOS ARRARTE

Quien examine con un aparato objetivo de análisis los fenómenos de nuestros días, alcanzará fácilmente la conclusión de que se ha llegado a un desequilibrio entre los factores políticos y técnicos, de igual envergadura que el creado por la artillería renacentista, que liquidó el fuerte feudal y amplió la vida de las comunidades humanas más allá de lo permitido por el seguro de los rampartes y contrafuertes de los castillos o ciudades del medioevo. Es decir, se concluirá que nos hallamos seguramente en la antesala de cambios sociológicos tan importantes como los que, en el siglo XV originan la creación de grandes Estados en el occidente europeo, que habían de acabar por imponer su estilo y modo de vida a otros Continentes, o como los que apresuraron esas tendencias reforzándolas con el maquinismo y la expansión europea a los rincones más alejados del planeta.

Son los nuestros días de grandes cambios y, al igual que sucede en otros momentos de características similares, días de crisis, puesto que en resumidas cuentas puede definirse ésta como la conciencia entre los hombres de que el proceso histórico se les escapa de las manos. La crisis es precisamente la realidad objetiva venciendo a los esfuerzos por mantener la continuidad con el pasado, y el sentimiento generalizado de angustia frente a nuevos procesos y formas ante los cuales el ser humano se encuentra desprovisto de experiencias para actuar conforme a moldes ya conocidos.

No se ofrece aquí una interpretación objetiva y materialista de la crisis de nuestros días como única valedera para definir sus alcances. Tan sólo se afirma que ha de tenerse en cuenta esa clase de factores, sin averiguar si otras influencias de tan grande o mayor envergadura no entran en juego, para limitar de algún modo el ámbito del análisis. Esto no significa, pues, adhesión teórica al materialismo dialéctico, esa nueva religión del presente munida de sus "misterios", sus "santos", su "infierno" y hasta su arcángel Luzbel, que no otra cosa son las tesis según las cuales el juego de la dialéctica se ha de interrumpir una vez alcanzada la síntesis del paraíso terrenal del proletariado, su adhesión a los campeones del sistema, sus campos de concentración o las expulsiones del Partido y los ataques a Trotzky, ahora reencarnado en Tito. Pero si bien es fundamental que intervengan otros factores igualmente importantes para la determinación de la crisis, es indudable que ésta exige una justificación objetiva de carácter sociológico y económico.

Pues bien, la justificación objetiva de ese fenómeno actual de crisis no es otra que la divergencia entre los límites de la acción y el poder político, con los elementos técnicos y económicos en que se funda. En pocas palabras: el desequilibrio entre los límites del Estado actual y la técnica militar que sustenta su poder, o el aparato económico sin el cual aquél resulta un puro artificio inestable. Y al igual que esa divergencia técnica provocó el fin de la Edad Media, la actual ha de concluir necesariamente con el proceso de formación de las nacionalidades, iniciado con toda intensidad como consecuencia de la Revolución Francesa, provocando una mutación histórica cuyos alcances aun no han sido divisados.

Un ligero análisis bastará para referir la importancia de la técnica militar en el proceso. La formación de imperios en la Antigüedad señala que el triunfo se debe siempre a modificaciones en la táctica de guerra, que a veces parecen de mínima importancia. La falange macedónica es uno de los ejemplos característicos, pero no de otro modo es susceptible de explicarse el triunfo de Grecia en las guerras médicas ni la penetración de Roma en los más remotos confines del mundo de la época. En condiciones semejantes es ya conocida la influencia que atribuyen

los comentaristas militares al empleo de las reservas por Napoleón, para explicar sus impresionantes triunfos y la consiguiente difusión del "Côde Civil" en Europa y América.

En los casos referidos la evolución militar tan sólo ofrece variaciones de táctica, sin que el bando vencedor disponga de un armamento distinto del vencido; pero cuando aparece esta circunstancia el resultado es más notorio. El ejemplo principal es el ya mencionado del fin de los señores feudales ante el derrumbamiento de sus castillos por la artillería del Príncipe o Soberano, de la cual en ningún caso podían disponer aquéllos por falta de medios económicos; pero encontramos otros igualmente decisivos en la rápida anexión del Continente Americano por los conquistadores españoles -sin que ello vaya en desmedro de sus hazañas- o en la represión de la Indian Mutiny por los británicos.

Las consecuencias de cambios en la técnica militar han tenido siempre, pues, en la Historia consecuencias de gran envergadura y salvo que descansemos en la absurda hipótesis de que nuestra generación y las venideras han de ser protegidas por la Divinidad contra esas alternativas, parece necesario suponer que tales influencias han de operar en el futuro con los mismos resultados. Las nuevas máquinas de guerra han de conformar el drama como sucedió en el pasado, y tanto la bomba atómica como el arma aérea, los proyectiles dirigidos, etc., impondrán tarde o temprano una estructura adecuada a ellos.

Esta afirmación no debe tomarse en sentido literal, pues no es necesario que la evolución se produzca por conquista ni por operaciones militares, como lo prueba la integración pacífica del mundo occidental que se cumple ante nuestros ojos. El peso de los armamentos empuja por sí solo hacia transformaciones políticas que serán pacíficas si los antiguos poderes constituídos son capaces de intuir el curso de los hechos y plegarse a sus exigencias, llegándose únicamente a la contienda armada entre el nuevo poder político y los que han de fenecer inexorablemente, si éstos carecen de la imaginación o el raciocinio necesarios para comprender las consecuencias de su oposición. Aun en este caso

es posible que no se desenvainen las espadas, como ha sucedido en Europa Oriental.

Por otro lado, tampoco es imprescindible que todos los países y zonas del planeta se adapten a las nuevas circunstancias, pues la Historia reitera suficientemente el ejemplo de la coexistencia de diferentes "sociedades", para usar la terminología de Toynbee, por lo cual la integración no ha de alcanzar necesariamente a todos los grupos humanos. Sin embargo, los que vayan contra la corriente habrán de sufrir una decadencia relativa en todos los aspectos, aun en el cultural, y quedarán en posición similar a las civilizaciones del Extremo Oriente ante el mundo europeo decimonónico, expuestos a ser en definitiva conquistados o mantenerse al margen de otras "sociedades" que hayan realizado la metamorfosis.

Si la técnica militar es causa de tan grandes hechos históricos, no le va a la zaga la económica, especialmente cuando aquélla es el resultado -en igualdad de circunstancias- de un recuento de las posibilidades que ofrece ésta. Durante la primera guerra mundial se habló mucho de la imposibilidad de que los ejércitos norteamericanos pudieran aguantar los embates de las tropas prusianas, quintaesencia de la tradición militar, y los mismos argumentos volvieron a repetirse en la última contienda, pero los hechos probaron que los jóvenes soldados del Tío Sam tenían una falta absoluta de respeto por esas tradiciones, siempre que dispusieran de una cantidad adecuada de aviones y tanques de último modelo. Ahora bien, la disponibilidad de esos aviones y tanques -y, en la guerra futura, de los elementos atómicos, proyectiles dirigidos, etc.- es en última instancia resultado del poderío económico de las unidades políticas, y así fué posible que Inglaterra, pongamos por caso, ejerciera una influencia decisiva durante el siglo XIX, gracias a sus abundantes yacimientos de carbón y a su fuerte producción inicial de acero, transformados en buques de guerra.

Las mutaciones en esa técnica económica han sido tan importantes en la historia como las revoluciones en la técnica militar. Una vez iniciada la integración del Renacimiento resultó impo-

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

sible la subsistencia de los señores feudales, puesto que las unidades políticas mayores los tenían a su merced, y a través de prohibiciones de importación o exportación y aun de tránsito podían agarrotar su vida económica. El liberalismo económico produjo más tarde una alteración muy curiosa de las circunstancias de esa era mercantilista, que no se aprecia hoy en su debido valor. Pues dentro de un mismo grado de evolución, las naciones comerciaban entre sí en condiciones de competencia cuasi-perfecta, debido a la existencia de mercados internacionales para los principales alimentos y materias primas, y un país pequeño no podía temer la política económica de poder de sus vecinos que, por principio, quedaba excluída de las normas vigentes en las relaciones económicas internacionales.

El trigo, el algodón, el acero, y los principales productos gozaron durante ese período de un mercado internacional, siendo suficiente pequeñas alteraciones de precios para que corrieran de uno en otro país, a despecho de los aranceles aduaneros que se mantuvieron siempre en todas las naciones, salvo Gran Bretaña. En esas circunstancias, en lugar de jugar la situación en favor de los grandes países, como ocurrió en la época mercantilista, en que podía hacerse valer la política de poder, durante el liberalismo tiene lugar el extraño fenómeno de que las economías principales imponen un sistema en el cual las unidades políticas más pequeñas gozaban de todas las ventajas, salvo que se tratara de zonas atrasadas en las cuales no existía una economía liberal y en donde todos los beneficios del cosmopolitismo económico quedaban a favor de la clase social dominante.

En la India, en China, en Rusia, y aun en la mayor parte de los países latinoamericanos, la organización social no permitió que las ventajas de la economía liberal se extendieran a la totalidad de la población, puesto que la producción de artículos tipificados para el comercio mundial se efectuó por terratenientes o monopolistas que disfrutaban luego como únicos beneficiarios de las rentas acrecidas, en los centros mundiales de recreo. La circulación económica acababa así en las ruletas de Monte Carlo, en los hipódromos internacionales o en los "music halls"

de París. Pero en los países de Europa Occidental y en los Estados Unidos el régimen económico liberal permitió avanzar a un ritmo no inferior al de Inglaterra, como señala el caso característico de Alemania y de la Unión norteamericana. Las imputaciones de "imperialismo" que se hacen al sistema económico liberal proceden, pues, en todos los casos -cuando no tienen un origen ideológico- de esas atrasadas zonas, pero en modo alguno de las naciones que supieron integrarse al sistema con todas sus consecuencias, es decir, implantando el liberalismo en el interior al igual que en el exterior, con la consiguiente elevación del nivel de vida del conjunto de la población.

Fuera, pues, del contacto con zonas coloniales o semicoloniales en el liberalismo económico entre países, las naciones pequeñas tenían una importantísima ventaja relativa en relación con las grandes unidades políticas, que bien vale la pena explicar más acabadamente. Cuando una de esas naciones pequeñas entraba en contacto con el mercado internacional vendiendo productos en cantidad negligible en relación con los que ya entraban anteriormente en ese mercado, los precios de éstos apenas sufrían la influencia del incremento de oferta, por ser, como se ha dicho, despreciable en relación a la total. Cuando esa pequeña nación entraba a comprar, siendo su cantidad demandada nimia en relación con las ventas del mercado, apenas subían los precios internacionales por la influencia del nuevo comprador. En cambio, si era un país grande el que entraba en el mercado, el peso de sus enormes necesidades y producción, hacía subir considerablemente los precios de lo que compraba y bajar las cotizaciones de lo que vendía. Todo esto es elemental y demuestra la situación de inferioridad relativa en que se encontraban las grandes potencias en la economía liberal, fenómeno desconocido en la Historia, en que la situación inversa fué siempre la cierta.

Esa inferioridad no sólo tenía efecto, por otra parte, al entrar al mercado. De acuerdo con una tesis divulgada por David Ricardo, el economista inglés de principios del siglo XIX, que se denomina "teoría de los costos comparados", aun cuando una nación tuviera desventaja absoluta en la producción de todos los

artículos por la falta de técnica adecuada u otros motivos, tendría siempre ganancia cambiando aquello que producía relativamente a menor costo contra los bienes obtenidos a un costo relativo mayor. Pues obtendría así el artículo producido a mayor costo con el mismo sacrificio que el ocasionado por el de costo menor, ya que el intercambio se efectuaba sobre esas bases.

Esta organización económica cosmopolita que ofrecía paradójicamente todas las ventajas a los países pequeños, aun cuando fueran técnicamente más ineficientes, no fué aceptada -con una exacta apreciación de medios y fines- por las naciones que realizaron una política de poder. Así, pues, Alemania fué la primera en combatirla denodadamente, sustituyéndola por otro sistema que le permitió estrujar al máximo a las economías de Europa Sudoriental. Y sin embargo, por un extraño azar incomprensible, han sido las propias naciones pequeñas quienes han acabado de dar muerte al sistema económico liberal, bajo el pretexto de que las colocaba en inferioridad de circunstancias. No obstante el hecho evidente de que sólo a través del acceso al mercado internacional podían mantenerse en el nivel técnico de los grandes países, utilizando los capitales, inventos y máquinas que eran incapaces de crear en su propio territorio, y no obstante moverse en un ordenamiento en el que las pequeñas unidades económicas llevaban todas las ventajas y no debían temer -sino en mínima parte- a los deseos imperialistas de las grandes potencias, han sido esos pequeños países quienes, imitando la fábula del pescador que destapó el recipiente donde estaba encerrado el poderoso "genio", han pedido más y más hasta provocar la vuelta a la situación primitiva, es decir, hasta provocar la pérdida del bienestar adquirido, retrotrayendo las cosas al humilde estado anterior. De persistir en esa política, el epílogo no admite dudas: o la pérdida de la soberanía que se pretende defender, o la vida en el nirvana del "Yin", fuera de contacto con la civilización.

No es objeto de este artículo analizar las causas de las tendencias nacionalistas en los pequeños países, sino tan sólo conducir al lector hacia la conclusión, ya esbozada inicialmente, de

que sufrimos en la actualidad de un desequilibrio entre los límites de lo económico y lo político, sugiriendo sus posibles consecuencias, por lo cual no se insistirá en las apreciaciones anteriores. Y sin embargo, de ellas deriva un hecho que no puede soslayarse, y es que únicamente un sistema cosmopolita como el liberalismo económico - oh, paradoja! - permitió desarrollarse a nacionalidades que sin él no son siquiera susceptibles de existir.

En efecto, en la ausencia del intercambio sobre bases liberales podemos concebir la coexistencia de varios super-estados, en situación de equilibrio político, con o sin contacto mutuo; o bien, los "Reinos de Taifas" en lo económico, cual nos muestra la era medioeval. Lo que no cabe suponer siquiera es la coexistencia de numerosos países en situación de equilibrio económico, pues tarde o temprano habrá de manifestarse la tendencia imperialista en forma tan eficaz que acabe rápidamente con la antinomia, como presenciamos hoy en día en la Europa Oriental, o como mostró antes de la última contienda en esa zona el sistema nazi. Es cierto que el imperialismo capitalista no ha sido precisamente una página brillante de la historia, en su forma desarrollada a partir de 1880, pero obsérvese que esa manifestación tuvo lugar en el encuentro de la "sociedad occidental" con otras civilizaciones, pero nunca o casi nunca entre los países integrantes de esa propia "sociedad occidental", en la cual las guerras y actos de agresión tuvieron un significado bien distinto. En esa zona la era de las nacionalidades tan sólo pudo darse gracias al liberalismo económico, según queda dicho.

Ha sido, sin embargo, un azar del destino, impuesto por la crisis económica de 1930, quien ha impulsado a los países económicamente más débiles a buscar refugio tras la cortina nacionalista, que a largo plazo había de provocar su inexorable destrucción y la pérdida de su soberanía. En esa tendencia han colaborado corrientes ideológicas irracionalistas cuyo examen desborda los fines de este artículo. El hecho es que el mundo se ha situado hoy sobre bases de organización económica que impondrán tarde o temprano la expoliación de esos pequeños países,

siendo indiferente que mantengan o no una apariencia de soberanía.

A ello se ha agregado otro hecho que reputo esencial para la comprensión del proceso evolutivo descrito. A través de diferentes ensayos, el hombre llegó a adoptar como medio de cambio común los metales preciosos. Sobre el oro, principalmente, se fundó el sistema monetario internacional característico del siglo XIX, sin el cual no habría sido posible seguramente la práctica del liberalismo económico. Pues bien, la evolución sufrida a partir de 1930 se caracteriza asimismo por la ruptura del sistema monetario internacional, cuya reconstrucción ensaya tímidamente en estos momentos la institución creada como consecuencia de los Acuerdos de Bretton Woods con el nombre de Fondo Monetario Internacional. Aquí también han seguido los países pequeños directrices suicidas (puesto que únicamente la moneda mundial les aseguraba cierto grado de independencia respecto de las grandes potencias) al destruir las bases del sistema y oponer en el presente mayores obstáculos que esas grandes potencias para la restauración de un medio internacional de cambio.

Sean de quienes fueren las culpas, lo cierto es que la economía mundial no existe hoy de hecho, y si persisten las apariencias de tal es únicamente a causa de la gran escasez de toda clase de productos como consecuencia de la destrucción motivada por la guerra. Cuando ceda esa escasez estaremos próximos al desenlace y no será posible mantener durante largos períodos la autonomía de las nacionalidades, que sucumbirán a la acción del verdadero imperialismo, (no como aquel que se manifestó a fines del siglo XIX y en los primeros treinta años de éste, sufrido principalmente por algunos pobres negros y otros pueblos atrasados), pudiendo afirmarse por ello que, así como un análisis de las innovaciones de la técnica militar muestra al mundo en la antevispera de profundas alteraciones, un examen somero de las circunstancias económicas lleva a las mismas conclusiones. Algunas palabras bastarán para fortalecer esa certidumbre.

Los Tratados de Comercio durante el régimen de la economía liberal se limitaban a declarar solemnemente la amistad entre

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

países, a conceder facilidades de navegación y comercio y a ofrecer reciprocamente el trato de mayor favor. El comercio lo realizaban los particulares y empresas, y el concierto entre gobiernos no llegaba más allá de la definición del sistema jurídico en el cual habrían de desenvolverse esas relaciones. La prepotencia de las naciones poderosas bajo ese sistema no tenía exteriorización acabada. En cambio, con los métodos actuales de convenios de compensación y clearing, al gran país corresponde entenderse directamente con el pequeño, de Gobierno a Gobierno, pudiendo utilizar todas las armas de presión que se estilan en las relaciones diplomáticas. Impone así los precios, las cantidades, la moneda en la cual ha de efectuarse el cómputo, etc. Puede además el país grande, una vez que ha obligado prácticamente al pequeño a producir para su mercado, amenazarle con la supresión de sus compras o ventas, hecho que jamás estuvo al alcance de ningún Mr. Smith, para quien los peniques eran decisivos, aunque se pretenda que la soberanía económica estuvo más comprometida bajo el sistema económico liberal. En fin, el comercio estatal sitúa a las pequeñas naciones a merced de las grandes y cada renovación del Tratado, una vez pasada la escasez actual, debe causar pesadillas bien fundadas al responsable de forjar sus cláusulas. ¿No será excesivo optimismo suponer que en esas condiciones se ha de mantener el grado de soberanía económica del milnovecientos? Indudablemente que sí.

Nada dicen los razonamientos anteriores sobre el curso de la evolución futura, puesto que se ha argumentado a largo plazo suponiendo que la reacción política normal en las potencias dominantes había de ser la imperial, tal como ocurre hoy en Rusia. Sin embargo, no es ése el caso. Por un azar de las circunstancias, al cual no se ofrecen las loas merecidas, es la potencia dominante en el Mundo Occidental un país de inmigración que aun no ha salido de su posición psicológica a la defensiva en las relaciones internacionales. Los Estados Unidos -al igual que la China milenarias, aunque por distintas causas- presenta reacciones netamente aislacionistas en su trato con los demás países, que se desdibujan un tanto debido a la lucha a muerte en que se en-

275

cuentran para conseguir un equilibrio internacional que asegure su subsistencia. En la conducción de esta lucha se manifiestan, sin embargo, con toda claridad, las reacciones aislacionistas.

El ejemplo más notorio es el Plan Marshall y el fomento de la fusión económica de Europa, llevada adelante con todo tesón y en mayor grado de lo que suponen la generalidad de las gentes. Lo que intenta Estados Unidos con ese programa es constituir una tercera fuerza, capaz de enfrentarse con el Imperio Ruso y su zona de influencia, con ayuda de materiales y elementos norteamericanos, haciendo caso omiso de la posibilidad de que la Europa Occidental pueda en un momento dado -en unión de su zona de influencia africana- llegar a adquirir un poderío militar y económico mucho más fuerte que el propio de los Estados Unidos. Jamás se ha visto a una potencia imperial proceder así en la Historia, lo que prueba que los Estados Unidos no lo son en toda la latitud de la palabra, pues se esfuerzan verdaderamente en crear para su zona satélite -llamémosle así- condiciones económicas y militares que han sido precisamente las que han dado a la Unión su posición preponderante: un gran mercado y una autarquía económica, y por consiguiente la capacidad de producir las armas más modernas en enorme escala. Recordemos en apoyo de esta argumentación que la Europa Occidental dispone del doble de habitantes de la Unión y de posibilidades económicas quizá superiores, una vez integrada.

Reacción tan anti-imperial de parte de una gran potencia sólo puede explicarse por el predominio político que tienen los estados del medio-oeste en el Senado norteamericano, cuyas tendencias aislacionistas son bien conocidas. El gobierno de la Unión Norteamericana crea sobre esa base directrices estratégicas tendientes a la organización de otra gran potencia que le permita el lujo de retomar en lo posible su corriente aislacionista, obligadamente interrumpida en estos años.

En la argumentación anterior se ha tratado de probar que el desequilibrio entre la organización política y la técnica militar o el sistema económico tiene como consecuencia necesaria un reajuste o fórmula nueva que termina con dicho desequilibrio. Si

a ello se agrega la complicación introducida en la argumentación, por virtud de la política norteamericana seguida en la postguerra, pueden vislumbrarse tres perspectivas futuras. O bien tiene lugar el reajuste por virtud de la absorción de los pequeños países, tal cual sucede en la Europa Oriental, lo que no parece muy probable en otras zonas, gracias -por fortuna- a la posición anti-imperial de los Estados Unidos; o bien empuja la Unión Norteamericana hacia la integración de nuevas unidades económicas, tal cual sucede en la Europa Occidental; o bien se mantiene el intento de re-creación de la economía mundial seguido en la postguerra por los norteamericanos, antes de que la agresión rusa - "soi-disant" fría para los occidentales, pero caliente y bien caliente para los checoeslovacos, griegos, chinos y otros pueblos- impulsara a los Estados Unidos hacia la unidad europea y el Plan Marshall. Pues anteriormente a la guerra fria, iniciada bajo la más completa indiferencia de las actuales congresistas de la paz, tanto ingleses como norteamericanos creyeron posible el hallazgo de una fórmula universal que posibilitara la subsistencia del principio de las nacionalidades, restaurando el liberalismo económico en el Occidente, al mismo tiempo que sirviera de puente entre esta civilización y el grupo ruso, esperanza que se ha debido abandonar más tarde en pro de la unidad del Oeste Europeo, ante la agresión rusa.

Conviene ahora examinar los resultados previsibles de la segunda de las hipótesis mencionada para los países latinoamericanos. Por desgracia es bien probable que su integración no sea tan factible como la de los países del occidente europeo, puesto que los Estados Unidos carecen del interés que les mueve a buscar tales soluciones en Europa y hasta puede afirmarse que serían hostiles a tal proceso al Norte del Amazonas, no obstante la neutralidad señalada en los recientes intentos centroamericanos y de la América bolivariana. Más al Sur del Continente Americano, de alcanzarse la unidad de la Europa Occidental con sus dependencias africanas, se crearán problemas económicos gravísimos que obligarán tarde o temprano a buscar la integración latinoamericana en un sistema propio o en la constelación pan-

americana, solución esta última que no parece económicamente ventajosa para el Río de la Plata, independientemente de la opinión política negativa que nos merezca. La unión económica al Sur del Amazonas, por otro lado, carece por ahora de suficiente apoyo psicológico y ha de tropezar con inconvenientes políticos tan evidentes que no parece -por desgracia- una hipótesis muy probable.

El argumento nos conduce obligadamente a elegir la tercera solución, si aun fuera factible: la de una nueva creación del sistema económico liberal internacional. Pues si se persiste en pasados errores y se pretende mantener sistemas económicos autárquicos en el limitado marco de cada país pequeño, tan sólo se alcanzará como resultado una posición marginal respecto a la civilización reinante.

Al determinar la fórmula del nuevo sistema económico liberal habrá de facilitarse la exposición señalando los elementos esenciales del vigente durante el siglo XIX, así como sus defectos que lo condujeron a la decadencia y muerte. Entre esos elementos principales encontramos los siguientes:

- 19 Seguridad política y jurídica internacionales;
- 2º Librecambio entre países;
- 3º Libre migración;
- 4º Sistema monetario internacional;
- 5º Acceso a las fuentes de materias primas y alimentos;
- 69 Movimientos internacionales de capitales.

El primero parecerá ciertamente secundario para quien no haya analizado atentamente la organización del siglo XIX, pero es el caso que sin el equilibrio europeo alcanzado por el Congreso de Viena y, sobre todo, sin el dominio de los mares por la escuadra inglesa, no habría sido posible en modo alguno el librecambio internacional ni el sistema económico liberal, ante los embates de la política de poder. Ese equilibrio político, fundado en lo esencial en el predominio de una sola potencia, permitió igualmente conservar un régimen jurídico internacional, que hoy quizá podría mantenerse por las Naciones Unidas, al menos en

el mundo occidental. Historico de Revista

El acceso a las materias primas y alimentos fué asimismo un elemento principal del sistema económico liberal, pues sin ese requisito ningún país habría aceptado el librecambio, ante el temor de quedar a merced de posibles enemigos. Recuérdese las dificultades que provocó posteriormente Alemania reclamando colonias para asegurarse ese libre acceso, cuando la intervención del Estado en el comercio internacional lo había hecho ilusorio. Sin duda, la pérdida del mercado internacional de alimentos y materias primas, motivada por la crisis de 1930, fué el golpe de muerte al sistema liberal, que no podrá restablecerse en forma alguna hasta tanto se restaure aquél.

Los movimientos internacionales de capitales son también imprescindibles en un sistema liberal internacional. Pues siendo distinta la productividad de unos y otros países, se inicia naturalmente una tendencia a trasvasar recursos de los poderosos hacia los menos dotados, en forma de maquinarias, bienes de capital, etc., que únicamente puede funcionar con alguna soltura mediante la transferencia simultánea de capitales. De lo contrario sería preciso que la economía del país atrasado ahorrara una proporción tal de sus recursos propios, que se resentiría su nivel de vida. Ahora bien, esto no es factible a menos de destruir el liberalismo económico interno, sin el cual tampoco funciona el internacional.

Durante el siglo XIX todas esas premisas del sistema económico liberal se encontraban presentes y hasta parecían tan naturales que no se les concedía apenas importancia, al igual que tampoco se otorgaba ésta a los elementos básicos de la libertad política, cuyo valor ha vuelto a apreciarse ante los horrores de Buchenwald. Hoy es necesario re-crearlos si se ha de alcanzar de nuevo el sistema, pero esa solución no es tan simple. En efecto, en muchos casos ha sido tal la red de controles establecidos en los últimos 19 años intervencionistas y tales los intereses creados en torno a ellos, que no cabe suprimirlos de un golpe. Es imprescindible un período de transición, bajo la mirada vigilante de organismos internacionales que solucionen los conflictos de intereses entre los distintos países.

Convencidos de esta necesidad, durante los últimos años de guerra se inició la preparación por técnicos de algunos países de los principios que habrían de orientar a la "pax norteamericana", y para la mayor parte de las premisas básicas de la economía liberal se crearon organismos especiales. Tendríamos así las siguientes ecuaciones:

- 1º Escuadra británica y Congreso de Viena
- 2º Librecambio entre países
- 3º Patrón ord
- 4º Acceso a las fuentes de materias primas y alimentos
- 5º Movimiento internacional de capitales

- = Naciones Unidas
- = Organización Internacional de Comercio
- = Fondo Monetario Internacio-
- Organización Internacional de Comercio y F. A. O.
- = Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento

La Organización Internacional de Comercio y Empleo, organismo dependiente de la U. N., fué fundada en una reciente Conferencia celebrada en La Habana, y tiene por objeto la creación de ordenadas relaciones comerciales internacionales. Su principio esencial es conseguir el equilibrio de las balanzas comerciales de todos los países miembros, mediante la puesta en práctica de diversas medidas, que escapan de los alcances de este ensayo, y entre las cuales destaca la obligatoriedad de la consulta y la discusión de los agravios mutuos. Se complementa con diversas disposiciones referentes al problema de los trusts y carteles internacionales y ofrece normas viables para el intercambio entre los países liberales y los que no lo son. En sus estatutos figuran asimismo normas tendientes a eliminar el riesgo de que la crisis económica de un país afecte a todos los miembros, pues se ha reconocido que la falta principal del régimen anterior a 1930 era precisamente la reiteración de coyunturas en alza, seguidas de depresiones que al fin dieron muerte al sistema. El

Archivo Histórico de Revistas

organismo ha completado sus fines mediante la firma de convenciones para la reducción de aranceles, cuya aplicación no se ha iniciado aún.

La organización del patrón oro tradicional adolecía de un vicio fundamental consistente en la dependencia de la coyuntura mundial de los altibajos de la producción de metal amarillo. El Fondo Monetario Internacional trata de eliminar ese factor, pues admite la posibilidad de que se modifique conjuntamente por todos los países miembros la relación entre sus monedas y el oro, con lo cual será imposible que la insuficiencia del metal origine una crisis internacional. Por otro lado, el Fondo puede permitir a cualquier país afiliado que haga uso de sus recursos en el Fondo para liquidar un déficit en su balanza de pagos, mientras prevé diversas medidas para que se declare escasa a la divisa del país que obtenga superavit repetidos en su balance internacional de cuentas; pero estas normas no entrarán en vigor en forma absoluta sino transcurrido un período de cinco años que se considera de transición.

El acceso a las materias primas y alimentos debe asegurarse mediante dos organismos que operan conjuntamente para esos fines: la Organización Internacional de Comercio y la F. A. O., entidad que se ocupa especialmente de los problemas alimentarios. Se prevé con ellas la posibilidad de establecer acuerdos entre productores y consumidores de los artículos principales, para evitar su escasez o superproducción, eliminando así los riesgos del sistema liberal anterior a 1930.

Por último, el Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento debe jugar el papel que correspondió al capital de aventura con anterioridad a la guerra del 14, financiando los programas de reconstrucción y, posteriormente, los de fomento, sin los inconvenientes que se han achacado a los movimientos privados de capitales. El Banco no debe actuar en la esfera en que aun jueguen las transferencias de capitales privados, pues en tal caso sus disponibilidades resultan demasiado reducidas.

Ha sido ciertamente gigantesca esta concepción del mundo liberal del futuro que funcionará mediante la intervención de

Argentinas | www.ahira.com.ar

los citados organismos, con los cuales se prevé la corrección de las fallas principales del sistema décimonónico; pero es el caso que en su organización y funcionamiento parecen más interesadas las grandes potencias y, en concreto, los Estados Unidos, que los pequeños países, a los cuales aseguran sin embargo su permanencia de todo derecho en la civilización occidental, bajo un régimen de respeto por las nacionalidades. Y es que siempre tratamos de forzar la disyuntiva del "bollo o el coscorrón", eligiendo ambos, sin examinar siquiera la posibilidad de que tal solución sea posible. Seguramente ha sido la oposición de hecho -no la oficial, inexistente, salvo en el caso de algunos países- lo que ha inducido a los Estados Unidos a resguardarse de la agresión soviética cambiando de signo a la "pax norteamericana", para limitarla a la Europa Occidental y sus territorios dependientes o afiliados; pero esta solución entraña graves problemas económicos para la América Latina, especialmente para las naciones situadas al Sur, que han de perder a largo plazo por ese motivo sus tradicionales mercados. Se observan ya las manifestaciones principales de ese proceso en la aplicación del Plan Marshall, que concede evidente prioridad a las exportaciones de alimentos norteamericanos a Europa, puesto que los hace gratuitos, siendo así que su adquisición en el Río de la Plata implica el pago, a veces difícil; en los proyectos europeos de preparar la agricultura francesa como base de aprovisionamiento del grupo de países de la Unión Occidental; en el acuerdo de Inglaterra con Australia para el aprovisionamiento de carnes; y en los planes británicos de producción de manises en África, de gigantesca envergadura y que ya inician su rendimiento, menor, sin embargo, al esperado, etc.

Frente a esos proyectos cabe temer por el debilitamiento internacional futuro de la América Latina, de no reaccionar prontamente pujando por la reanudación del sistema económico liberal, único por ahora, como hemos visto, que le permitiría conciliar el principio de las nacionalidades con su participación en el concierto de la "sociedad" occidental, sin transformarse en "zona marginal".

LA HEREJIA DEL UTOPISMO

Por S. FRANCK*

Según la conocida creencia antigua, todo orgullo o arrogancia humanos (hybris), toda voluntariosa presunción, en virtud de la cual el hombre quiebra el orden natural de las cosas y pretende un lugar y una importancia que no le corresponden, trae consigo su castigo fatal. El castigo es inmanente en la naturaleza misma del propósito criminal. Pues por natural que sea el anhelo humano de felicidad, libertad, poder, estos anhelos, tan pronto como rebasan ciertos límites y en su desmesura olvidan las limitaciones de las posibilidades humanas impuestas por leyes cósmicas divinas, representan ya por sí mismos una demencia que se apodera del hombre e inevitablemente lo arrastra a la perdición.

Esta creencia de los antiguos es una de las grandes y eternas verdades legadas a la humanidad por el pensamiento ético-religioso griego. La confirma la experiencia diaria y no es difícil encontrarle una justificación más honda en el pensamiento cristiano. La guerra mundial que acabamos de vivir, con todos sus inimaginables crímenes y sufrimientos es, por el camino que ha seguido su desarrollo, un ejemplo clásico de tragedia basada en este motivo antiguo y eterno. Esta tragedia se ha representado, o mejor dicho se está representando, pues su último acto o epílogo no está concluido aún, en un escenario de dimensiones inauditas, verdaderamente mundiales. Si sus iniciadores y protagonistas son unos pocos locos y criminales, sus cómplices y sus víctimas se cuentan por millones y la conmoción causada por ella se ha extendido a poco menos de la humanidad entera.

Por edificante que sea esta tragedia mundial, su sentido es

^{*} El autor de este trabajo es un filósofo ruso del círculo de Berdiaeff; el presente ensayo apareció en la Nueva Revista, que se publica en lengua rusa.

tan sencillo y evidente que no necesita mayor reflexión. El demonismo de la ambición desmesurada, que en sus metas y medios no hace caso de las más elementales leyes morales, se reveló en su demencia, igualmente desastrosa para los mismos criminales que para sus víctimas.

Que toda voluntad mala y criminal, por lo menos cuando excede ciertos límites, es una voluntad demente y por eso mismo desastrosa, resulta en cierto sentido evidente. Pero hay otro tema cercano a éste, que no encontró expresión explícita en la creencia antigua que nos ocupa, y que plantea un problema más hondo y difícil. El caso es que también la voluntad esencialmente buena, guiada, no por fines egoístas ni por codicia, sino por motivos morales de amor para los hombres, por el anhelo de libertarlos del sufrimiento y de la injusticia y de establecer un orden justo de vida, tal voluntad también puede, si va aparejada con desmedida y arrogante porfía, volverse demencia y degenerar en voluntad criminal y destructora. Nos referimos a aquella tendencia del pensamiento y de la voluntad que se puede calificar con el término general de utopismo. Por utopismo entendemos, no aquellos sueños vagos de realización en la tierra de una vida perfecta, libre del mal y del sufrimiento, sino un fin más específico, según el cual la vida perfecta puede -y por lo tanto debe- ser como automáticamente asegurada por cierto orden social u organización; en otras palabras, es un plan de salvación del mundo por la autónoma voluntad organizadora del hombre. En este sentido el utopismo es un ejemplo típico de herejía, en la acepción más exacta y justa del término -es decir, precisamente aquella perversión de una verdad religiosa que arrastra al hombre por un camino falso y por ende lo lleva a la perdición. El fin que se propone es inalcanzable no sólo porque ningún ideal es realizable en su absoluta perfección y pureza; es inalcanzable porque contiene, y nos empeñaremos en demostrarlo, una contradicción interna. Mientras este fin quede en el estado de sueño -como en las "utopias" de Platón, Campanella y Tomás Morosu contradicción interna, y por lo tanto la falsedad y el peligro del deseo de verlo realizado, quedan ocultos. Sólo se descubren

en la práctica, cuando este ideal se apodera de la voluntad, cuando se hacen pruebas para realizarlo en armonía con su contenido por medidas de organización externa, que se imponen por la fuerza a la conducta humana; y es entonces cuando se pone de manifiesto la locura moral, el vicio de la misma voluntad organizadora, que en su principio estaba motivada por buenas intenciones.

En este aspecto de movimiento político práctico, la herejía del utopismo surgió por vez primera, por lo menos en gran escala, en relación con el movimiento de la Reforma, como herejía netamente cristiana, entre los "taboritas" checos y en algunas manifestaciones de la Reforma alemana, como la guerra de los campesinos, el movimiento de Tomás Münzer y el anabaptismo, todos proyectos de una realización social forzada de la perfección evangélica. En su aspecto secular, esta herejía se manifestó primero en el jacobinismo y luego en el socialismo revolucionario, que en nuestro tiempo, bajo el aspecto del maximalismo ruso, se ha apoderado de la vida de todo un pueblo de muchos millones de almas y, así, se volvió comprobación empírica absolutamente convincente.

Antes de analizar teóricamente la herejía del utopismo y poner en descubierto las raíces de sus yerros, recordaremos un hecho histórico innegable. El utopismo no sólo nunca alcanzó en la práctica la meta que se había propuesto, es decir, nunca llegó a realizar un orden que asegurara la perfección moral de la vida, sino que en su camino ha llegado siempre a resultados diametralmente opuestos: en lugar del reino del bien y de la verdad que buscaba, conducía al dominio de la injusticia, de la violencia y del crimen; en lugar de la anhelada liberación del sufrimiento, conducía a su desmedido aumento. Se puede decir que nunca hubo criminales y malvados que hubiesen traído al mundo tantas calamidades y vertido tanta sangre humana como los hombres que querían ser los salvadores de la humanidad. Tal vez la única excepción a esta regla general sea el mal causado en nuestro tiempo por el demonismo del nacional-socialista y del fascismo; pero no hay que olvidar que también este demonismo pudo se-

ducir a las masas y adquirir proporciones mundiales sólo porque en él la voluntad esencialmente mala asumió una apariencia de movimiento mesiánico de salvación del mundo (ora del comunismo, ora de la descomposición moral "judeo-plutocrática").

Pero hay más. Lo más sorprendente y paradójico en el destino del utopismo es que no sólo en la práctica y contrariamente a la intención original conducía siempre al mal en vez del bien, destruía en vez de salvar, sino que en este camino los mismos salvadores de la humanidad, de abnegados servidores del bien se volvían, incomprensible e inesperadamente, criminales desvergonzados y sangrientos tiranos. Los movimientos utópicos se inician siempre por hombres abnegados, ardientes de amor por la humanidad, dispuestos a dar su vida por el bien del prójimo; tales hombres no solamente parecen santos, sino que en cierto grado participan efectivamente de la santidad. Sin embargo, poco a poco y precisamente a medida de que se aproximan a la realización práctica de sus más caros deseos, o se transforman en seres poseídos de una fuerza diabólica del mal, o ceden su lugar a criminales y megalómanos depravados, que llegan a ser sus naturales sucesores. Tal es la marcha fatal, paradójica, de todas las revoluciones basadas en el fin utópico de realizar un orden de vida absolutamente perfecto. A medio camino entre la santidad y el sadismo encontramos, encarnando en sí toda la diabólica paradoja de esta dialéctica moral, el tipo pavoroso y enigmático del verdugo virtuoso y ascético en su vida personal, un Robespierre o Dserjinsky.

En la historia del pensamiento ruso hay un ejemplo curiosisimo de esta dialéctica y de cómo se realiza en el plano del desarrollo de la idea pura, fuera de toda reacción de la vida concreta en su realización práctica, y es precisamente por eso por lo que este ejemplo resulta tan edificante. Nos referimos al desarrollo filosófico de Belinsky desde el momento en que, habiendo roto con el hegelianismo, era arrebatado por el pathos del duelo por la injusticia terrena y por el anhelo de contribuir al saneamiento moral de la vida social. En la conocida carta donde comunicaba su separación del hegelianismo, declara que "el des-

tino del sujeto, del individuo, de la persona, es más importante que el destino del mundo entero . . . es decir que la Allgemeinheit de Hegel"; afirma que no hay armonía universal que lo satisfaga si no puede compartirla con cada uno de sus "hermanos de sangre"; que aún habiendo alcanzado "al peldaño superior de desarrollo" exigirá cuentas "de todas las víctimas de las condiciones de vida y de la historia", pues de otro modo él mismo se arrojaría cabeza abajo desde este "peldaño superior". (Carta a V. P. Botkin, 1841). Toda la tensión apasionada de la voluntad ética expresada en estas palabras está dirigida hacia el bien del individuo, a las necesidades concretas de seres vivientes; ante el valor absoluto de toda personalidad humana concreta pierden su importancia los intereses del desarrollo general de la humanidad y la realización futura de valores generales. Es una anticipación de la celebérrima fórmula de Dostoievsky expresada por Ivan Karamasov: "La armonía superior no vale la menor lagrimita de siquiera un solo niño torturado". Es precisamente en este camino de preocupación por el bien de cada persona humana, donde Belinsky se hace partidario apasionado del socialismo. Y he aquí que este entusiasmo por una organización socialista de la vida se hace en el alma de Belinsky tan abrasador que en seguida lo lleva a la pavorosa fórmula que hace derribar por completo la idea que fuera punto de partida de este anhelo moral: "Si para la implantación del socialismo se precisan mil cabezas - ¡pues exijo esas mil cabezas!" Y cuenta Herzen cómo, con los ojos ardientes, preconizaba Belinsky la necesidad de la guillotina. Es precisamente así como del amor apasionado por hombres vivientes y por su destino concreto, nace una crueldad implacable para con estos mismos hombres en tanto se consideren estorbo para la realización del órden que debe asegurar su bienestar. Tal curso de ideas, en cierto sentido psicológicamente natural y lógicamente consistente, conduce así a una flagrante contradicción moral; aquí se descubre como en una preparación de laboratorio, en forma idealmente pura, el desarrollo que ya ante nuestros ojos transformó a abnegados amigos del pueblo ruso en verdugos, miembros de la "Checa"; el hecho de que con la realización con-

creta de este curso de ideas "las mil cabezas" aumenten incontablemente, hasta volverse millares o millones de cabezas, no constituye ninguna diferencia de principios.

Fácil es descartar esta pavorosa paradoja con argumentos endebles de que la pasión fanática es capaz de cegar moralmente, de oscurecer por la crueldad las intenciones más nobles y puras. Si bien en la práctica esto resulta muy cierto, no es más que una vaga fórmula verbal que en el fondo no explica nada. El pensamiento ético exige un análisis claro de la misma dialéctica objetiva de las ideas que conduce a tan pavorosa contradicción. Esta dialéctica se basa por lo visto en algunas premisas cuya falsedad vicia sus conclusiones.

La primera y más inmediata explicación del error del utopismo es que constituye una intención de "salvar el mundo", es decir, destruir el mal y la injusticia y afirmar el dominio indiviso del bien, por medio de una reforma del orden o de la organización de la vida. El orden es el conjunto de las relaciones entre los hombres, aseguradas por la ley, es decir por normas generales compulsivas. Pero aquella intención está en contradicción con la naturaleza misma de la ley. En la lucha contra el mal por el perfeccionamiento moral de la vida hay que distinguir con toda claridad dos tareas completamente diferentes: la tarea de la doma externa del mal, la protección de la vida contra su acción destructiva, y la tarea de la destrucción esencial del mal, o de su superación, que coincide con la tarea del cultivo orgánico de las fuerzas del bien. Puesto que tanto el bien como el mal son en su esencia categorías espirituales, también el cultivo del bien y la destrucción esencial del mal son posibles únicamente por medio de una acción espiritual desde dentro sobre la voluntad humana o sobre la estructura del alma individual, es decir, por medio de una educación espiritual, que sólo se concibe bajo el reino de la libertad y viene a ser en definitiva una libre auto-educación —la libre aprehensión y arraigo en el alma de fuerzas benéficas, bajo cuya acción el mal se evapora como por sí mismo, desaparece como desaparece la oscuridad ante un rayo de luz. A la inversa, ninguna compulsión, ninguna ley, que siempre es orden o inter-

dicción, ningún castigo, por severo que sea, pueden destruir esencialmente ni un átomo de mal ni crear esencialmente un átomo de bien. En este sentido, la crítica que hizo Tolstoi del Estado y en general de la lucha contra el mal por medio de la fuerza externa, está completamente justificada. Es cierto que de ello no se deduce, como lo hace Tolstoi, la inutilidad y nocividad de la lucha del estado y de la ley contra el mal, pues aunque no destruyan el mal en su esencia, la ley, el orden judicial que actúa por la compulsión, como ya queda dicho, lo refrenan, siquiera, protegen la vida contra él, lo que desde luego constituye una tarea indispensable y benéfica. Si refrenar al criminal, oponerse a sus malas acciones está lejos de ser lo mismo que hacerlo bueno y curarlo del mal, es sin embargo una función justa y razonable de protección de la vida contra el daño causado por las malas acciones. Contrariamente al anarquismo religioso -tolstoyiano u otros- o al indiferentismo político, el efecto benéfico, en este sentido, de un orden razonable y justo que defienda compulsivamente la vida contra el mal y la injusticia es una verdad evidente que no requiere demostración.

Sin embargo, ante el propósito del utopismo, no debe perderse de vista el otro lado de la cuestión. Los efectos benéficos de cualquier orden social son limitados y no pueden exceder los efectos de la compulsión en general. No se debe olvidar nunca el hecho de que las reformas sociales y políticas más justas y elevadas en sus intenciones se realizan concretamente por agentes del poder ejecutivo, es decir, en definitiva, por la policía. En cuanto a ésta, sus tareas consisten, según la feliz expresión de Uspensky, en "empujar e impedir" -cosas, como se ha dicho, indispensables y, dentro de ciertos límites, y hasta exigidas por la conciencia moral, pero completamente incapaces de "salvar el mundo", es decir de realizar en él la perfección moral y la plenitud de la felicidad. De aquí que el utopismo, que cree en la posibilidad de realizar la plenitud del bien por medio de un orden social, contiene una tendencia inmanente hacia el despotismo con todo lo que éste tiene de malo y de destructivo. Tal es el argumento fundamental -tanto moral como sociológico- contra el

Archivo Histórico de Revista

Argentinas | www.ahira.com.ar

socialismo integral. En cuanto bajo socialismo se entiende únicamente la idea general de la necesidad moral de medidas gubernamentales dirigidas contra la explotación de los pobres por los ricos, de los débiles por los fuertes o en general contra los daños causados por la anarquía económica proveniente del choque caótico de voluntades codiciosas, es un ideal bien fundado e irrefutable. Pero si por socialismo se entiende el propósito de subordinar toda la vida económica, todas las relaciones sociales entre los hombres, al poder del estado, estructurar toda la vida económicosocial según un plan pre-establecido y realizado por compulsión, degenera en un propósito despótico -el de realizar un renacimiento moral por métodos de "empujar e impedir". Así se pierde de vista que la vida no es una estructuración artificial y racional, sino creación orgánica, que toda creación -también en el plan ético- se realiza únicamente en el elemento de libertad y que por lo tanto toda represión de la libertad paraliza la vida y, junto con ella, las fuerzas del bien, sin las cuales no se concibe ningún perfeccionamiento. Es pues evidente que no se trata de ningún yerro en el contenido social-político del programa del socialismo integral del estado, sino de la falsedad general filosófico-social -y por ende filosófico-religiosa- de la posición del utopismo como tal, del que la utopía socialista es sólo un caso particular. Partiendo de la creencia muy certera de que, dada la imperfección de la naturaleza humana, la libertad no sólo no asegura una vida racional y justa, sino que es al contrario, en gran parte, la libertad de hacer el mal, el utopismo se propone destruir radicalmente este peligro mediante la organización planeada y compulsiva de la vida social por la sola voluntad racional dirigida hacia el bien. En realidad, es ésta precisamente la idea de todo totalitarismo (si se dejan de lado los fines criminales y codiciosos que en la práctica se le agregan y participan de él), tal como la expresó por primera vez Platón en su inmortal utopía ético-política 1.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Pero así se llega, como queda dicho, a una exageración desmesurada y como a una hipertensión y perversión de la función normal de regularizar la vida humana en forma compulsiva y planeada -función que pertenece a la ley, que sólo puede limitar la licencia en sus efectos más peligrosos, pero de ningún modo puede destruir el hecho fundamental de la imperfección general y de la corrupción de la naturaleza humana. La libertad como elemento irracional, que inevitablemente contiene el mal y la insensatez, coincidiendo en cierto sentido con la esencia misma de la vida, se muestra más fuerte que cualquier intento de aniquilarla. Encarcelada, privada de la posibilidad de manifestarse abiertamente, se abre una multitud de caminos y canales inesperados y no previstos por la ley para su acción subterránea. Esto tiene dos consecuencias inevitables. Primeramente, el propósito de destruir el mal por el planeamiento compulsivo de la vida no alcanza en la práctica su fin, aún en la medida en que realmente esté guiado por una voluntad buena y racional. Se crea una penosa contradicción entre la regularidad y la decencia puramente superficiales de la vida y su contenido interno caótico y viciado. Y del otro lado, los mismos caudillos, que con su voluntad buena y racional deberían sobreponerse al mal y a la insensatez, de hecho, como hombres, están en la práctica sujetos a la misma imperfección humana que se proponen vencer: la voluntad humana mala e insensata está dirigida y refrenada, no por alguna instancia superior más perfecta, sino -en la persona de los caudillos- por esa misma voluntad humana mala e insensata. Resulta un círculo vicioso sin salida. Y hay más: la libertad siendo elemento irracional, elemento que admite el mal y la insensatez, es al mismo tiempo el elemento en que nace también la acción del bien y de la razón, es decir la única posibilidad de auto-perfeccionamiento. La superación del mal y de la insensatez es sólo posible bajo el aspecto de una libre auto-educación y auto-determinación del hombre, de una libre victoria interna en el alma del hombre de lo que contiene de más elevado y mejor sobre lo peor y más bajo. Cada vez que el propósito de perfec-

rgentinas www.ahira.com.ar

Que esta idea sirve de base al socialismo, se ve con toda claridad en su primera forma histórica — el Saint-Simonismo, cuyo pathos original consistía precisamente en la denuncia de la libertad como elemento de mal y de insensatez.

sólo no se alcanza tal perfeccionamiento, sino que, al contrario, lo irracional y corrompido propio del hombre produce sus flores más exuberantes.

La herejía del utopismo se define, pues, más exactamente como una deformación de la idea cristiana de la salvación del mundo, puesto que se propone lograr esta salvación por la fuerza de la ley. En cuanto la ley es la idea directiva del Antiguo Testamento, la herejía del utopismo viene a ser como una distorsión de la conciencia cristiana en el sentido de una vuelta a concepciones propias del Antiguo Testamento. Es cierto que en el mismo Antiguo Testamento la ley nunca se considera como medio de la salvación del mundo. Es sólo un medio para la salvación del hombre en el sentido de su justificación ante Dios; y además por ley no se entiende desde luego la ley del estado, sino la ley como mandamiento religioso absoluto -lo que ahora (dejando de lado el ritual) llamaríamos ley moral. Conocida es la crítica que hizo San Pablo a tal manera de entender la ley, crítica que por primera vez expuso con toda claridad la idea cristiana de salvación: la ley, correctivo del pecado, es su correlativo y consecuencia, y por lo tanto, aunque refrena exteriormente el pecado, no puede vencerlo en su esencia y conducir a la salvación. La importancia que para nuestro tema tiene esta intuición genial de San Pablo se pone de manifiesto si se considera la tendencia que tiene la ley, tomada en el sentido del Antiguo Testamento, a transformarse en reglamentación compulsiva del estado. Siendo expresión de la voluntad divina, la ley posee absoluta compulsión: la justicia debe ser cumplida en cualesquiera condiciones, su violación debe ser refrenada. Si esta compulsión inmanente a la ley se expresa concretamente en primer lugar por la presión sobre el individuo del juicio moral de la opinión pública, la voluntad moral de la comunidad tiene la conciencia de su derecho y hasta la obligación de afirmar lo justo también por medios de compulsión estatal. La religión de la ley se encarna inevitable y naturalmente en una teocracia que actúa por la fuerza. En la historia del cristianismo esta corriente de ideas se percibe cada vez que se evidencian en él tendencias propias del Antiguo

Testamento, por ejemplo en el calvinismo (la teocracia compulsoria ginebrina de Calvino y las manifestaciones correspondientes de la revolución puritana inglesa). Es cierto que la ley en estos casos no se comprende como salvación del mundo, sino como medio de refrenar el pecado y, por ende, en el orden de las condiciones generales de vida universal, como medio para proteger el mundo de las fuerzas destructoras del pecado, es decir, como condición de estabilidad y equilibrio de la vida universal trastornada por la Caída. Pero puesto que en el utopismo nace la idea de la salvación del mundo por el establecimiento de un orden justo o ley, la idea teocrática del Antiguo Testamento asume en él un carácter de salvación universal por medio de la compulsión ejercida por el estado. El sentido de tales conceptos -deformados - del Antiguo Testamento en el utopismo, se pone de manifiesto en los tipos de utopías de los tiempos de la Reforma. Los enemigos de la ley divina se consideran como "amalecitas" y "filisteos" sin Dios, que deben ser exterminados despiadadamente (lema constante del fanatismo religioso de aquella época); es muy significativo que en este camino los "taboritas" terminan por una abjuración expresa del cristianismo y vuelven a la religión del Antiguo Testamento. El ejemplo de tales estados de ánimo más sobresaliente y edificante para nuestros fines lo encontramos en el intento de los anabaptistas de Münster de lograr por la fuerza el ideal cristiano de comunidad de los bienes: la ley mandaba que las puertas de las casas permanecieran abiertas día y noche; cada cual podía tomar lo que quería; los violadores de la ley eran castigados con la muerte. Es esto un ejemplo de socialismo compulsorio primitivo basado en el ideal cristiano de perfección e inevitablemente sostenido por el terror, -y probablemente el primer intento de maximalismo.

Pero tal comprensión del utopismo, como distorsión de la idea cristiana de salvación en el sentido teocrático del Antiguo Testamento, no basta. Hay que aclarar las premisas en virtud de las cuales se hace posible esta distorsión. La cosa es que ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento como tales contienen nada que pueda dar lugar a esta distorsión. Como queda dicho, con

toda la exageración de la significación religiosa de la ley considerada como regla de conducta obligatoria establecida por Dios, el Antiguo Testamento nunca vió en ella un medio de salvación del mundo en el sentido del establecimiento aquí mismo de la perfección absoluta. Por otro lado, la buena nueva del Nuevo Testamento sobre la salvación del mundo y el vencimiento del pecado coloca esta salvación en el trasmundo. Dentro de los límites de nuestro aeon cósmico, esta salvación consiste en la liberación del alma humana de su sujeción al pecado por medio del acceso al "Reino de Dios" como a su morada eterna; por ello, la salvación como beatitud absoluta y la posibilidad de perfeccionamiento espiritual se conciben como compatibles con la vida en este mundo imperfecto, lleno de pecado y de sufrimiento. "En el mundo tendréis congoja; pero animaos: he vencido al mundo" (Juan, 16.33). Esta victoria esencial sobre el pecado y asimismo la superación de principio, aún invisible, del aeon pecaminoso de la existencia universal debe rematarse por su transfiguración en el "Reino de Dios", pero esta transfiguración coincide ya con el "fin" de este mundo. La primera como la segunda salvación, aunque de modo distinto, significan una salida fuera de los límites de "este" mundo, se refieren al "reino que no es de este mundo" y por lo tanto no es sólo que no contienen, sino que rechazan categóricamente toda idea de la posibilidad de perfección y de beatitud absoluta dentro de los límites y categorías de "esta" existencia terrena.

El único motivo religioso de las Escrituras, y en general de la verdadera tradición religiosa, en el que se podría encontrar un punto de apoyo para el utopismo es la esperanza apocalíptica de un "nuevo cielo y de una nueva tierra", de una "nueva creación" (idea que asciende a los anhelos de los profetas del Antiguo Testamento, — e. g., Isaías 11 y 67,17-25); y se acostumbra comparar el utopismo con esa fe apocalíptica. Sin embargo, no se debe olvidar tampoco la diferencia esencial y —puede decirse—decisiva entre los dos. El mundo transfigurado, perfecto —"el nuevo cielo y la nueva tierra"— se conciben en la apocalíptica precisamente como "nueva creación", es decir, como un segundo

acto que completa la creación del mundo. Esa "nueva" creación es, como la primera, un acto sobrenatural de la voluntad creadora divina, que trasciende la comprensión humana y que desde luego rebasa los límites sujetos a la voluntad racional organizadora del hombre. Y esa "nueva creación" —por lo menos en el Apocalipsis del Nuevo Testamento— se separa netamente de la primera, del aeon universal actual, por el Juicio Final, en el que el triunfo de la omnipotente justicia divina, destruyendo toda injusticia terrena, pone fin al mismo tiempo a "este" mundo. Inversamente, el utopismo concibe la "nueva creación" precisamente como obra de la voluntad organizadora humana, guiada por el propósito de afirmar la verdad absoluta, el "Reino de Dios" en la tierra, es decir dentro de las categorías de "este" mundo.

Las verdaderas y últimas fuentes intelectuales del utopismo se pueden encontrar en una idea religiosa muy nueva -en comparación con todo el conjunto de conceptos de las Escriturasque ofrece ciertas analogías sólo con el gnosticismo del siglo II, la idea de que la causa del mal universal y del sufrimiento no reside en la fuerza misteriosa del pecado, que ha deformado la creación perfecta de Dios y que no puede ser eliminada dentro de los límites terrenales, sino en la organización defectuosa del mundo. A ésta se agrega otra idea: a la voluntad humana, guiada por el anhelo de justicia absoluta, se le da la posibilidad de reorganizar radicalmente el mundo, de crear un nuevo mundo racional y justo en lugar del antiguo imperfecto e injusto. El utopismo es ante todo la negación del dogma de la Caída. El utopismo hace recaer la responsabilidad de la injusticia terrena, no en el poder del pecado, no en la naturaleza pecaminosa de la voluntad humana, sino en ciertas otras fuerzas, culpables de la organización defectuosa e injusta del mundo; -por decirlo todo- en la instancia que creó el mundo. Es la rebelión de la voluntad moral humana contra el Creador del mundo y contra el mismo mundo como su creación. Los antiguos gnósticos declaraban que el mundo fué creado por un dios maligno y que el Dios del amor y de la justicia revelado por Jesucristo es un

295

Dios completamente distinto del creador del mundo. De aquí, como consecuencia inmediata, la huída del mundo, el anhelo de librarse del poder del maligno Dios creador para unirse espiritualmente al otro Dios "lejano" de amor y justicia. El teólogo Harnak (en su libro sobre Marción) compara muy acertadamente la doctrina de Tolstoi con esta antigua tendencia religiosa. Na es casualidad que en Tolstoi el asceta conviva con el revolucionario; la huída del mundo, la negación de la belleza, del amor, de la cultura -de todas las fuerzas espirituales relacionadas con la vida en este mundo y con el reconocimiento de un valor religioso positivo al cosmos—, encuentran una compensación en el sueño de lograr una vida perfecta sometiéndose a un nuevo orden, a lo que se podría llamar reglamento tolstoyiano de la vida. Es cierto que ese orden de vida justa se concibe como voluntariamente aceptado y rechaza toda compulsión física -y en esto estriba la diferencia fundamental entre la doctrina de Tolstoi y el utopismo. Pero, como queda dicho, la fe en un orden legal, como expresión adecuada y comprehensiva de la justicia divina absoluta, ya contiene en su esencia misma la exigencia moral de realización impuesta por la fuerza y lleva inevitablemente al ideal de una teocracia compulsiva. Cuando el establecimiento de un orden justo se concibe como obra de la voluntad humana consciente y organizadora, la teocracia compulsiva se vuelve antropocracia en rebelión contra Dios. El hombre asume la tarea de organizar el mundo sobre nuevas bases de justicia; este nuevo mundo justo y racional -obra de la voluntad moral y organizadora del hombre- se contrapone netamente al antiguo mundo malo e irracional creado por cierta fuerza maligna, ciega y caótica. Es precisamente en ese propósito de construir un mundo completamente nuevo por medio del establecimiento compulsivo de un orden justo en lo que consiste, la esencia del utopismo. No es por casualidad, sino muy inevitablemente y con una lógica inexorable, por lo que el utopismo, herejía cristiana en sus orígenes, como salvación del mundo por su subordinación a la ley divina, se vuelve rebelión del hombre contra Dios, conservando su aspecto de herejía cristiana unicamente en la idea misma de salvación o transfiguración del mundo.

Este rasgo fundamental del utopismo lo entrega a su destino, a esa fatal dialéctica de la degeneración del bien en mal, cuya constatación fué punto de partida de nuestras reflexiones. Para crear o construir un nuevo mundo, preciso es destruir primero el viejo. Pues se propone precisamente crear el mundo de nuevo. Como Dios, el hombre se propone crear el mundo de la nada; pero no encontrándose en la situación de Dios, autor de la primera creación, ve en el mundo ya existente un obstáculo a su propósito creador. Por ello, la tarea de destrucción es para él parte integral de su tarea creadora; conforme a la célebre declaración de Bakunin en su artículo juvenil escrito en alemán -manifiesto filosófico del utopismo revolucionario- "die Lust der Zerstoerung ist auch eine schaffende Lust" (la alegría de la destrucción es también una alegría creadora). Es cierto que, según el propósito del utopismo, la destrucción del mundo antiguo sólo representa una corta etapa preparatoria, que debe ser seguida por la obra puramente creadora de edificación de un mundo nuevo. Pero el viejo mundo original -el mundo pecaminoso, irracional e imperfecto- se obstina en vivir, resiste a la destrucción. El utopismo siempre considera esta obstinación como algo incomprensible, inesperado y contranatural, pues contradice su convicción de que la edificación de un nuevo mundo es cosa relativamente fácil. Se considera pues esta obstinación como algún obstáculo fortuito y particular, se adscribe a alguna voluntad viciada y perversa; parece natural que los hombres normales debieran aceptar el plan de edificación de un nuevo mundo que les asegura la "salvación" y una vida racional y feliz. Esa voluntad perversa y viciada de unos pocos debe ser ahogada y aniquilada —de aquí, la exigencia de las "mil cabezas". Mas este viejo mundo, a pesar de sus defectos, de su vejez y de todas sus faltas, tiene sin embargo cierto origen sobrehumano y por lo tanto cierta solidez inesperada para los utopistas, que quiebra toda voluntad puramente humana. Por consiguiente ni la eliminación de las "mil cabezas" puede servir: en lugar de las cabezas cortadas, a la "hidra de la contrarrevolución" le crecen millares y millones de nuevas. La tarea de destrucción se prolonga desespe-

Argentinas www.ahira.com.ar

radamente, y en este camino el utopismo está fatalmente arrastrado a recurrir a un terror despiadado y cada vez más general. Precisamente por ello los bienhechores de la humanidad se vuelven sin remedio sus opresores, torturadores y destructores. Los objetos de salvación pagan por la ceguera de sus salvadores, por la falsedad del mismo propósito de salvar el mundo mediante su reorganización, propósito fundado en el olvido de la verdad sobre la imperfección pecaminosa del mundo que no puede ser eliminada por ninguna medida humana externa. Según la perspicaz observación de Kant: "del árbol torcido que sirvió para crear al hombre no se puede hacer nada perfectamente derecho". Dedicando todas sus fuerzas a la tarea eterna, interminable, de refrenar, arrancar, destruir las bases fundamentales de la vida universal, los salvadores del mundo se vuelven sus enemigos jurados y gradualmente se someten al poder de su caudillo natural en ese camino -el espíritu del mal, del odio y del desprecio al hombre. La antropocracia en rebelión contra Dios degenera fatalmente en demonocracia que lleva, no a la salvación, sino a la perdición.

Anticipamos una objeción evidente. A primera vista, puede parecer que todos estos argumentos son inconsistentes, pues se basan en un simple juego de palabras -en la confusión del "mundo", como esfera de la vida social del hombre, con la concepción del mundo como cosmos. Los utopistas, nos dirán, nunca se han propuesto cambiar las leyes de la naturaleza y crear el cosmos sobre nuevas bases; sólo se proponen la creación de una nueva y justa organización social; la mutabilidad del orden social, históricamente confirmada, es perfectamente compatible con la inmutabilidad de la estructura cósmica del mundo. Pero esta objeción convence sólo en apariencia; deja de lado el aspecto más esencial del problema. Mencionaremos de paso que el utopismo suele confesar abiertamente sus sueños de transfiguración cósmica, como por ejemplo en las fantasías utópicas de Fourier o en la célebre fórmula de Marx sobre "el salto del reino de la compulsión al reino de la libertad", poniendo de manifiesto que la implantación del socialismo se concibe precisamente como un

aeon completamente nuevo de la vida cósmica. En general, el utopismo tiene una confusa fe en que la transformación de la estructuración social debe de algún modo asegurar la verdadera salvación, es decir traer consigo la terminación de la trágica subordinación del hombre a las fuerzas ciegas de la naturaleza y el advenimiento de una existencia nueva beata y serena. Pero para nosotros tiene más importancia otro rasgo más hondo y sutil, en el que se descubre la inevitabilidad para el utopismo de abrigar propósitos de transformación de ciertas bases existenciales de la vida cósmica.

El caso es que la misma estructuración de la vida humana, del mundo social, en algunas de sus condiciones generales (dentro de cuyos límites desde luego son posibles muchas variaciones históricas) es una expresión de la subordinación del hombre a fuerzas cósmicas. Hasta donde el hombre no es espíritu puro, sino ser carnal, entra, por su carne con sus constantes necesidades y exigencias, en la composición del cosmos y está subordinado a sus fuerzas. Por ello, todo propósito de cambiar estas condiciones generales, y reemplazarlas por otras nuevas, es en el fondo un intento -consciente o no- de transformación de las bases cósmicas de la vida humana (generalmente es más bien inconsciente, pues la conciencia manifiesta de tal intento equivaldría a una condenación del utopismo). Tomemos, para empezar, un ejemplo sencillo, completamente elemental y por ello algo grosero. El principio de la igualdad universal, en su aspecto de exigencia moral, es desde luego completamente legítimo y obligatorio, siendo expresión del respeto a la santidad de todo ser humano y su reconocimiento como imagen e hijo de Dios. Pero el intento de afirmar la igualdad real y absoluta de situación, oportunidades y condiciones de vida de todos los hombres equivale a un intento de cancelar el hecho universal e inquebrantable de la desigualdad real entre los hombres según sus capacidades, energía, laboriosidad, así como el hecho igualmente inquebrantable de la importancia que tiene lo irracional en la vida humana. Se puede y se debe conceder a las mujeres igualdad de derechos con los hombres, pero es absolutamnte imposible

descartar la profundísima diferencia cósmica pre-determinada entre los sexos en su estructuración intelectual y espiritual y en su "vocación"; las mismas consideraciones ponen también un límite infranqueable a todos los demás intentos de una nivelación real de los hombres. Todos significan en el fondo un propósito de "revolución cósmica", es decir de cancelación del hecho cósmico universal de diferenciación cualitativa y cuantitativa de la vida, de su multiplicidad y de su estructura jerárquica.

De aquí se deduce que hay ciertas "leyes", en el sentido de un orden normativo y determinado de la vida humana, que corresponden a la subordinación del hombre a condiciones cósmicas ineluctables dentro de los límites de este mundo. En esto reside el sentido del concepto de "derecho natural", elaborado primero por el pensamiento antiguo y adoptado por la iglesia cristiana en completo acuerdo con su propia conciencia religiosa. "El derecho natural" no es un derecho que asegura una vida perfecta y beata, no es un orden social que satisface completamente las exigencias del espíritu humano. Al contrario, este derecho es naturalmente imperfecto, pues expresa la imperfección general de la vida humana en su subordinación a las fuerzas de orden cósmico. Con más precisión, el derecho natural es la manifestación máximamente adecuada de la naturaleza moral y espiritual del hombre dentro de los límites de su sujeción a esas fuerzas cósmicas. Así, por ejemplo, la familia monógama es una forma en la que el espíritu moral del hombre ordena el ciego instinto cósmico sexual. Asimismo, el estado, el poder estatal, es una forma en la que se satisface prácticamente la exigencia moral de solidaridad libre y apacible entre los hombres ante las fuerzas cósmicas anárquicas dentro y fuera de la sociedad; y es precisamente en este sentido en el que, según San Pablo, el poder del estado es una institución divina (de la misma naturaleza es, desde luego, la base natural y legal del derecho internacional, incluso el propósito aún sin realizar de unidad internacional). Así, la propiedad privada, en toda la variedad de sus aspectos concretos y con toda la necesidad de su limitación en el interés de la solidaridad humana, es en su principio condición natural de las libres actividades del hombre ante el hecho cósmico de la necesidad económica, es decir de la dependencia de la vida humana de la posesión de bienes materiales.

Por esto, todo propósito de anular o quebrar estas formas generales de vida humana, que reflejan su subordinación a fuerzas cósmicas que rigen la existencia terrenal, de reemplazarlas por otras formas completamente nuevas, inventadas por el pensamiento moral del hombre, es una expresión del orgullo humano ilegítimo y contranatural, de su anhelo titánico de construir con sus propias fuerzas un universo nuevo. Este propósito no sólo es irrealizable, puesto que se choca contra la obstinación insuperable del mundo, evidencia de su origen sobrehumano. Convirtiéndose en el camino de su realización práctica en la tarea desesperada, interminable, de la destrucción del mundo, ese intento degenera en la mutilación, la distorsión de las condiciones de vida naturales -y por lo tanto moralmente indispensables al estado actual de la naturaleza humana. Concebido para establecer la justicia divina absoluta en la tierra, el utopismo en el proceso de su relización se vuelve asesinato -real y metafóricamentedel hombre vivo, concreto y real, aniquilamiento de la misma vida y, por lo tanto, de toda posibilidad de su perfeccionamiento ético.

Según la honda y verdadera idea cristiana, el hombre está sometido al "mundo", es decir, a las condiciones cósmicas de su existencia, en la medida de su propia maldad, es decir, de su imperfección interna. La liberación de esta subordinación es sólo posible por el perfeccionamiento interno espiritual y moral del hombre, y nunca por algunas alteraciones repentinas, con operación mecánica, del orden externo de la vida humana. La obra del perfeccionamiento de la vida humana es obra de una libre educación y auto-educación del espíritu humano, de su esclarecimiento interno por fuerzas benéficas. Las reformas sociales son necesarias y racionales únicamente en este orden de ideas, es decir, hasta tanto crean mejores condiciones para esa obra de libre re-educación interna espiritual del hombre; pero para llenar sus

propósitos deben tomar en cuenta el estado real del hombre y no proponerse cambiarlo por la fuerza.

En la historia del pensamiento ruso del siglo XIX hay un ejemplo por así decir clásico de una inteligencia honda y altamente moral, que llegó a esta misma convicción como resultado de una trágica experiencia personal y política. Es un ejemplo de evolución intelectual y ética diametralmente opuesta a la dialéctica contradictoria de Belinsky antes mencionada. Herzen, en sus "Cartas a un antiguo compañero", que pueden considerarse como su testamento político, dice, criticando el propósito utópico de revolución social: "Destruye el mundo burgués: de sus cenizas, del mar de sangre, nacerá el mismo mundo burgués". Revolucionario y socialista, además hombre especializado en estudios históricos, Herzen sabía, desde luego, muy bien que el "mundo burgués" no es eterno, sino que es sólo una manifestación histórica. Pero comprendía que este orden de vida social está determinado por cierto estado espiritual de la naturaleza humana y, por lo tanto, no puede ser aniquilado por un golpe de estado impuesto por la fuerza. Y por eso, agrega, con el orgullo de un espíritu verdaderamente libre: "No temo la palabra trivial "gradualmente". También él había comprendido el yerro fundamental de la herejía del utopismo — el propósito de realizar una vida perfecta "en la tierra", es decir, en condiciones esencialmente imperfectas. Ajeno a toda fe religiosa, este espíritu independiente llegó, por la simple observación de la vida y sus reflexiones sobre ella, a la misma condenación de la herejía del utopismo que encuentra su postrera y plena fundación sólo en la conciencia cristiana.

COMEDIA DE CALISTO Y MELIBEA¹

Por ENRIQUE ANDERSON IMBERT

Calisto y Melibea tenía genio porque lo vió atropellando las honras del mundo; pero creyó, gedeónicamente, que la gracia hubiera estado en mostrar ese mismo genio sin ese mismo atropello. "Libro en mi opinión divino —dijo— si encubriera más lo humano". Que es como si admiráramos al toro pero nos lamentáramos de la fuerza de sus cuernos.

Lo que yo admiro en Fernando de Rojas, por el contrario, es la violencia con que le abre las braguetas al mundo. Las gentes atisbaron las delicias y sobresaltos de tamaño escándalo. Al principio —la época de los Reyes Católicos era un mediodía— no se vió toda la luz escondida en la Comedia, como no se le vería la luz a la luciérnaga si volara a pleno sol. Pero cuando España decayó en la desesperación del miedo y del vacío interior, la Comedia, al pasar por el aire, se recortó demasiado luminosa, demasiado visible contra ese cielo oscuro del siglo XVII. Entonces la Inquisición, con el instinto paralizador de ciertas avispas, clavó su aguijón en los centros nerviosos de su víctima y la dejó inmóvil pero viva, reducida a aprovisionamiento literario de larvas de inquisidores. Es asombrosa la precisión con que distinguió los segmentos vulnerables: los siete pasajes condenados en 1640 por el Index de Sotomayor eran los motores de la agresión.

1 Me atengo a la Comedia de Calisto y Melibea en la edición de Burgos, 1499. La unidad de sus dieciséis actos me basta para suponerlos escritos por una única persona poética; llamo a ese autor, convencionalmente, Fernando de Rojas. Todo lo que se agregó en ediciones posteriores —cinco actos, octavas, amplificaciones retóricas, una carta, cambios de título, etc. es harina de otro costal. Aunque algunas de estas adiciones lleven la marca del genio —la escena de amor en el jardín, el rufián Centurio—, por lo general son intercalaciones que estropean la intensidad dramática de la Comedia. Si fué el mismo autor, desafinó.

Sí, ya sé: en su desenfado verbal hay muchas reminiscencias. Que las sigan estudiando los profesores. Por mi parte estoy seguro de que si devolviéramos a sus fuentes las aguas que de allí salieron, la concepción de la vida de Rojas seguiría manando, fresca, clara, continua, porque subía de napa propia. Y será inútil que la queramos definir llamándola "medieval" como unos críticos o "renacentistas" como otros, pues estos conceptos, aun si fueran válidos para España (que no lo son), señalarían meros andamiajes históricos de que se sirvió el poeta en el quehacer práctico de la escritura, pero no la fundamental visión poética, muy humana y, por lo tanto, universal y eterna. Tan atrevida es esta cosmovisión que, con alivio, nos hemos aferrado al encasillamiento retórico de la Comedia en el género "novela" para evitar el escándalo de una representación en público.

A una novela la leemos a solas, cuando nadie nos mira, y no nos sentimos ofendidos en nuestra conciencia social si el autor arremete contra la moral vigente; pero en el teatro formamos parte de una sociedad efectiva, y frente a una pieza así asaltaríamos el tablado para interrumpir las escenas y poner la mano en la boca del autor antes de que revele el infamante secreto de nuestro grupo. Es evidente, sin embargo, que la Comedia, aunque novela, fué concebida teniendo en cuenta las posibilidades técnicas del teatro de su época: ¿qué excusa tendríamos hoy para tacharla de irrepresentable? La virtud del diálogo, y sólo de su diálogo, es lo que va anudando la acción en una línea dramática que muy bien podría desfilar por un escenario.

Si la viéramos sobre la escena cobraría todo su sentido. De esta humanidad mojigata que somos nosotros, los del público, se burlaría desde las tablas la humanidad de Celestina, Calisto, Melibea, Areusa y todos los demás. Ellos sí son inteligentes. Por lo menos, se oyen atentamente y se comprenden con lucidez: no hay equívocos en ese corrillo de ojos bien abiertos. Son, además, sanos, cínicos, amorales. Están envueltos en una atmósfera cultural, y hablan con el lenguaje literario del siglo XV; hablan, también, con el lenguaje que siempre ha servido para estilizar los bramidos de lascivia. Pero la ironía del autor transparenta los dismidos de lascivia.

fraces con que la lógica viste el instinto, y vemos muy bien que, para ellos, la vida es naturaleza. Esa ironía es de extraordinaria sutileza artística. Sobre la línea plebeya de la literatura española—la llamo plebeya porque el punto de vista es el del hombremasa— la Comedia, a pesar de los temas populares y de su naturalismo, se alza aristocrática. Con ojillos aristocráticos Rojas caló la vida por su centro, que es egoísta, anti-social.

Sus personajes están como en la frontera de una ciudad populosa, con leyes negadoras del goce sensual. Entran y salen. Cuando entran, se ahogan con escrúpulos; cuando salen, respiran a pleno pulmón. Nunca renuncian del todo a su condición civil. Hasta Celestina debe pactar con la sociedad, y abraza una profesión que contradice su íntima filosofía: ella cree que el estado de virginidad es una ofensa a su Dios-Naturaleza, pero ya que la ciudad ha decidido que las mujeres guarden esa compostura, se dedicará a recomponer la doncellez perdida. Calisto, al enterarse de la afrentosa muerte de sus criados, teme el alboroto porque sus oídos están pegados a lo que se dice por ahí, pero está seguro de sus derechos a gozar y sabe que la sociedad es la equivocada: con honra o sin honra, irá esa misma noche a amar a Melibea. Y lo que turba a Melibea no es su honra, en la que no cree, sino su voluntad de mantenerse honrada: no sabe qué obedecer, si Naturaleza o Sociedad. Todos en la Comedia son individualistas, pero no a la española. El individualismo español consiste en rebelarse contra las objetivaciones sociales de las mismas creencias que, en tanto creencias, lo arrebatan; pero, con pasión absoluta, rinde la personalidad al caudillo, al rey, a la iglesia. El individualismo de la Comedia, en cambio, es el de un descreído que se retrae a su nuda existencia como única realidad segura. Calisto y Melibea son, pues, individualistas; y tan antisociales que ni siquiera piensan en el matrimonio, siendo que nada se oponía a que se casaran. Eran jóvenes, ricos, apuestos, libres; pero no han hecho más que mirarse las caras para apartar el matrimonio como una frivolidad social. Calisto ofrece pasión, Melibea no espera sino pasión. No se engañan ni por un instante. Fuego de llama rápida es lo que quieren, no brasa tranquila y ceniza

de hogar. Así habla Melibea: "¡Oh género femíneo, encogido y frágil! ¿Por qué no fué también a las hembras concedido poder descubrir su congojoso y ardiente amor, como a los varones?"; "Madre mía, que comen este corazón serpientes dentro de mi cuerpo"; "Las puertas impiden nuestro gozo, las cuales yo maldigo, y sus fuertes cerrojos y mis flacas fuerzas, que ni tú estarías quejoso ni yo descontenta".

Tanta desvengüenza quita la respiración a los espectadores; y para recobrarse del choque muchos de ellos han propuesto la explicación de una Celestina satánica. ¿Satánica la bonachona Celestina? ¡Qué va!: "Calla tu lengua —le dice a Sempronio—, no amengües mis canas, que soy una vieja cual Dios me hizo, no peor que todas. Vivo de mi oficio, como cada cual oficial del suyo, muy limpiamente. A quien no me quiere no le busco. De mi casa me vienen a sacar, en mi casa me ruegan".

Ya sería un rasgo admirable de genio dramático que Celestina, aunque inspirada por Satán, se viviera a sí misma y para justificarse encontrara en sus adentros razones y palabras muy humanas, psicológicamente verdaderas y legítimas por estar templadas al acorde de su ser profundo. Pero más admirable aún es que Rojas la creara de carne y hueso. No es ni criatura de Satán ni simple alcahueta: es una vida rebosante. Siente el placer de la carne ajena porque recuerda el de la propia. Su oficio es corromper; pero hay algo desinteresado en su oficio. En las encías -dice- me ha quedado el sabor de los besos. "Y aun así, vieja como soy, sabe Dios mi buen deseo". Es una sacerdotisa de la carne, y se redime estéticamente porque es un carácter con todo un mundo de colores dentro. ¿Y no se redime también moralmente por el cariño de las muchachas, por aquel grito de Elisia al verla asesinada: "Muerta es mi madre y mi bien todo"? Quienes peor la juzgan son los ruines Sempronio y Pármeno; y hasta Pármeno, al escarnecerla, no puede evitar que sus palabras se conviertan en un himno: "si entre cien mujeres va..." Tiene el orgullo, y aun la dignidad, de quien cumple con delicadeza una misión que alegra la vida. Para Celestina esta vida es inestable: sólo hay una seguridad, la muerte; sólo hay un fin, el

placer. Pero es capaz de espiritualizar el amor con poesía, música, amistad: el amor, sin esas idealizaciones -dice-, "mejor lo hacen los asnos en el prado". No es una hechicera, es una conocedora del corazón humano que ha levantado su tienda en el cruce de los caminos. Celestina cree en el diablo, y por eso lo conjura; pero Rojas no cree, y por eso lo que ha de ocurrir ocurrirá naturalmente, no sobrenaturalmente. Celestina no entrega Melibea a Calisto: su función se limita a preveer y preparar esa entrega. En la trama de la Comedia la única intervención del cielo -como observa el mismo Pármeno- ha sido la del halcón, que al volar a la huerta de Melibea (y Calisto en pos de él) desató las fuerzas de la naturaleza. Una vez desatadas nadie, ni siquiera Celestina, pudo influir. Y, en efecto, ya está muerta Celestina cuando Melibea se abraza a Calisto y le deja "el nombre y corona de virgen por tan breve deleite". Melibea ha cedido a su propio encendimiento, no a la hechicería de la vieja. En ningún momento el autor se ha propuesto castigar a Celestina: la muerte de Celestina antes del suicidio de Melibea es prueba de que la intención de Rojas fué dramática, no predicadora. No hay moraleja en el drama.

No hay moraleja porque no hay Satán ni hay Dios. Lo que allí se glorifica es la carne, lo que allí fracasa es la carne.

Esos amores de Calisto y Melibea son bellos como animales en celo. De animales con formas de dioses, pero los dioses, en la Comedia, son trozos vivos de naturaleza. Calisto mira a Melibea de arriba abajo y la describe siguiendo un canon medieval: pero en esa mirada de arriba abajo las redondeces de la mujer le turban y enturbian los ojos. La "secreta enfermedad" que consume a Calisto es el ardor de su sexo: "tiénele derribado una sola muela, que jamás cesa de quejar", dice maliciosamente Celestina.

El golpe de la sangre, como el de una varita mágica, lo transfigura todo. Sucede en un minuto, desde las primeras palabras que se pronuncian; y el primer acto tiene la energía de un súbito descubrimiento lírico. De pronto, la naturaleza se ha aparecido desnuda, radiante y libre. Es casi un rapto místico—y Calisto habla a veces como místico— pero en el que Dios es

Naturaleza; o, mejor dicho, en que la Naturaleza es autónoma. El Universo se ha reducido a la medida del cuerpo de Melibea: "Por cierto, los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo ahora en el acatamiento tuyo", dice Calisto. Calisto toma a Dios como imagen literaria para enaltecer su amor terrestre. Sempronio pregunta: "¿Tú no eres cristiano?", y él responde: "¿Yo? Melibeo soy, y a Melibea adoro, y en Melibea creo, y a Melibea amo". Sempronio comprende en seguida: Tú quieres poseer a Dios, como en Sodoma se poseían a los ángeles, dice. Y Calisto, al oír tremenda blasfemia, se echa a reir a más no poder. ¿Qué le importa a él la santidad? Ya lo ha dicho: ver el cuerpo de Melibea lo hace más feliz que "si Dios me diese en el cielo la silla sobre sus santos". Y si el fuego del purgatorio fuera tan doloroso como este tormento concreto y real que siento al desear a Melibea, "más querría que mi espíritu fuese con los de los brutos animales que, por medio de aquél, ir a la gloria de los santos". Y más: Melibea es Dios. Lo repite hasta la muerte. "¿Mujer? - reprocha a Sempronio -. ¡Oh grosero! ¡Dios, Dios!". "Por Dios la creo, por Dios la confieso y no creo que hay otro soberano en el cielo". Aquí, en la embestida de este primer acto, están cinco de los siete pasajes condenados por el Index de 1640.

El frenesí con que Calisto quiere juntar su latido al de Melibea elimina toda posible moral. No hay noción de pecado ni remordimientos ni ansias de salvación. El Bien es lo que conduce a Melibea, el Mal es lo que aleja de Melibea. Celestina, por eso, es para Calisto "honrada presencia", "noble senectud", "vejez virtuosa". Y en los momentos en que se acuerda de que le han enseñado que existe Dios, Calisto se dirige a él como a otra Celestina: "¡Oh, todopoderoso, perdurable Dios! tú que guías a los perdidos, y a los reyes orientales por el estrella precedente a Belén trajiste, y en su patria los redujiste —dice al enviar su criado en busca de Celestina—, humildemente te ruego que guíes a mi Sempronio en manera que convierta mi pena y tristeza en gozo, y yo, indigno, merezca venir en el deseado fin". Dios se ha convertido en una Celestina mayor: "Rezando hoy

ante el altar de la Magdalena —le dice a Pármeno— me vino, con tu mensaje alegre, aquella solícita mujer". Y Celestina, por su parte, es un Dios pequeño: "esta, que no tiene menor poderío en mi vida que Dios".

Melibea intuye en seguida que Calisto la pretende con "ilícito amor", y lo despide: "Vete de ahí, torpe". Pero también tiene la corazonada de que Calisto es flor que nació al mundo para que ella se la prenda en la entraña. Lo invita de noche, al jardín; y apenas siente bajo las ropas la caricia de sus "desvergonzadas manos" de hombre, se abandona sobre Il césped. Sus amores con Calisto no son diferentes a los de los criados. Calisto y Melibea son menos promiscuos: quizá, por ser novicios, la dulzura de la carne se les adelgaza idealmente y echa como unas alas angélicas. Pero el amor, en ellos como en los criados, es carnal: se buscan mutuamente como dos porciones ciegas de la misma vida que sólo al pegarse vieran la luz. ¿Son más inocentes? Lo dudo. Cuando Calisto no ha saltado todavía ninguna pared, cuando todavía no se ha aparecido nunca de noche, Melibea, al oir su nombre en boca de Celestina, exclama intuitivamente: "ese loco, saltaparedes, fantasma de noche". Esa exclamación adivinatoria de Melibea no es inocente; tampoco es inocencia de Calisto el haber recurrido a Celestina. Claro que Calisto rodea a Melibea con la aureola imaginativa de los poetas caballerescos de Provenza; pero el amor platónico anda con la cabeza gacha, y Calisto acaba por poseer a Melibea como Pármeno posee a Areusa. Celestina sirve por igual a unos y otros. La diferencia entre amos y criados es social-económica-cultural, no vital. Y con esta igualación natural de los hombres desaparecen la nobleza, el clero, la servidumbre; y la Comedia -en esto cristiano-islámico-judaica- desde su siglo XV declara vano el orden feudal extrahispánico. Melibea es mujer, muy mujer, de esas que con sólo mostrarse "el hombre se despereza". Cuando Sempronio habla de "la graciosa y gentil Melibea", Elisia -en un arranque de celos- se encarga de probar que Melibea es mujer, no serafin. Y Areusa agrega: "unas tetas tiene, para ser doncella, como si tres veces hubiese parido". Hasta los pajes Sosia

y Tristán la desean; y la desean tanto como Calisto: léase la escena en que Calisto está poseyendo a Melibea y los pajes oyen, tantalizados, el rumor del amor en la oscuridad. Tan hembra es que Pármeno, para extremar esa pujanza, le pregunta al caballo que se pone a relinchar: "¿barruntás a Melibea?".

Exaltación de la naturaleza que nos exalta como a los animales. ¿Y qué? "Cada día —dice Celestina, y el Index de 1640 le condenó sus palabras— hay hombres penados por mujeres y mujeres por hombres, y esto obra la natura y la natura ordenóla Dios y Dios no hizo cosa mala". La muerte final de Calisto y Melibea no es expiación por ningún pecado: es la alegoría de la vida, fugaz y engañosa, que nos pide placer pero se nos hace desvastadora al henchírsenos de amor. Y Calisto muere estrellándose contra el suelo desde lo alto del muro; y Melibea se suicida estrellándose contra el suelo desde lo alto de la torre; muerte hacia abajo, hacia la tierra, de cuerpos pesados con la gran carga humana.

Ahora Pleberio llora ante el cadáver de su hija. No reprocha a Melibea su amor; reprocha al amor su ímpetu trágico. "¡Oh mundo, mundo!", exclama apoyando su desesperación en frases de Petrarca: "Yo pensaba en mi más tierna edad que eras y eran tus hechos regidos por alguna orden; ahora, visto el pro y la contra de tus bienandanzas, me pareces un laberinto de errores, un desierto espantable, una morada de fieras, juego de hombres que andan en corro, laguna llena de cieno, región llena de espinas, monte alto, campo pedregoso, prado lleno de serpientes, huerto florido y sin fruto, fuente de cuidados, río de lágrimas, mar de miserias, trabajo sin provecho, dulce ponzoña, vana esperanza, falsa alegría, verdadero dolor".

No, la muerte de Calisto y Melibea no es expiación. Una expiación supondría un orden espiritual. Es, tremebundamente, una prueba del caos.

Universidad de Michigan, invierno 1948/9.

PARA UNA DEFENSA DE LA POESIA

"Rime at the ragged edge
Of civilization weeps among the facts."

(K. Shapiro: Essay on Rime)

Edad de la poesía moderna. — Cronología v. Geografía. — Las metáforas desconcertantes. — El vocabulario poético. — El instrumento dócil. — La tarea propia del poeta. — La conservación del idioma. — La creación de nuevas palabras. — El poeta como bárbaro. — Las funciones del lenguaje. — Poesía para poetas. — Las dos armonías. — Poetas y máquinas. — Una creación más pura. — La imposibilidad de un nuevo Lucrecio. — El conocimiento poético. — La ausencia de auditorio. — El primitivismo. — Las funciones del mito. — El mito y el poeta. — Poesía y política. — La disciplina del poeta. — Conclusión.

He aquí algunos hechos y algunas fechas: Les Fleurs du Mal (1857), Les Illuminations y Une Saison en Enfer (1872-1873), Les Amours Jaunes (1873), The Wreck of the Deutschland (1876); Alcools contiene poemas datados en 1898; la serie de Personae se concluye antes de 1908, y The Waste Land aparece en 1922. Por supuesto, esta enumeración no obedece al propósito de exhibir una "erudición" que cualquiera puede proporcionarse, en muy poco tiempo, mediante un buen diccionario enciclopédico. Se trata, en cambio, de demostrar con algunos de sus ejemplos más notorios que el conjunto de versos recogidos bajo la denominación común de "poesía moderna" cuenta ya, entre sus componentes, algunos que son casi centenarios.

Por lo menos en la historia de Occidente, cada época ha elegido sus propios scapegoats. Esto permitiría, quizás, concebir una historia de la civilización que explicara a los hombres, a los imperios y a las culturas en función de sus aversiones específicas (y purificadoras, uno estaría tentado de agregar), no de sus preferencias, de sus ostentaciones, según hasta ahora se lo ha hecho. Pero, dejando a un lado tan vasta perspectiva, conviene afirmar ahora que el más destacado scapegoat de nuestro siglo lo constituye, precisamente, la poesía moderna. Se trata, además,

de un chivo emisario cuya persistencia es notable: cien años no la han aminorado y constantemente recibe nuevos aportes. Críticos insignes, empresarios del proletariado y buenos burgueses rivalizan en filisteísmo si se trata de la poesía moderna; y esta fobia es quizás el único punto en el cual coinciden todos estos rivales entre sí.

Por lo mismo, un análisis de las objeciones que se erigen contra esta forma de la cultura puede ser particularmente ilustrativo del estado espiritual contemporáneo, pues ha de permitir que se evidencien ciertos motivos que oscuramente imperan sobre la conciencia (y quizás hasta en el inconsciente) del hombre actual. Aclarará, también —y esta tarea será agradecida al menos por la semántica—, qué es la poesía moderna, puesto que ha de examinar (si es que aspira al rango de investigación completa) las causas que en unos la suscitan así como aquellas que vedan su comprensión para muchos.

A primera vista parecería superfluo uno de los propósitos que se acaba de indicar como objetivo de semejante indagación. En efecto, si alguien se deja guiar por un criterio simplemente cronológico puede llegar a suponer que basta conocer la época en que vivió determinado poeta y la fecha en que se escribió un poema dado para que, paralelamente, sea posible reconocer si poeta y poema corresponden o no a la poesía moderna. Pero una de las reglas principales que ha de tener en cuenta quien aspire a una mejor comprensión de la poesía moderna es que una poesía no es moderna por la mera circunstancia de que se la haya escrito dentro de tal o cual plazo (por ejemplo, dentro de los últimos veinte, cincuenta o cien años). Algunos poetas de gran talento -v hasta países enteros- parecerían haber sido eximidos de la necesidad de verter su caudal poético con el espíritu y en las formas que están en discusión. Sin duda, esto demuestra que la acción del nuevo contorno del hombre no ha sido uniforme en todas partes y que aun en aquellos países donde la nueva situación del hombre es más marcada y donde la poesía moderna ha cobrado mayor ímpetu actuaron y actúan ciertas condiciones íntimas que han dispensado a éste o aquel de la clase de experiencias (estéticas y de otro orden) que manifiestan, por ejemplo, Exilio y Temblor de Cielo.

En este sentido, quizás fuera lícito esbozar una especie de geografía de la poesía. Se trazarían, así, límites entre aquellos países —Inglaterra, Francia y Estados Unidos, en primer término— en los cuales diversas circunstancias (desarrollo industrial, crecimiento urbano, confusión ideológica, etc.) han obligado a la mayoría de sus poetas nativos a reaccio-

nar produciendo poesía moderna, y los países —España e Irlanda, sobre todo— que todavía parecen mantener firmes conexiones con sus pasados culturales, formando auténticas comunidades, pueblos genuinos donde los poetas todavía hoy pueden cantar como lo hicieron sus antepasados siglos atrás 1.

Por su brillante claridad se ha escogido aquí como ejemplo de las objeciones que origina la poesía moderna el ensayo de M. Roger Caillois titulado Disolución de la literatura ². Además, si hoy alguien merece ser citado como opositor ejemplar, éste no es otro que Caillois, quien durante más de diez años ha proseguido tenazmente su pleito, apartando como una impertinencia la memorable refutación de sus puntos de vista que realizó —ya en 1938— Benjamín Fondane ³.

En el ensayo mencionado, Caillois se manifiesta, en primer lugar, escandalizado —y permítase esta expresión porque no hay otra manera de describir su estado de ánimo— por el empleo de "metáforas desconcertantes" que a puñados halla en los poemas recientes. Bastaría analizar esta impresión de M. Caillois para dejar bien en claro que su radical incomprensión de la poesía moderna deriva de otra que es todavía más deplorable: su incomprensión de cualquier poesía auténtica.

En realidad, es de la naturaleza misma de la metáfora, y sin esta condición no hay metáfora válida, el poder de sorprender, la capacidad de desconcertar. Puesto que unifica dos entidades distintas, la metáfora ha de recrear en la mente del lector o del oyente ese mismo asombro (y, si es posible, en el mismo grado) que el poeta experimentó cuando por primera vez advirtió la identidad. En realidad, sólo la metáfora que se ha desnaturalizado, la metáfora que ha perdido su fuerza sorpresiva tornándose clisé 4 escapa a esta condición que Caillois interpreta como

¹ Que Yeats, uno de los más grandes poetas modernos, fuera irlandes prueba las ineficacias de cualquier generalización en el orden estético (por ejemplo, las de nuestra breve "geografía de la poesía"). Y lo mismo queda demostrado cuando se indica la presencia de poetas indudablemente modernos —cualesquiera sean sus méritos individuales—, como Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre, en España.

Disolución de la literatura, en "Sur", 160 (1948). (Reproducido luego en su libro "Babel", Gallimard, 1948.)

³ VIDE: Faux Traité d'Ésthétique (Essai sur la Crise de Réalité), Denöel, Paris, 1938.

⁴ Sobre la metáfora y el clisé escribió páginas admirables —más aprovechadas que mencionadas— Remy de Gourmont en su libro Le Problème du Style (Mercure de France, París, 1907). A ellas queda remitido el lector que desee más aclaraciones sobre este punto.

si fuera una innovación nociva, una exclusividad de la poesía moderna. Y puesto que —desde Aristóteles— la metáfora es reconocida como el elemento central de toda poesía, no parece injusto deducir que Caillois padece una incapacidad básica —o una aversión instintiva, si se quiere—a la creación poética, oriental y occidental, antigua o moderna.

El otro argumento que Caillois enuncia —y de manera todavía más solemne— sólo tiende a confirmar dicha opinión. El poeta —escribe— "desea nombrar las cosas como si fuera por primera vez, bautizando a su gusto todo lo que designa. Entonces se encarniza en obtener un idioma desnaturalizado y vacío, el único que conviene a su presuntuoso objetivo. Necesita un instrumento dócil".

Para un análisis detallado, se ha de dividir en tres secciones —o zonas— esta imputación. Comenzando por lo más inocuo, conviene destacar que el establecimiento de vocabularios poéticos no es cosa nueva. Al contrario, si es cierto que puede hablarse, en una descripción de la poesía moderna, de algo así como un esfuerzo constante para obtener un tipo determinado de lenguaje, este hecho no se opone a lo que siempre —en cualquier país, en todas las épocas— ha sido costumbre de los poetas, a tal punto que un crítico no muy lúcido podría tomarlo como uno de los rasgos esenciales de la creación poética.

A este respecto, sin embargo, oportuno es agregar que no hay poetas realmente considerables que adopten el partido de los vocabularios, pues también ellos consideran que la adopción y estabilización de un número determinado de palabras que se suponen cargadas de sugestión poética sólo es un medio para impedir el crecimiento de la poesía más original y profunda. Otro es el caso, sin embargo, cuando alguna palabra adquiere verdadera fuerza simbólica para el poeta (éste es, p. ej., el de "rosa" en T. S. Eliot), pues entonces su empleo no se vincula a una moda efímera sino a una necesidad profunda del creador.

Infortunadamente, Caillois no se detiene en la aversión a dichos vocabularios. En el párrafo antes citado hay una frase que llama demasiado la atención: M. Caillois enrostra al poeta que "necesite un instrumento dócil".

Teóricamente, no se puede poner ningún reparo a la existencia de un género de artesanos que trabaje con instrumentos rebeldes, pues bien podría tratarse de un gremio masoquista. En la práctica, sólo entre los inhábiles se encuentran muestras cabales de este género. Y, en realidad, todo instrumento, en la medida que es instrumento y en la medida que lo maneja un artesano hábil, es dócil, tiene que ser dócil.

En cuanto al lenguaje, fenómeno capital de la cultura humana, el mismo hecho de que surge tan espontáneamente, de que es —por así decirlo— el producto de la cultura que más se parece a la naturaleza, puede llegar a velar su condición de instrumento y, así, puede inducir a pensar que es ilícito emplearlo de una u otra manera, renovarlo en tal o cual sentido, enriquecerlo con nuevos aportes y quitar de él lo que irremisiblemente ha envejecido. En verdad, todo esto queda bien descrito si se dice, simplemente, que la función del poeta es domar al lenguaje para que sirva a sus fines.

Ahora bien, si uno se pregunta "¿por qué ha de cumplir esta función el poeta?", inevitablemente se llega a considerar la tercera sección del argumento de Caillois, con mucho la más importante y donde su aversión hacia toda poesía se hace más evidente. En efecto, allí donde él dice —recalcando su oposición a semejante anhelo— que "el poeta desea nombrar las cosas como si fuera por primera vez". se pone de manifiesto, de una vez para siempre, su oposición a la tarea propia del poeta, a la tarea que cada poeta auténtico ha tratado de cumplir en cada época y que realmente ha cumplido para los hombres que fueron o son hoy capaces de asombrarse y de reconocer en cualquier afecto o en cualquier objeto, por ínfimos que aparezcan a la mirada normal, genuinos milagros que estaban a la espera de un revelador.

Advierte M. Caillois que considera "al hombre de letras como el conservador natural de la lengua". Y así es, sin duda, pero él parece estimar que un idioma se conserva sin esfuerzo, por inercia, mediante una mera pasividad ante las formas que antes tuvo, en tanto que una conservación verdadera —sobre todo, cuando se trata de un objeto espiritual, cual es el lenguaje— no es concebible sin esfuerzo, sin esfuerzos constantemente renovados.

Si se lleva hasta sus últimas y muy legítimas consecuencias esta opinión que Caillois sustenta, sólo se arriba a una conclusión oprobiosa para el hombre moderno en general: en materia de idioma ya todo ha sido realizado, ya todo está dado, es decir, los pueblos, ya no tienen capacidad para enriquecerse y renovarse espiritualmente como antes la tuvieron; antes, cuando eran capaces y tenían plenos derechos para agregar nuevas palabras, introducir nuevos giros y crear nuevos estilos enteros.

Atravesamos hoy —sin duda— un período de empobrecimiento en el lenguaje del hombre que no es literato, pero a este empobrecimiento

el poeta sólo puede responder eficazmente de una manera: ha de enriquecer su vocabulario, ha de agregar nuevos términos a su idioma y así —sólo así— logrará refutar (o neutralizar, por lo menos) semejante situación.

Parecería que M. Caillois cree que las multitudes de hoy emplean los idiomas de sus respectivos países con la misma natural abundancia y precisión que los pueblos en los siglos XVI o XVII, por ejemplo. En cambio, lo que la experiencia cotidiana enseña aquí mismo, en la Argentina, es que casi nada queda en el habla corriente no sólo del idioma que utilizaron Cervantes o Quevedo sino, también, del que aprovecharon Sarmiento o Alberdi. Y, en verdad, hasta se podría afirmar que existe un esfuerzo inconsciente hacia la imprecisión en el habla popular; un esfuerzo que, en el caso específico del hombre argentino, queda descrito de modo adecuado si se dice que se trata de reducirlo todo a una palabra —la más vaga y general— y a una perversión de ella: "cosa" y "coso".

Por todo esto resulta tan deplorable que Caillois crea que los poetas modernos se esfuerzan por liberar a las palabras "de toda obligación de exactitud y verdad". Quizás hay algo de cierto en esta imputación, pero si se la refiere a meros poetastros que, imitando la modalidad de tal o cual poeta auténtico, usan por capricho, en obediencia a una moda o, simplemente, sin que ellos mismos logren explicar sus motivos, un idioma que se parece en lo externo—sólo en lo externo— al que con libertad puede aprovechar un poeta verdadero. Pero, en cambio, si se trata de incluir en esta imputación a Corbière, a Joyce o a George, el argumento entero de Caillois se torna falso, pues los esfuerzos que estos poetas y otros como ellos han dedicado a "donner un sens plus pur aux mots de la tribu" no pueden explicarse sino mediante la aspiración irreprochable de impartir mayor exactitud a sus idiomas respectivos.

Si se niega que esta es una aspiración legítima en el poeta, si se le veda al poeta el derecho de satisfacerla, entonces es necesario decidir que algún obstáculo misterioso se ha interpuesto entre el idioma y la mente del hombre moderno, un obstáculo que se opone a la satisfacción de una de las prerrogativas humanas más típicas y de la cual antes nunca ha estado exento el hombre.

Un eminente antropólogo escribe: "Todavía hace poco que los indios cuervos admiraban a ciertos individuos que en los consejos se servían de palabras hasta entonces nunca oídas pero que en seguida todos entendían. Pues en todas las épocas y en todos los niveles culturales éste fué el mérito de los maestros que dominaron el genio de su lengua ma-

terna" ⁵. Sería muy interesante, pues, conocer qué impide al hombre de hoy, al poeta contemporáneo, lo que hasta una remota tribu norteamericana podía practicar libremente. Sería muy importante, sobre todo, comprender de qué modo, si no por la constante renovación, han podido formarse el castellano o el inglés o el francés.

Por supuesto, para este interrogante no hay respuesta en el ensayo de M. Caillois. Pero, en cambio, en su escrito se llega a discernir bien fácilmente de dónde proviene esta postura anti-poética de la cual él se hace portaestandarte y que cuenta con tantos entusiastas públicos o secretos.

Ya a comienzos del siglo XIX se descubre una manifestación casi idéntica a la del ensayista francés. Quitándose valientemente la máscara, arriesgándose a que su amigo Shelley lo considerara un ser bajo y grosero, el novelista Thomas Love Peacock escribió lo siguiente en su estudio sobre The Four Ages of Poetry: "Un poeta en nuestra época es un semi-bárbaro en una comunidad civilizada. Vive en los días del pasado... En cualquier grado que se cultive la poesía, se lo hará a expensas de alguna rama útil de estudios; y es lamentable ver cómo mentes, capaces de cosas mejores, se precipitan a sembrar en la amplia indolencia de estos remedos hueros e insensatos de la actividad intelectual".

En otras palabras, recurriendo a este inconfundible antepasado de los actuales enjuiciadores de la poesía, se hace muy fácil discernir que el elemento central —pocas veces manifestado con la sinceridad de Peacock— de tanto desprecio al arte supremo de la palabra es la confrontación inadmisible de éste con las "ramas útiles de estudio", es decir, con las ciencias empíricas. Además, en el antes mencionado ensayo de Caillois se halla, aunque menos claramente, el fundamento de esta confrontación cuando alude a "la función elemental del lenguaje" Adviértase: una sola función elemental del lenguaje. Naturalmente, para M. Caillois esta función no es otra que la que cumplen las palabras de índole científica, por ejemplo; es decir, cuando la validez de ellas puede verificarse mediante la comparación directa con los objetos que señalan.

Por desgracia para esta seductora concepción del lenguaje que obvia tantas dificultades y quiere transformar a todo idioma en puro vocabulario científico, por desgracia ya hace tiempo que la semántica viene

⁵ Cfr. R. Lowie: Antropología cultural (Trad. esp., México, 1947).

⁶ Cit. por I. A. RICHARDS: Science and Poetry (Kegan Paul, Londres, 1935).

enseñando, e insistiendo sabiamente en ello, que las palabras, aparte de esa capacidad que en su nivel más alto se identifica con la ciencia, poseen otro poder igualmente legítimo que es el emotivo.

Ahora bien, es imposible comprender el sentido de la poesía —no sólo de la moderna sino de cualquiera que sea auténtica— si se excluye este poder emotivo de las palabras, puesto que en los poemas, examinados con criterio estrictamente semántico, ha de colocarse el énfasis en él si se quieren apreciar debidamente los propósitos de los poetas y cómo sus obras actúan sobre los demás hombres.

Tales son los argumentos de M. Caillois. Todos ellos, y muchos que otros críticos han urdido contra la poesía moderna, bien puede decirse que están concentrados en el principal argumento que M. Benda expone en su libro Du Poétique. El eminente crítico sostiene en cada línea de su obra (desde el mísmo título), y en alguna parte lo indica francamente, que la poesía moderna "está hecha exclusivamente para poetas". Se trata, pues, de una nueva versión de los ya antiguos argumentos relativos a la oscuridad o ininteligibilidad de los poetas principales de estos últimos cien años.

En realidad, siempre la poesía ha estado hecha únicamente para poetas, sólo que en otros tiempos el número de ellos -aunque jamás escribieran versos- era mucho mayor que hoy, tanto que a veces casi se lo podría identificar con el número total de los habitantes de un país (Atenas en el siglo de Sófocles, por ejemplo). Y aun en nuestra época, caracterizada por una trágica ausencia de capacidad creadora en la mayoría de los hombres, como ya se ha visto (Cronología v. Geografía) la sensibilidad poética ha perdurado en ciertos países con un carácter genuinamente popular. En tanto, los pocos creadores que han quedado en cuantos países el contorno físico (y se ha de incluir en esta denominación a las relaciones de unos hombres con otros) ha cambiado tan radicalmente que todos los puentes con el pasado se han roto bajo el peso de las máquinas, de la acumulación urbana y su consecuencia ineludible que es la transformación del pueblo en masa, esos pocos creadores se han visto forzados a buscar un idioma poético tal que obligue a sus lectores a una honda exploración de sí mismos. Sólo así pueden compensar la pérdida de inteligencia y sensibilidad que normalmente padece el hombre contemporáneo.

En otras palabras, en nuestra época el poeta está condenado a una soledad que, siéndole insoportable, aun así la prefiere al acceso que conseguiría a la superficial comunidad que le rodea si se hiciera "fácil", "comprensible". Y, desde el Des Esseintes de Huysmans hasta el Stephen Dedalus de Joyce, los más memorables personajes de la ficción reciente constituyen los mejores ejemplos de lo que acontece en estos tiempos a quien es capaz de reconocer en su interior una fuerza creadora y opta por servirla, en vez de halagar —como puede hacerlo cualquier demagogo incoherente— los apetitos de una masa deshumanizada.

Quinientos años antes de nuestra era, uno de los más profundos filósofos de Grecia, Heráclito de Éfeso, decía: "Mejor es la armonía oculta que la aparente." Ahora el mundo está repleto de armonías aparentes, de disciplinas superficiales y venales que son presentadas como otras tantas panaceas por grupos diversos, en tanto que está ausente en la vida cultural de nuestra época la única armonía oculta —el mito— que es capaz de conectar los innumerables elementos que mueven al hombre y entre los cuales éste se mueve. Por esto el poeta ha de adherirse apasionadamente a esa otra armonía oculta que lleva en su propio ser, a la espera de un tiempo oportuno en que ella pueda manifestarse del todo y dé sentido a los esfuerzos humanos que hoy se disipan sin remedio.

Desde la época de la Revolución Industrial, es decir, desde la segunda mitad del siglo XVIII, las innovaciones mecánicas han tenido deplorables consecuencias en la naturaleza humana. Ya a fines del siglo XVIII, el prodigioso poeta Blake advertía que "una máquina no es un hombre ni una obra de arte; es destructora de la humanidad y del arte"; y, desde entonces, todo tiende a confirmar este juicio profético.

Ahora bien, si se desea comprender cómo ha sido posible que el maquinismo perjudicara a la actividad estética y, de este modo, al ser humano entero que sólo mediante ella puede satisfacer una de sus necesidades fundamentales, una solución parece imponerse: a la diferenciación en el campo técnico el hombre ha de responder con una creciente indiferencia ante la naturaleza exterior y ante su propia naturaleza, pues debe emplear toda la capacidad de renovarse que posee en la tarea de adaptarse a esas invenciones mecánicas sin cesar realizadas. En este esfuerzo dilapida su poder creador, su capacidad de observación, lo mejor de su discernimiento y lo más puro de su sensibilidad, de modo que ha de volverse pasivamente conservador en sus preferencias artísticas. Pero

⁷ Sobre el problema del aislamiento del poeta en la sociedad actual, consúltese el admirable ensayo de Delmore Schwartz: El aislamiento de la poesía moderna, en "Sur" 111 (1944).

ser pasivamente conservador de la belleza equivale, simplemente, a despojarla de su verdadero sentido —que es la pura vitalidad— convirtiéndola en un ridículo espantajo o en un cadáver repugnante.

Cierto es que, sobre todo durante los últimos cuarenta años, no han faltado artistas que intentaran acercarse al mundo de las máquinas y como esto parecería estar en contradicción con lo que se acaba de indicar, se ha de recordar el desgraciado fin que han padecido quienes se propusieron dar sentido artístico a las invenciones mecánicas, el fin—por ejemplo— de los futuristas en Italia. En realidad, de todos esos intentos sólo restan frías construcciones intelectuales que, si conmueven, es meramente por los esfuerzos que en ellas se malgastaron.

Bajo la obsesión de la guerra moderna, la máquina ha alcanzado, sin embargo, algo así como un poder emocional. Es el que se manifiesta, por ejemplo, cuando el italiano Salvatore Quasimodo escribe en su poema Uomo del Mio Tempo:

Sei ancora quello della pietra e della fionda; uomo del mio tempo. Eri nella carlinga, con le ali maligne, le meridiane di morte, —t'ho visto— dentro il carro di fuoco, alle forche, alle ruote di tortura. T'ho visto; eri tu, con la tua scienza esatta persuasa allo sterminio, senza amore, senza Cristo.

.. Pero, en este caso (y en todos los similares), ha de observarse que si la máquina consigue un contenido emotivo, ocurre así porque se la refiere a circunstancias permanente y atrozmente humanas. En otras palabras, que sólo la máquina como instrumento de exterminio ha logrado incorporarse a la imaginación del poeta.

.. En un mundo que prescinde más y más de la creación, que se ha tornado incapaz de concebir la importancia del esfuerzo por el esfuerzo mismo, en un mundo habitado por seres que únicamente aspiran a imitar a las máquinas, el poeta cuenta con una sola respuesta: cuando la creación es más rara que nunca y está asediada por todos los flancos, debe ser —por lo mismo— más pura que nunca; debe ser, simplemente, creación pura. Y, entonces, para refutar tanta esterilidad el poeta escribe La tierra devastada, Las elegías de Duino, Los doce o Anábasis.

He aquí por qué la poesía moderna plantea más claramente que la de las otras épocas los problemas relativos a la esencia misma de lo poético, lo cual se traduce en una asombrosa florescencia de poéticas que no tiene paralelo en ningún otro período de los estudios estéticos. Es que hoy se escribe, la escriben, por supuesto, sólo los mejores poetas, una poesía menos contaminada, más poética —si es lícito hablar así—que la de otros tiempos.

Otras circunstancias contribuyen, asimismo, a esclarecer este fenómeno en apariencias paradójico. Se relacionan siempre con la constante diferenciación de las ciencias y la influencia invasora de las técnicas. Por ejemplo, hoy se le ha hecho imposible al poeta un conocimiento cabal de los datos científicos sobre la estructura del universo, la naturaleza de la vida y hasta sobre ciertas peculiaridades propiamente humanas, datos que eran los temas propios del poeta en los tiempos de un Lucrecio o de un Dante. Ya esta situación, hoy agravada hasta el extremo por la infinita complejidad que han alcanzado la física, la biología y la misma psicología, era tan grave en el siglo pasado que obligaba a un poeta de la talla de Goethe a renunciar a su propósito de escribir algo así como un nuevo De Rerum Natura y le instaba, en cambio a conformarse con un poema —su Fausto— sobre un personaje de índole lucreciana 8.

Obligado a renunciar a su jerarquía de "uomo universale" —en el sentido leonardesco— el poeta, sobre todo desde Baudelaire, se ha visto obligado a volver sus esfuerzos a una poesía que sólo se da en intensidad puesto que la extensión le está vedada. He aquí, en resumen, la causa inmediata de la "poesía pura" que tan a menudo se reprocha a los creadores contemporáneos.

Bajo esta denominación de "poesía pura" no ha de entenderse aquí lo que el Abate Brémond designaba del mismo modo. Es indudable que, según la concepción expuesta por el eminente pensador católico, la poesía va a convertirse, en última instancia, en el intento siempre fallido de expresar lo inefable. Aquí, en cambio, se considera que todo buen poeta satisface siempre su propósito, puesto que éste no es otro que un conocimiento diferente de las cosas, pudiendo decirse que el conocimiento poético no es un conocimiento de otras cosas, de cosas nuevas, sino de las mismas de siempre, pero con una intensidad que las renueva completamente. Y es por eso que se crea cuando ya no se puede hacer otra cosa. Por eso se crea urgido por uno mismo, a expensas de uno mismo, ante el

⁸ Sobre la imposibilidad de un nuevo Lucrecio se consultará con provecho la obra de A. Gode Von Aesch: El romanticismo alemán y las ciencias naturales (Trad. esp., Buenos Aires, 1947).

temor de convertirse en nada si no se extrae, si no se da forma a algo que en uno reside confusamente y que se presiente capital para la propia subsistencia. Por eso la creación verdadera no es un acto de orgullo sino de profunda humildad.

Por supuesto, a la modalidad del hombre contemporáneo sólo le atrae lo que es nuevo en apariencias, y de ningún modo se manifiesta entusiasmado ante los actos de humildad. A esto puede reducirse todo el problema de la falta de auditorio que hoy padece el poeta y que, muchas veces, no deja de tener influencia nociva sobre su obra pues le impulsa a un preciosismo estéril.

En este sentido, es obvio que la pureza que ciertos poetas envidian a la música, y a la cual aspiran en sus propias creaciones, es comparable a la de las matemáticas, es decir, se reduce a una incapacidad de concretar. Sin duda el sonido del verso forma parte del sentido del verso, aunque no es posible que llegue a constituir todo el sentido del verso, como ya lo pretendieron los fabricantes de "jitanjáforas" y como hoy suponen los adolescentes entusiastas del "letrismo". Pero, de cualquier modo, es muy curioso, y realmente fastidioso, que cualquier hombre -cuya falta de atención hacia la poesía es patente a lo largo de toda su vida- se indigne cuando oye hablar de tales experiencias. En realidad, es ese mismo hombre que en un momento cualquiera se siente ofendido por ciertas muestras de la poesía experimental quien impulsó al poeta a realizarlas mediante la falta de interés que demostró ante sus mejores obras o ante las de sus colegas y mayores. Ya Walt Whitman, cuya simpatía por las multitudes está fuera de duda, reconoció este hecho cuando escribió que "para tener grandes poetas debe haber, también, grandes auditorios". Y aquel que, a pesar de la ausencia de auditorio vasto y coherente, alcanza hoy la condición de gran poeta merece ser reverenciado entre los pocos héroes auténticos -trágicos héroes, en verdad- de nuestro tiempo.

En las tentativas de identificar a la poesía con la música —que, dicho sea de paso, tanto ingenio y hasta genio han consumido desde los días de Poe— no puede verse tan sólo un fruto monstruoso que la mente del poeta desdeñado engendra para vengarse del público o para su regodeo privado. En realidad, todas esas tentativas se vinculan a un propósito evidente en el conjunto de las artes modernas que es el retorno a lo primitivo, puesto que en las diversas culturas llamadas "inferiores", poesía y música son siempre actividades inseparables.

La mención del primitivismo como rasgo característico del arte moderno podría sugerir que aquella calificación que Peacock daba al poeta, cuando lo llamaba "semi-bárbaro en una comunidad civilizada", fuera acertada a pesar de los múltiples argumentos que contra ella pueden hacerse. Todo depende, sin embargo, del sentido que se otorgue a estos términos "bárbaro" y "primitivo".

Para el artista moderno, "primitivismo" no se identifica con el propósito ciego, indiscriminado, de recrear hoy condiciones de vida análogas a las del bosquimano o del tehuelche. No ha de creerse, pues, que este primitivismo implica el rechazo en bloque de todos los aportes de la civilización occidental. Se trata, solamente, por parte de los artistas, del deseo de dar a la vida humana esa misma coherencia, esa misma densidad que antes tuvo, no sólo en el seno de las sociedades que los etnógrafos insisten en denominar inferiores sino, también, en cualquiera de las grandes culturas orientales, en Grecia y en la Edad Media de Occidente, pues en todas esas culturas aparece, uniformemente, un elemento de la vida espiritual que sólo en la moderna civilización occidental decae y llega a desaparecer. Se trata del mito.

Dos funciones desempeña el mito en el seno de una cultura. En primer lugar, aquella que bien puede describirse diciendo que es la capacidad de reducir a escala humana todos los objetos que rodean al hombre. Así, mediante el mito, el hombre humaniza su contorno: las aves, las montañas o los árboles pierden su rareza natural y, enaltecidos, se incorporan a la mente, a la de la comunidad, puesto que el mito es creación colectiva.

En segundo lugar, correspondiendo en el plano íntimo del individuo a esa función social que se acaba de esbozar, el mito confiere orden a los diversos impulsos inconscientes del ser humano, les da salida armoniosamente mediante ritos diversos que incluyen a las variadas formas de la poesía; y de este modo satisface a la imaginación con esas especies de concreciones, de objetivaciones, que son las narraciones mitológicas y sus ritos correspondientes.

Ahora bien, en nuestra época es indudable que el hombre ha perdido los mitos que sus antepasados elaboraron. Tratar de reconstruirlos es vano intento que puede disolverse en el más brutal regresionismo social y que sólo en la escala individual —en el caso de un Hopkins, de un Claudel o de un Eliot— tiene eficacia por el momento. Está bien claro, por lo tanto, que si se acepta al mito como elemento central de la

vida espiritual es necesario salir en busca de mitos nuevos. Pero el mito no es creación individual sino colectiva y parecería empeño desde el principio frustrado resolver que los mitos son necesarios y tratar de erigir algunos.

Sin embargo, a este problema insoluble en apariencia el poeta le puede dar una satisfactoria solución. Investigadores formados en diversas disciplinas —filósofos, antropólogos, psicoanalistas— coinciden al indicar el vínculo estrecho que existe entre el mito, el lenguaje y la poesía. Así, un riguroso filósofo, Ernst Cassirer, ha hecho de este asunto el centro de su penetrante libro sobre el lenguaje y el mito, y uno de los más ilustres psicólogos modernos, C. G. Jung, se ha ocupado con frecuencia de este mismo tema, llegando a discernir que las tres manifestaciones supremas de la vida del espíritu proceden de una fuente común que llama "inconsciente colectivo".

De modo que nadie, en un mundo dividido entre especialistas, está tan cerca del mito como el poeta; nadie, en realidad, en el mundo moderno merece más que el poeta la dignidad de experto en mito. En este sentido, los poetas son verdaderamente, como decía Shelley, "los legisladores que el mundo no reconoce" y, si se quiere recuperar para nuestra época ese continente perdido del mito, es necesario recurrir a ellos en busca de ejemplo. Y ya se sabe que, en asuntos puramente espirituales, el ejemplo bien advertido contiene toda la enseñanza necesaria.

Desgraciadamente, el proceso inverso es por lo común el que se cumple. Se acusa a los poetas de negligencia ante la vida pública, se les tacha de "irresponsables" y, fastidiados todos por la soledad que viven los poetas, nadie se opone si alguien sugiere como medida urgente que se arrasen sus imaginarias torres de marfil.

A veces se consigue que un poeta se atreva a entrar en el campo de batalla de las ideologías, de las pseudo-disciplinas, de los manifiestos y de los panfletos. Entonces la verdadera voz del poeta se extingue y de su antigua capacidad sólo queda un triste remedo que se esfuerza inútilmente por hacer la alabanza de un partido u otro.

De este modo, ¿qué se consigue, pues? Sólo alistar al poeta en la legión de los propagandistas venales porque —aunque él sea sincero—mil veces quedará relegado a ella, a cambio de una en la cual consiga una obra perdurable como Los doce de Blok. Además —conviene repetirlo— el hecho que se acaba de señalar no está condicionado por la sinceridad o la insinceridad del poeta. Circunstancias que escapan a su control influyen sobre él y, especialmente, ese terrible monstruo mo-

derno llamado propaganda, el cual —cono un perspicaz investigador observa 9— hace que "hoy como nunca en la historia sea difícil decir algo con entusiasmo, alegría o convicción sin correr el peligro de que las palabras suenen como si se estuviera tratando de vender algo".

Basta, sin duda, con la enseñanza proporcionada por varias décadas de pésima poesía política —en la cual han naufragado, inclusive, muchos poetas de talento (Campbell, Aragon, Neruda, etc.) — para que sea posible afirmar que, si se desea que la poesía cumpla realmente su misión, que tenga un uso social, es necesario dejar que los poetas mismos sean quienes indiquen cuál ha de ser este uso y cómo se lo conseguirá, en vez de atribuir esa capacidad a demagogos de cualquier índole.

La experiencia poética, por su parte, enseña ante todo que la poesía se elabora con elementos comunes, es decir, con elementos que cualquier hombre posee en su mente aunque estén obstruídos todos sus canales de salida. Por supuesto, estos elementos requieren una manipulación delicada, un cuidado constante, una purificación lenta y no exenta de dolores para quien la emprende. En este sentido, sólo puede concederse una porción de verdad a aquella tesis superrealista que —desde Lautréamont hasta André Breton— afirma una capacidad poética análoga en cada ser humano. Desde el punto de vista del material, de los elementos que proporciona el inconsciente, sin duda esto es cierto. Pero sería ingenuo —y he aquí la típica ingenuidad superrealista— suponer que el uso indiscriminado del material en bruto que da el inconsciente sea suficiente para realizar la mejor poesía¹⁰.

En cualquier época, el ejemplo de los mejores poetas, de aquellos que vivieron en constante intercambio con los grandes mitos —como Sófocles— o que fueron capaces de concretar las turbias corrientes que atraviesan la mente, provocando así símbolos muy cercanos en intensidad a los mitos mismos —como ocurre con ciertas figuras de Shakespeare—, en cualquier época el arte de la poesía ha exigido una firme y sutil disciplina que es, presicamente, la que el grave estado del hombre actual reclama con urgencia.

Si un gran poema —sea éste la Divina Comedia o La Tierra devastada— ofrece la más vívida imagen del ambiente espiritual en cuyo seno vivió o vive su creador esto es así, justamente, porque en obra tal

⁹ S. I. HAYAKAWA: Poetry and Advertising (En Poetry, Chicago, vol. LXVII).

¹⁰ Sobre este asunto se explaya Cecil Day Lewis en su excelente estudio The Poetic Image (Cape, Londres, 1947).

ha palpitado alguna vez el cúmulo de fallas que el poeta ha compartido con todos sus contemporáneos, fallas que sólo él ha podido superar mediante un heroísmo paciente, logrando incluirlas en ese orden admirable, en ese equilibrio prodigioso que es su obra ya cumplida. Ahora bien, de este paciente heroísmo los únicos maestros posibles son los poetas: de ellos se ha de aprender a utilizar el lenguaje para expresarse plenamente y para ser, al mismo tiempo, perfectamente comprendidos; de ellos ha de aprenderse el conocimiento que el hombre actual necesita con más urgencia, pues sólo los poetas pueden enseñarle a olvidar la enorme masa de conocimiento inerte que le ahoga, sólo ellos pueden enseñarle qué ha de olvidar y cómo ha de olvidar.

El hombre normal del siglo XX conoce únicamente ese burdo olvido que se obtiene mediante el ruido de las máquinas y de las multitudes. Es el olvido propio de vidas no vividas en realidad, es decir, no exploradas en sus mútliples posibilidades interiores. Pero hay otro olvido —el del poeta— que es auténtica omisión de sí mismo en pos de una realidad superior, y este olvido es recompensa que sólo otorga el conocimiento cabal de la propia grandeza y pequeñez. Quizás esta forma de olvido es la principal enseñanza que la poesía puede aportar al hombre actual y quizás es, también, la clave que permite apreciar por completo la soledad del poeta contemporáneo y las peculiaridades de su obra. Quizás, en un futuro próximo o remoto alcance a un pueblo entero el significado de versos como éstos del joven poeta norteamericano Robert Penn Warren:

We live in time so little time And we learn all so painfully, That we may spare this hour's term To practice for Eternity.

Siempre que el ser humano busca solución para la diversidad de sus experiencias, la poesía se impone. Esto es inevitable: ya se ha visto que el lenguaje es, entre tantos productos que componen la cultura, el más próximo a la naturaleza, a la naturaleza humana. Como organismo, la principal característica, el rasgo distintivo y decisivo de esta especie zoológica llamada *Homo sapiens* es la capacidad para perder y recuperar equilibrio, para mantenerse en un equilibrio extraño y admirable mediante el poder creador. Y la poesía, lenguaje enaltecido, es la manifestación más pura, la manifestación capital podría decirse, de esta capacidad que se confunde con la definición misma de ser hombre.

Archivo Histórico de Revistas

En esta época, cuando con vigor insólito se han desatado todas las potencias oscuras y bestiales que el hombre alberga, se necesita más que en cualquier otra de la poesía. El mundo ha llegado a convertirse en algo tan espantoso, tan temible y tan repugnante que ya una Edad de Oro es la única solución posible para tantos males. Y esta solución sólo puede proporcionarla la poesía, una poesía común a la humanidad entera y que, llena de coraje, aspire a la humildad.

ENRIQUE LUIS REVOL

LAS SUPERVIVENCIAS IDEALES DE LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII

N libro editado hoy en España, donde rigen ahora tantas suspicaces aduanas para las ideas, país de censuras públicamente declaradas y de censuras clandestinas, de vetos y excomuniones —que en tal materia son, inevitablemente, excomuniones a matacandelas— ha de erizar por fuerza nuestro recelo. ¿Es acaso anguila el pensamiento, escurridiza anguila? ¿O quizá salmón acróbata, capaz de saltar todos los obstáculos y llegar indemne y fecundo a las aguas claras? Si le hallamos ya navegando en remanso, nos entra la sospecha de que le abrieron camino llano por la canal de todas las ortodoxias —las grandes, las pequeñas, las mezquinas, cuyo credo administra, tal vez, cualquier funcionario, jerarca o eclesiástico— justamente porque era pez sin agallas y sin lumbre.

Pues bien: debemos proclamar que, pese a tantos arriscados laberintos, se escriben y —lo que es más asombroso— se publican buenos libros en España, victoria insigne y muy reconfortante de la vitalidad intelectual de los españoles, y prueba de que sobrevive, en la forma actualmente posible, el renacimiento cultural hispano que se hizo patente en la actual centuria. Uno de estos libros, por cierto excelente, es Derrota, Agotamiento, Decadencia, en la España del siglo XVII¹, de Vicente Palacio Atard.

El título sugiere un estudio puramente histórico, y a la disciplina histórica, en efecto, pidió el autor los elementos que más han nutrido

1 Ediciones Rialp S. A., Madrid, 1949.

Argentinas | www.ahira.com.ar

su trabajo. Pero el contenido apunta, de modo inequívoco, a problemas actuales, y ante todo, al gran problema de España y su destino que plantearon, con ánimo encandecido, los hombres del 98.

Si fuera sólo una obra histórica habríamos cumplido con registrar la seriedad de la tarea del señor Palacio Atard, su buena documentación y más aún el criterio siempre discreto en la apreciación de los datos, así como la bien dispuesta y bien trabada estructura, y el estilo, sencillo y eficaz para el propósito expositivo del autor. Porque la parte histórica de este libro es apenas objetable, a nuestro parecer. Pero no sucede lo mismo con el elemento actual o referido a la actualidad -y quien dice actualidad dice también futuro- cuya importancia no se disminuye porque ocupe menos espacio en el texto, ni siquiera cuando aparece únicamente en rápidos esguinces, o insinuaciones a menudo muy intencionadas. Esto no significa que, aun en este terreno -actual o alusivo a lo actual-, deje de ser inteligente y de calidad el trabajo de Vicente Palacio Atard.

En la primera parte de su libro estudia el autor la decadencia en los aspectos militar, económico y espiritual; en una segunda parte expone las interpretaciones que del complejo fenómeno se dieron en diversas épocas y desde diferentes puntos de vista doctrinales.

El capítulo dedicado a la derrota deja claramente la impresión -muy exacta- de que la España del siglo XVII no sale malparada en un balance de glorias e infortunios militares. En la primera parte del siglo las armas españolas son respetadas en Europa, y aun por 1625, gobernando el conde duque de Olivares, bajo el patronato inoperante de Felipe IV, España logra victorias como la rendición de Breda. Poderes jóvenes y ascendentes, como los suecos de Gustavo Adolfo, son derrotados por esta España decrépita, en Nordlingen (1634). Y en 1636 -el año de La Corbie- frente a las coaliciones urdidas por Richelieu, los españoles amenazan seriamente a París.

Muy significativamente, la derrota militar es posterior a los movimientos de descomposición interna (la jornada del Corpus de Barcelona: 7 de Junio de 1640; la sublevación de Lisboa: 1º de Diciembre del mismo año). Se registra un postrer chispazo de gloria militar con la derrota de los franceses en Honnecourt (1642), y en seguida, Rocroi (1643) que tiene su colofón en las Dunas (1658). Luego, ya es la impotencia.

¿Pero qué hubieran sido Rocroi y las Dunas, alegremente agitados por la Historia como un enorme sonajero -quizás por haber sido demasiado esperados— si el cuerpo de la nación estuviera sano? ¿Quién no

padeció mayores desastres de armas? Francia ha pasado reiteradas veces por súbitos hundimientos de su poder militar que no le impidieron nunca la pronta restauración de la vida del país, y aun la recuperación, casi inmediata, de su jerarquía internacional. De Inglaterra se ha dicho que pierde las batallas y gana las guerras. En cambio de la España del siglo XVII puede decirse que -hecho saldo de victorias y derrotas- ganó en los encuentros de armas cuando ya se había perdido a sí misma.

LAS SUPERVIVENCIAS DE LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII

Y era que este brazo, aún vigoroso y contundente, pertenecía a un cuerpo desnutrido. La grandeza imperial sorprendió a España con falta de equipo económico para retener y hacer fructificar la riqueza americana, y con mala preparación social, psicológica e intelectual para asimilarla. Con esto aludimos a la herencia histórica de la Reconquista, impropicia para la formación de una burguesía, y a la desafortunada y torpe política económica de los Austrias. Pero, además, en la base de los hechos históricos estaba un hecho natural, geográfico, que con ser tan obvio apenas se menciona (tampoco Palacio Atard lo alude), quizás por efecto de la universal tendencia a cargar toda la culpa de cualquier miseria de España exclusivamente sobre las espaldas de los españoles: el hecho de que la Península Ibérica era un país pobre, una tierra donde las piedras muerden, hechas como ex-profeso para dificultar las comunicaciones e interceptar hasta las nubes que traen el agua. España pudo haber tenido un presente decoroso desde el punto de vista económico si no hubiesen mediado calamidades como la guerra de 1936-1939, por obra, acaso, de los aprovechamientos hidrográficos, y particularmente la electrificación; y puede tener, si no se obstina en seguir un camino de ruina, un futuro esperanzador, merced a las posibilidades abiertas por las nuevas fuentes de energía que va hallando la ciencia. Pero no pudo tener nunca un pasado de riqueza, justamente porque en siglos anteriores era preciso vivir atenido al medio geográfico, sin el correctivo de la técnica moderna, y el medio geográfico español es, en los fundamentales aspectos, incomparablemente más desfavorable que el de los países ricos de Europa. Cuanto se ha dicho sobre un opulento pasado, como real o frustrado, es leyenda -en parte dorada, inocente, y en parte, negra, malintencionada- o simple tontería. Por lo demás hace bien Palacio Atard al no conceder tanta importancia como concedió la beatería progresista —que también es beatería— a factores sin duda importantes en el proceso de empobrecimiento, pero no decisivos, como la expulsión de los moriscos y la muchedumbre de frailes, cuyo número, por otra parte, era más que excesivo.

www.ahira.com.ar Archivo Historico de Revista Argentinas

En este cuerpo anémico y comido por el parasitismo languidecía también el alma. La España del siglo XVII era un gran caracol vacío en el que seguía resonando la música celestial de la Contrarreforma -sin que se tolerase ninguna otra-; pero ya los hombres no la sentían, a nuestro parecer, como en los días de Trento, pues su ritmo era incapaz de marcarle el compás a la conducta, de imponer una disciplina a la acción, ya que no evitaba que se posesionaran de la sociedad y del Estado la languidez, el desánimo y la corrupción. Luego, con la derrota completa y el fracaso, cesaron hasta las palabras dignas de este nombre -no contamos la garrulería de grandezas, eco superviviente y provinciano de una verdad pasada- y España se quedó espiritualmente hueca y atónita. Ya nunca más -y hoy menos que nunca- se recuperó la unidad espiritual. Sin embargo, por dos veces se logró restaurar el cuerpo, una en el siglo XVIII, la otra en el primer tercio de nuestro siglo, y apenas el pueblo español sintió revivir sus energías físicas, el alma popular se tendió en busca de nuevos ideales, bastante grandes para enamorarla (el nacionalismo burgués del siglo XIX había sido incapaz de seducir a los españoles), y la nación, precisamente a falta de ideales comunes que canalizaran su fuerza renacida, se desgarró a sí misma en la guerra que estalló el año 1936. Por cierto que el señor Palacio Atard despliega un exquisito celo para eludir este enorme acontecimiento, indispensable, sin embargo, en cualquier intento de pensar el presente y el futuro de España.

¿Qué más puede reprochársele a Vicente Palacio Atard en su cuadro de la decadencia? Tal vez nada concreto. Pero sí una actitud subsumida en los cimientos de su construcción, anterior al planteamiento del tema, un esquema mental previo que Francisco Ayala señaló certeramente en una crítica no pública de este libro: y es que el autor concibe la nación como esencia, en vez de concebirla como un ente histórico que vive su destino. Esta segunda posición le hubiera ahorrado el viento dramático y un tanto sobrenatural que agita su paisaje de la decadencia. La contemplación del fenómeno como un proceso histórico le permitiría también conceder su alcance y su valor al conflicto de ideas, al hecho de cultura que implica la lucha entre la España de la Contrarreforma y la Europa de la Reforma. Esta lucha llevaba en sí una causa natural de fracaso en la contradicción que entrañaba el empeño de imponer al mundo una actitud ante le vida y una concepción ecuménica de la sociedad, precisamente desde un plano nacional. Todo ideal ecuménico, por generoso que sea, cuando intenta prevalecer valiéndose de un instrumento de orientación nacionalista subleva una doble repulsa: la de los adversarios ideológicos, y la resistencia de otras naciones. Así, mientras por razones ideológicas, los protestantes de cualquier latitud querían aniquilar el poderío de España, Francia nos enfrentó, aliada con ellos, por motivos nacionales.

Y ahora veamos cuál es la posición del autor frente a lo actual y al futuro de España.

Ya en el prólogo, Palacio Atard, luego de registrar el fracaso de la acción de España en el mundo, se pregunta si también fracasaron los principios. O más bien: "¿Será tal vez lo que ha sobrevivido de nuestra derrota y lo que tiene validez en el mundo de hoy?" "Esta es la cuestión —concluye el autor— que yo quisiera que se suscitase como colofón de este libro."

Ahora bien: sepamos qué ideales eran los de España. No podemos detenernos en el cuadro histórico de la formación de estos principios -la universitas christiana medieval, con sus adaptaciones políticas hechas por los Reyes Católicos y Carlos V- y vamos en seguida a la versión del propio Palacio Atard: "Queríamos -ya lo he dicho- un mundo cuyas relaciones internacionales estuvieran asentadas, no sobre los débiles pactos surgidos de la conveniencia del momento, de los atropellos unilaterales de los poderosos, sino que las bases del orden internacional se cavaran en la idea de la universitas christiana." Con ello queda dicho que este orden político del mundo tendría una cabeza temporal, el emperador, y una cabeza espiritual, el Papa. ¿Y cuál sería el destino del hombre en esta esfera bien organizada? El hombre no sería el "desamparado", como se diría ahora, el "echado ahí", según las últimas fórmulas de la retórica desolada, sino que "El libre arbitrio otorga al hombre el más precioso optimismo." Y por todo el sistema circularía un aire de amor: "El ideal español de la vida ama el Universo, la naturaleza. Todo él es amor." Y orden riguroso siempre: "Una concepción del mundo, una concepción de la vida, una jerarquización de los valores. Primero la Teología, luego la Filosofía, después la Técnica. Primero Dios, y sólo tras él el Hombre, y más tarde el mundo de la materia."

La revolución del racionalismo proscribió a Dios, quiso poner en su lugar al Hombre, y en realidad lo entregó a las fuerzas ciegas. Pero, según el autor, España resistió a este alud vertiginoso, y no se dejó arrastrar por él. Cierto es —se afirma— que hay una España de la Ilustración, y una España liberal, frente a la otra. Pero Palacio Atard lo niega.

No hay más que una España: "La España de la personalidad definida, la que ha podido vivir en medio de la Europa moderna sin contaminarse de modernidad, aunque se halle cruzada de ferrocarriles y cuajada de laboratorios. La España única que no desdeña el adelanto técnico, el progreso de la ciencia, pero que conserva siempre intactos los fundamentos de su espíritu." En síntesis: una España —decimos nosotros—, no vieja, sino de espíritu eterno (en este caso la palabra, por excepción, resulta ajustada al intento expresivo) con un cuerpo joven, pues el autor nos advierte que ha desaparecido de esta España el misoneísmo.

Hay en el sistema que esboza Palacio Atard elementos dispares y aun contrarios que conviene diferenciar, pues el autor no lo hace. Así, nosotros creemos, como él, que los valores fundamentales de la cultura cristiana deben ser revividos y afirmados. Somos escépticos, temerosamente escépticos, frente a las revoluciones que tiran por la borda los basamentos de una cultura contrastada por una experiencia milenaria. Las actitudes fundamentales del hombre ante la vida no son nunca racionales y no pueden ser racionalmente improvisadas; sólo se pueden elaborar por lentos y siempre oscuros tropismos del entendimiento y de la sensibilidad. En este sentido la filosofía nacional-socialista es un ejemplo espantoso de frivolidad y de perversión, y el único intento en verdad radicalmente revolucionario que conoció la cultura europea, en cuanto quiso, no imprimir nuevos desarrollos, por aventurados que fuesen, a postulados cristianos, sino destruir esos postulados. Y por cierto -¡qué curioso!- el régimen de la España actual estuvo muy ligado -no parece necesario insistir- al nacional-socialismo anticristiano. ¿Qué misterio hay en esto? Luego volveremos sobre tan sugestivo tema.

Si el señor Palacio Atard hubiera proclamado lo esencial de sus principios, por su propio valor, sin hacerlos depender, necesariamente, de un determinado dogma religioso; si no hubiera negado, como parece negar, la validez de postulados culturales que se afirmaron en el período racionalista, no adversos al espíritu cristiano sino frutos naturales de desarrollo de ese espíritu, seguramente habría ganado el asentimiento de muchos hombres que, en el mundo de hoy, claman por un amparo espiritual. No es que nosotros invitemos al autor a un encuentro en terreno de puro racionalismo "laico": tanto mejor si ciertos valores que reputamos necesarios y preciosos pueden enraizar en un sedimento religioso pues con ello serán más fuertes. Lo que sí pretendemos es hacerle comprender que no hará labor "ecuménica" en ningún sentido si no admite la concordancia natural, en el terreno común de los altos intereses cul-

estas cosas nunca son racionales— sienten de hecho los mismos principios. Por motivos parecidos no podrá negar ni condenar, con propósito excluyente, las nuevas elaboraciones culturales, no contrarias sino enriquecedoras, tal vez, de los valores comunes y básicos.

Pero nuestra discrepancia con el señor Palacio Atard no se refiere tanto, quizás, a los enunciados mismos cuanto al espíritu que -sospechamos— los anima, les da color en la acción viva. ¿Qué espíritu es ése? El autor no dice nada explícitamente. Pero su negación de la España racionalista y liberal -que existe, pues existen y existieron muchos españoles representativos de esa corriente de pensamiento- nos hace temer, de modo vehemente, que su sistema, aun en lo mucho que hay en él de noble y bueno, esté presidido por el demonio de la intolerancia. Esa intolerancia española que no es parte, ciertamente, de la España "esencial", pues no existía en la Edad Media, y cuyo origen (véase España en su Historia de Américo Castro) parece ser el resentimiento de los judíos conversos, autores espirituales de la Inquisición, que instilaron, además, en la sociedad -y sobre todo en la Iglesia- española, el teocratismo israelita, sobreviviente en las juderías. Cuando uno lee la descripción del resentimiento en el apóstata según Max Scheler (El Resentimiento en la Moral), y se acerca a determinados fenómenos de la vida española en los siglos XVI y XVII, siente pavor. ¿En qué medida -es preciso aclararlo- subsisten estos humores malignos, esta vergonzosa ponzoña, en la España actual? ¿No se ha dejado contaminar por ella un espíritu tan lúcido y sano como el señor Palacio Atard?

España es, ciertamente, un pueblo de alma. ¡Cómo ve esto quién haya tenido trato con otras naciones y pueblos, aun sin salir de Europa! El alma es lo que presta al español —se nota al pasar la frontera— una extraña belleza. Sí, es un pueblo de espíritu. Pero tener espíritu es cosa de mucho riesgo: porque en el espíritu habita precisamente el Diablo que es espíritu también, no materia. La materia, en sí, es ciega —o tal parece a nuestro vivir de seres intencionales— pero nunca satánica. Sólo es indiferente, y honrada. Cuando uno trata con ella, y nada más que con ella, en toda material pureza, no se salva, pero tampoco se pierde. Porque nunca se hallará al Diablo en la entraña de la roca, ni en el cerne fragante de la madera, ni en el corazón duro y frío del metal. El Diablo anda alrededor de quienes se sobresaltan hacia el espíritu, y por eso frecuenta a los santos, pero mucho más aún a los aprendices de santos, que son también, en cierta manera, aprendices de brujos. En ese mundo las

diferencias son sutilisimas. ¿No se percibe un lado negro y demoníaco en esta noble y generosa España, por lo demás de tan alta calidad, efectivamente, entre los pueblos? Ese demonio, de que no está exento—quizás no podía estarlo— el libro de Palacio Atard, es justamente el que pudo acercar —y aun no ha separado— a la España actual, católica, y al nacional-socialismo anticristiano. Con la emoción más pura invitamos a los españoles de cualquier ideología a hacer examen del caso—que será también examen de conciencia— pues lo creemos ya ineludible. Y en el trance en que España se halla, es preciso hacer esto tras una velada de pureza, con el alma limpia de todo rencor, porque el destino apremia, y es un destino que nos compromete a todos, y no sólo a nosotros, sino quizás al hombre, sin gentilicios nacionales.

Porque nosotros, como el señor Palacio Atard, creemos que España -piénsese en su sentido del hombre, en su espíritu ecuménico, en su planear por sobre el nacionalismo— es una gran reserva para este mundo de Occidente cuyos mitos racionalistas -pues también ellos son mitosestán muriendo de muerte traumática, tal vez grandiosa, pero también de infame muerte. Pero aquí una pregunta que se corresponde con aquella otra formulada por Palacio Atard en el prólogo de su libro: ¿Es que nada tiene derecho a sobrevivir de lo que ahora está en vía de fracaso? Y respondemos nosotros: existen adquisiciones culturales de la etapa racionalista -el racionalismo, en su esfera, es una gran cosa, una cosa, Ilevada hasta cierto límite, liberadora— que guardan en sí un precioso contenido espiritual, y son sin duda lo más delicado que produjo la mente humana en lo social. Estamos aludiendo a la libertad política. ¿Qué suerte asigna a la libertad civil el señor Palacio Atard? Esta palabra -al menos en el sentido que nosotros le damos- está increíblemente ausente de su libro. Quizás el autor haya pensado, o escrito como si pensara, que la libertad era incompatible con el fundamento trascendental en que apoya sus principios o con una vida desembarazada y eficaz de esos mismos principios. Diabólico error: una comunidad humana puede estar informada y empapada por ciertas esencias ideales sin que -y con mayor motivo- constriña, por medio del poder estatal, el desarrollo del pensamiento.

Según nuestro entender lo que tiene de más valioso el español puede, en efecto, florecer en el mundo, pues la coyuntura le es y le irá siendo cada vez más propicia según que las contradicciones de los mitos progresistas vayan haciendo escombrera de nuestra cultura. Pero una de las condiciones de ese florecimiento es la capacidad española para asi-

milar aquellos principios, dignos de pervivir, creados o elaborados en el período en que España estuvo ausente de la dirección de la cultura moderna. Y si no lo consigue, la coyuntura pasará en estériles fintas y perdidos movimientos. Si tal malaventura castiga a España será por culpa de quienes tienen la responsabilidad de dirigirla, porque el pueblo español posee todas las excelencias necesarias para cumplir esta alta vocación de su destino. España en un pueblo-árbol que no vive tanto de esquemas racionales, con base religiosa o no —vanidad de vanidades— cuanto de savia terrenal y divina; un árbol que tiene raíces escondidamente soterrañas pero también hojas que presienten vientos cuyo soplo no ha llegado aún al mundo. Dejadle vivir, y soñar. No le embridéis hasta ahogarlo con sistemas cerrados, ya sean sistemas actuales o tradicionalismos que, en ciertos casos, son modernidades decrépitas.

ALVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ

"MUERTE Y TRANSFIGURACION DE MARTIN FIERRO"

Hace algunos años, en el tren de las 6 de la mañana que nos conducía diariamente a La Plata en donde dictábamos clases, Ezequiel Martínez Estrada me dió a leer unos versos escritos a máquina, sin título y sin firma. Cuando terminé la lectura, le manifesté espontáneamente: "Me parece que estos versos pertenecen a José Hernández. No son de Martín Fierro, pero mi impresión es que han salido de la pluma de Hernández". Martínez Estrada sonrió, satisfecho, y me dijo: "Su impresión confirma la mía sobre la semejanza, pero esos versos no son de Hernández sino de Lope de Vega. Forman parte de un poema que este autor español escribió con el título de El Isidro."

Ahora, cuando la obra de Martínez Estrada aparece completa en edición de "Fondo de Cultura Económica" de Méjico, su lectura me evoca aquel episodio que me puso en contacto directo con la labor infatigable realizada, sin interrupción, por este escritor contemporáneo nuestro, que ocupa ya un lugar entre los primeros —sino el primero—de los intelectuales argentinos.

Muerte y Transfiguración de Martín Fierro es una obra de tal mag-

nitud que resulta imposible su estimación en una nota bibliográfica. Es de esos libros que provocan el malhumor de los críticos profesionales y que resultan siempre juzgados con desgano, cuando no mala voluntad, por quienes se ven obligados a realizar un esfuerzo muchas veces superior a sus medios.

Suele ocurrir que a un autor de varios libros le impresione el juicio reticente o superficial que dedican a su mejor obra los mismos que elogiaron otros libros suyos de menor cuantía, y esa impresión es no sólo de decepción sino también de estupor. Hay en ella algo de la protesta que suscita en un padre la injusticia relativa al mérito del mejor de sus hijos. Se advierte de inmediato que no es prevención contra el autor sino desproporcionada apreciación de sus obras. Esto se explica, precisamente, como un reconocimiento implícito de la mayor importancia asignable a la que menos se presta para una fácil y amable nota bibliográfica.

Este es el caso de la obra que comentamos. En ella ha volcado Martínez Estrada una buena parte de su inmenso saber como también de su vigorosa originalidad de pensador y es tan denso y complejo su múltiple contenido que abruma y molesta a quien se siente cómodo con esas lecturas ligeras que pueden hacerse en el tranvía.

Aunque la rigurosa objetividad con que está escrita la obra deja poco lugar a las manifestaciones del sentimiento del autor, se puede decir que todo él se halla íntegramente expresado en las páginas de este magnífico libro apasionado sin parcialidad, porque la pasión que lo inspira es de verdad y justicia, sin excluir, por cierto, esa belleza que un gran espíritu pone aún en la "fea verdad", al hacer de ella un noble y delicado afán de estricta justicia.

Cada intento de valorar la obra de Martínez Estrada como merece nos enfrenta con el problema de las dificultades que presenta semejante tarea ante la multiplicidad de temas desarrollados, todos severamente aplicados al motivo central sin descuidar los más sutiles aspectos, incluso aquellos que brotan sugeridos por su propia ausencia, hasta el extremo de convertir esa ausencia en cosa capital, y objeto de particular, minuciosa y profunda atención. "Se puede decir del Martín Fierro —afirma nuestro autor— lo que de muchas obras que dejan la impresión de esbozos: se puede con ella reconstruir una obra de mayor volumen, utilizando las omisiones. Pero el Martín Fierro es, mucho más que cualquiera otra de las grandes obras de valor literario efectivo, una obra de omisión, incompleta, trazada a rasgos que no completan

ninguna figura de acción o de psicología. Es preciso que el lector haga el trabajo de colocar lo faltante. Más que una obra completa, ceñida, continua, tenemos elementos aislados, hechos esparcidos y valiosísimas observaciones de lugar, ambiente, psicología, aptitudes, cuando Hernández detalla y explica. Pero no se ajustan al texto, sino que salvan por lo regular la omisión. Lo demás se da por sabido. Pero eso que se da por sabido es precisamente lo importante. Sigue siendo lo importante, pero no porque se expone y analiza, sino porque se ha omitido. Gravita sobre lo escrito como una ausencia. Pesa en el juicio que formamos como lectores pero sólo por una labor personal. Por eso el poema tiene tantos planos y perspectivas de valor como capacidad en el lector de descubrirlos. Los hechos concretos, lo que Hernández realiza como escritor y hasta como poeta, son los puntos de apoyo en una comprensión, los sostenes de la obra, pero deja amplios lienzos sin pintar, muchísimas escenas sin desarrollar."

Tras una breve demostración, agrega Martínez Estrada: "Los hechos omitidos corresponden a lo que Pareto llama residuos no-lógicos en la historia: lo más importante. Kafka ha intentado explicar esos residuos, y nos ha puesto frente a un mundo nuevo. Es preciso explicar como absurdos esos residuos; al fin configuran una imagen tan lógica como las que se reconstruyen por selección de hechos. Los hechos no tomados en cuenta viven, se combinan, realizan una historia que nadie escribe. Ahí está el secreto de lo paradójico, irracional, inexplicable. Si la vida de Martín Fierro tiene mucho más de evento, de fatalidad, de cosa absurda y suelta, es porque es un personaje de ese tipo: un ente histórico de la historia residual. Hernández alcanza a revelarnos esa situación y la expone por medio de sus reflexiones como tal, pero escoge hechos que no corresponden a lo lógico, a lo elegido por el historiador para explicar satisfactoria, racionalmente, un acontecer en serie, y sólo da los materiales biográficos que satisfacen al lector trivial, pero no al lector de sentidos, de símbolos, de alegorías. A quien lee la historia y la vida como un sistema de signos que es preciso descifrar -un jeroglífico de cosas— no le satisface, porque entiende que lo interesante es lo que no se ha dicho.

"Esos elementos residuales desechados por Hernández (pero no menospreciados ni dejados a un lado como sucesos sin valor) son los que dan valor a su obra. Porque, como dice en el Poema el Moreno: Las sombras sirven para destacar la luz. Para sentir integramente el poema, para captarlo en sus múltiples dimensiones, es preciso penetrar en

la tiniebla, reconstruir las cosas, los seres y las relaciones entre ellos, que quedaron en la sombra. En ninguna obra escrita conforme a la técnica de la historia, de novelistas o poetas, ha quedado sustraída tanta sustancia histórica viva; en ninguna esa sustancia histórica, viva, sustraída, influye desde su nada tan poderosamente sobre lo que toma existencia y realidad por obra del artista."

336

Estas circunstancias, señaladas tan sugestivamente por Martínez Estrada en las líneas transcriptas, están siempre presentes en las páginas de su obra y forman algo así como un telón de fondo en el vastísimo escenario en que se mueven los personajes del poema, algunos ausentes en él aunque presentes en la historia escrita y hasta en la historia intencionadamente no escrita de la época.

Hay un coraje civil tan audaz y temerario en todo lo que dice Martínez Estrada que, a veces, se siente como un filo cortante o como una punta aguda que se introduce en la entraña de las cosas y hasta en la entraña del lector. Su razonar es siempre un gesto heroico, de lanza en ristre para desfacer entuertos, no los de la historia o de la sociología como puro acopio documental cuantitativo, sino los de la máxima aventura del hombre en el tiempo y en el espacio. Se tiene la sensación de que su análisis está hecho con filo y punta de bisturí para descubrir las causas de los males que ahora nos afligen y que reconocen, sin duda, una culpa cuya continuidad se interna en el pasado, próximo o remoto.

Los libros de Martínez Estrada y especialmente éste del que nos ocupamos, suelen rebosar cierta amargura, pero como si tal manifestación brotara del conocimiento profundo e inevitable de una decepcionante realidad, y como si esa realidad, perdurable y trascendente, provocara una angustia que se proyecta sobre toda visión de futuro. ¿Acaso por la razón del Eclesiastés: que agregar ciencia es agregar dolor?

Bien está que este libro se llame como se llama, porque hay en él la historia clínica, la autopsia y la re-creación de un personaje simbólico o representativo, que parece haber alcanzado sólo ahora su verdadera dimensión sociológica e histórica, pero esto último significa, también, que el libro es, como lo afirma algo tímidamente el subtítulo, un "Ensayo de interpretación de la vida argentina".

Lo que en buena parte había ya logrado Martinez Estrada en Radiografía de la Pampa, en La Cabeza de Goliath y en Sarmiento; lo que es, sin duda, principal preocupación en su trabajo aún inédito sobre

Guillermo Enrique Hudson, lo alcanza plenamente en Muerte y Transfiguración de Martín Fierro. Se puede tener otros puntos de vista y otra tonalidad temperamental para contemplar la realidad argentina, pero resulta innegable que en todas sus obras y especialmente en la que comentamos, Martínez Estrada es quien ha cavado más hondo en la sustancia psicológica de nuestro pueblo, a través de sus expresiones culturales y, particularmente, de las literarias.

Sería difícil acertar con la calificación exacta que por su género corresponde al libro de Martínez Estrada, y nada más erróneo que la pretensión de catalogarlo como ensayo de crítica literaria según se sienten inclinados a hacer los que más cerca del autor se hallan por su vocación y los que más se ocupan del tema principal enunciado en el título de la obra.

"Muerte y Transfiguración de Martín Fierro" es un enjuiciamiento de la vida argentina a través de José Hernández. No sólo a través del poema, sino también del autor y, junto con él, de sus contemporáneos, de su medio político, social e intelectual, de sus críticos y hasta de esa posteridad que ha querido encontrar y sobre todo obtener del personaje el aprovechamiento no siempre escrupuloso con que se suele ponerlo al servicio de intereses tan diversos como pocos respetables.

Por momentos, se escucha en el libro de Martínez Estrada la indignación que provoca en su aguda sensibilidad de hombre honrado -honradez llevada al grado heroico- la industrialización del personaje de Hernández, mistificado y explotado como figura vernácula, después de haber sufrido en el poema mismo la inicua explotación que lo convirtiera en paria de una sociedad desaprensiva. Parece que los mismos que ayer lo sacrificaron en una realidad desoladora continuan sacrificándolo en una cínica ficción, igualmente cruel e irresponsable.

Contra todo eso apunta la pluma rectilinea de Martinez Estrada como una poderosa lanza de combate, derribando a más de un follón disfrazado de caballero, y es tan ardiente su pujanza en la pelea que, cuando ya no tiene adversarios delante de sí los busca en los costados y hasta detrás.

Pero esto obedece, no a un puro afán combativo, sino a una perentoria necesidad de sustraer a Martín Fierro y, con él, al alma argentina, de todo encubrimiento, engaño o adulteración que dificulte y hasta imposibilite un auténtico conocimiento, sin el cual el pasado es inexplicable y el presente más inexplicable aún.

Para Martínez Estrada, Martín Fierro es algo así como un aflora-

miento, circunstancial pero hondamente expresivo, de la realidad esencial argentina, que él percibe como un río subterráneo por el cual circula todo el caudal anímico y todas las fuerzas telúricas que ponen su nota de fatalidad en nuestro destino como pueblo. Para conseguirlo necesita limpiar de impurezas interpretativas la captación de esa realidad y, en especial, de la que él reputa más funesta de todas, por ser el más eficaz y exitoso linaje de falsificación: el optimismo acomodaticio, con el cual se lucra en mil formas diversas y hasta sutiles.

Martínez Estrada señala siete actitudes que corresponden a otras tantas maneras de leer el poema y de dar a su lectura un sentido particular. Siete distintos ángulos de visión para leer al Martín Fierro y, también, para interpretar la realidad argentina. Él mismo se ha colocado, con irreprochable honestidad, en esas siete actitudes, porque ha querido contemplar el asunto en la totalidad de sus aspectos, como la única manera de captarlo en su integridad —que es también la única manera de captarlo en su esencia—, y lo ha hecho tan admirablemente que el asunto queda agotado de un modo definitivo, con precisión, fijeza y fuerza monumentales.

De ahora en adelante no se podrá escribir acerca del poema de Hernández sin ponerse del lado de Martínez Estrada o en contra suya y, aún en este último caso, cuanto se diga será bordado sobre el canevá del tejido indestructible con que él ha elaborado la Transfiguración de Martín Fierro.

CARLOS SÁNCHEZ VIAMONTE

SOBRE ERASMO

Han transcurrido cinco años, desde el verano de 1936, en que el mundo celebró con emocionado respeto el cuarto centenario de la muerte de Erasmo. De los 81 lustros que nos separan del año 1536, acaso ninguno sea tan poco erasmiano como el que acaba de terminar. Todo lo que el nombre de Erasmo significa parece sepultado y olvidado. Y, sin embargo, el mundo ahora, como antes, quiere, al parecer, enterarse de quien era Erasmo. ¿Es que tiene todavía algo que decirnos?". Con estas palabras anotaba Huizinga la tercera edición alemana de su hermoso libro sobre el humanista holandés, y las reproduce

la primera versión española aparecida durante estos últimos años *. La relación entre el pensador de Rotterdam y la actual situación del mundo, tal como convienen en caracterizarla los párrafos transcritos, no ha variado, fundamentalmente, desde aquel aniversario: hoy, como ayer, se trata de un escritor que, pese a no mantener una estrecha correspondencia con nuestro tiempo, suscita, sin embargo, un renovado interés en torno suyo. Por tanto, corresponde interrogarse, de consuno con el biógrafo, por la causa de esa sostenida atracción que ejerce Erasmo, no obstante el cambio histórico operado desde su muerte. Y en efecto: "¿es que —repitiendo la pregunta— tiene todavía algo que decirnos?".

Ha querido Huizinga ilustrarnos acerca de su ilustre compatriota desde los días en que la formación de un joven se cumple bajo el influjo de condicionamientos culturales aún propios de la Edad Media: nacido en 1469, cursa los primeros estudios en las escuelas municipales de Gouda, Deventer y en el colegio anexo al Convento de Bois-le-Duc; profesa en el monasterio de Steyn, donde es ordenado sacerdote agustino en 1492, y tras ejercer el cargo de secretario del obispo de Cambray, acude por último a la universidad de París. Pero por aquellos mismos años de las estériles disputas escolásticas, cuando realiza una excursión a Inglaterra acompañando al joven noble Lord Mountjoy, adquiere una efectiva experiencia de los tiempos nuevos al frecuentar por primera vez, a la edad de treinta años, la sociedad del naciente Estado monárquico. "Aquí, en Inglaterra -escribe con viveza a Fausto Andrelino, en 1499-, hemos adelantado un poco. El Erasmo a quien conocéis es ya casi un buen cazador, no muy mal jinete, y un cortesano bastante diestro. Ahora saluda un poquito más cortesmente, y sonríe más afablemente que antes. Si sois juicioso, venid aquí." Y si a ello sumamos la fecunda relación que inicia con Colet, Moro y Amonio, o el estímulo que recibe de las Annotationes de Valla para emprender con espíritu humanístico la edición de los libros sagrados, no sorprenderá que años más tarde, en 1506, obtenga desapacible el grado de doctor en Teología por la universidad de Turín, tal cual lo expresa en esta carta: "He obtenido el grado de doctor en Teología -comunicales a Servacio Roger y Juan Abrecht, sus más íntimos y viejos camaradas—, y ello del todo contra mi intención, sólo porque me sentía abrumado por los ruegos de mis amigos". Luego, la intensa labor como traductor y anotador de textos clásicos v bíblicos, un prestigio intelectual cada vez más ascendente, el título de consejero del principe Carlos V; y en medio de ello su negativa a

* J. Huizinga: Erasmo, Barcelona, 1946.

Servacio Roger —su superior, ahora, como prior de Steyn—, de volver al monasterio, porque no tiene "la seguridad de que fuese agradable para Él..." Por fin, liberándolo para siempre de la amenaza de ser llamado otra vez a Steyn, recibe la dispensa papal de los votos monásticos, ceremonia ésta que se celebra en la Capilla de San Esteban, en Westminster, el 9 de abril de 1517.

No deja de impresionar, por cierto, la situación de este sacerdote católico y doctor en Teología, así desavenido con el ideal monástico como afecto, en cambio, a expurgar, en ediciones críticas, las piezas del Nuevo Testamento. Mas, ¿no reflejaba Erasmo, de ese modo, la honda crisis de sus días? ¿Acaso podía escapar, como coetáneo de la promoción montada sobre el filo de los siglos XV v XVI, a ese enfriamiento de la fe y a esa pérdida de los ideales hasta aquella hora sostenidos? Ved la manera con que se excusa cuando Colet le insta a explicar, en Oxford, el Pentateuco o el profeta Isaías: "¿Cómo voy a tener yo la desfachatez de enseñar lo que no he aprendido? ¿Cómo podré enardecer a los demás temblando y estremeciéndome yo de frío?" Por eso, si un tiempo después publica el Enchiridion militis christiani, lo hace nada más que a los efectos de "procurar al lector una especie de arte de la piedad -declara al propio Colet-, como otros han escrito la teoría de ciertas ciencias". Y de tal modo dispuesto, formulará en otra ocasión estas apreciaciones, tal vez lo más significativo salido de su pluma: "Hemos definido muchas cosas que, sin peligro para nuestra salvación, podían haber quedado desconocidas e indecisas. . Lo esencial de nuestra religión es la paz y la unanimidad. Éstas apenas pueden existir como no establezcamos definiciones acerca de los menos puntos que sea posible, y dejemos muchas cuestiones al juicio individual". ¡El juicio individual! ¿No incita aquí al libre examen?

Pero Erasmo no dará ese paso. No podía darlo tampoco. Cuando hubo de intervenir en la magna contienda que por entonces se desencadena, la controversia religiosa, salió en salvaguardia de las posiciones tradicionales impugnadas. Con ello no quiere decirse, sin embargo, que admitiera en bloque la concepción católica del mundo, ni mucho menos que adoptara la postura del renegado; sino que, ante un movimiento de proyecciones trascendentales, y a los fines de refutar las tesis más extremas del determinismo, convino en argumentar según los postulados de la doctrina que, aún cuando añeja, garantizaba, no obstante, la libre voluntad del hombre. De este modo, la actitud polémica que asume frente a Lutero, a la hora de la Reforma, debe ser tenida como el testi-

Archivo Histórico de Revistas

monio de quien percibe la decadencia del viejo sistema de ideas sobre el orden del universo, pero, asimismo, las privaciones del que intenta asistirlo como sucedáneo. "Yo sé que en esa Iglesia, a la que vos llamáis la Iglesia papista —dice al reformador alemán, en 1526, en el Hyperaspistes—, hay algunos que me desagradan, pero también los veo en vuestra Iglesia... Por lo tanto, yo me conformo con esta Iglesia hasta que vea otra mejor, y ella también se ve obligada a soportarme hasta que yo mismo sea mejor. Que no puede navegar mal quien mantiene un rumbo medio entre dos distintos males". Esto es, que opta por una fórmula transaccional, por esa solución conciliadora a la que propugnan sus ideales de paz, concordia y tolerancia. O bien, que a la radicalidad de los términos con que venía planteándose el trascendental problema, él opone la mediación de un conservadorismo moderado.

Resulta obvio que esa sana propuesta conservadora no puede por menos de revelársenos hoy inoperante, aun cuando distingamos analogías entre el momento histórico a cuyo ajuste responde y las actuales condiciones del mundo. Entonces, como ahora, se experimentaba la falta de una unitaria concepción del universo, de un pensamiento acorde con la situación histórica sobrevenida; pero si por aquel tiempo restaba la posibilidad de renovar los supuestos mentales sobre que se venía elaborando la Cultura, pese a la embestida de que eran objeto, hoy, en cambio, corroidos hasta los más mínimos postulados de común asenso, ni una tal empresa restauradora cabría llevar a cabo. Claro está que la situación en que hemos desembocado, terrible de veras al no disponer de base alguna el pensamiento, tiene sus orígenes manifiestos en aquel viraje decisivo de la Historia moderna; mas por el hecho mismo de hallarse entonces en sus inicios la crisis a cuyo final asistimos ahora, cuando todavía era viable el propósito de preservar la integridad del Occidente cristiano, restañando sus heridas -y en este sentido vale como ejemplo la política del emperador Carlos V, rodeado de consejeros erasmistas-, así se nos pondrá de manifiesto el tiempo transcurrido desde que Erasmo propusiera al mundo sus fórmulas conciliadoras, y en consecuencia el anacronismo que ellas entrañan hoy día. Pero si de tal modo hemos de percibir la caducidad histórica de tan prudente ideario, de otra parte se nos impone apreciar, partiendo a su vez de las circunstancias presentes, la clarividencia con que el humanista distingue el problema en que todavía se debate nuestra cultura: la disolución en que ha de consumirse un mundo donde no obtiene reconocimiento el margen de libertad de que el hombre es usufructuario. Pues, desconocer ello, como acontece en el protestantismo, equivalía a desertar de nosotros mismos, a despojar a la condición humana de aquello, precisamente, por lo que se diferencia de toda otra, esto es, de la autonomía con que procede en cada uno de sus actos. Sin embargo, es reconocida la impotencia de que padeció para vaciar en una nueva fórmula el principio básico de la convivencia humana, fuera de aquel su conciliador intento por salvar los puntales de un cuerpo de cultura en descomposición desde entonces.

JUAN J. FITZPATRICK

ACTITUD DE LUGONES

Ligores es el más nítido representante de la Argentina del siglo XX, no sólo en la magnitud de su obra, sino por los alcances logrados en el enfoque de los problemas nacionales. Si toda la Argentina del siglo XIX está en los aciertos y contradicciones de Alberdi y de Sarmiento, la del XX, hasta hoy, se resume en Lugones, afirmado en la goznación de dos épocas políticas y culturales, desmesurado por tanto en doble perspectiva: la del romanticismo, con la complejidad que este término implica dentro de la caracterización americana, y el modernismo, más actitud formal que temática, favorecida esta dualidad por un extraordinario talento mimético que aprendió en cada momento la expresión urgida por sus temas.

Para situar su aptitud político-literaria, es necesario limitar el romanticismo americano. Ante todo, modalidad de continente más que de nación, en escritores que se adelantan a los hechos comprobables, aspiraciones más que logros. La literatura, hecha en América y por América, se incluye dentro de la universalidad de tres notas: filosofismo cristiano, consideración del elemento social, alcances civilizantes. Obras pensadas como instrumento, sentido admonitorio expresado en las formas de la literatura que Europa liquidaba sincrónicamente. En los temas hay una primera urgencia: reconocer el pensamiento que había preparado la acción política y militar; las respuestas desalentadoras confirman una acción sin apoyo de pensamiento; de ellas deriva uno de los signos trágicos de esta literatura: la prisa informativa. Dentro de estos términos, la realidad física americana se anota en la visión casi idílica que se había concebido desde Europa; con dificultad aparecen las diferenciaciones,

Archivo Historico de Revista

nunca bien situadas. Los escritores utilizan situaciones y hombres como objetos pintorescos, desplazables a voluntad, más que como hechos humanos; el conflicto es agudo porque se insiste en rescatar sus posibilidades basando en ellas conclusiones filosófico-políticas. La literatura apresurada y comprometida impone formas popularizantes de expresión, apoyadas en una realidad de época: el público escaso y conocido que conformó al escritor del siglo XVIII, había sido reemplazado por un público numeroso, no jerarquizado. Para halagarlo, el escritor se populariza; el periodismo, al que sirvieron los americanos más representativos, incidió en esta modalidad. La facilitación temático-expresiva, cuando no la chabacanería, sancionó el relajamiento de normas, característico en casi toda la colonización americana.

Con el modernismo -signo del siglo XX- aparece el predominio de motivos individuales, convirtiendo a la lírica en función literaria dominante, modificando además el concepto del teatro, de la novela y del ensayo. De esta manera se acotan los temas nacionales; cuando aparecen, es en casi exclusiva consideración del hombre en un lugar y un problema, por lo general, agobiado por el apremioso compromiso de explotación de la tierra, o del hombre por el hombre. Escritores que imponen un entusiasta rescate de la belleza, reaccionan contra las coordenadas del medio, encogiendo las ambiciones primigenias de la literatura americana. En tal momento de confusión aparece Lugones, inscripto en el característico mesianismo providencialista de la cultura argentina. Con añoranza de casi todas las modalidades románticas, intentó vivir en la literatura (ya que le fué imposible la política activa) su inmensa "pasión de ser útil", la que lo acercaba a Sarmiento, hasta en la combatida soledad. Aprende, imita, escribe, se hace dogmático de dogmas sucesivos, polemiza con acritud de luchador, se niega, pero adelanta siempre en su necesidad de definirse y de definir la Argentina; por ello se indigna, no sólo contra las limitaciones colectivas, sino por las más singulares, en repudio de todos los provincialismos. Por eso vive en ejemplar rectitud para consigo mismo, entendiendo la moral como virtud primera, y exponiéndose con una franqueza que parecía descaro. Tratar de comprenderlo, es ayudar a su situación, pero también a la de la Argentina.

El análisis total de la obra de Lugones descubre una variedad temática desconcertante, aún dentro de los límites de cada libro, no sólo en aquello que fué dato accesorio, desplante de momento, sino en lo fundamental. Es un modo típico del siglo XIX, que exigió a sus hombres

representativos la condición del polígrafo, afeando las obras de casi todos ellos. Dejando a un lado esta problemática, interesa el sentido de su pensamiento político, junto a los conflictos que cada situación determina en la doble perspectiva de su espíritu, como también las variaciones formales que descubre en consecuencia con tales cambios.

Su evolución política puede sintetizarse en tres núcleos, logrados en progresivo desarrollo de aspectos: desde sus años infantiles de Córdoba a primeros de Buenos Aires, anarquista, enfriándose en socialista; desde principios de la otra gran guerra, ideología democrática reconocida en las naciones aliadas, especialmente Francia; hacia 1923, anunciador de la "hora de la espada", la revolución y reorganización militar, conjunta una evolución religiosa que lo acercó a Cristo. Estas variaciones se estructuran sobre dos temas esenciales: la búsqueda de su individualidad, en nucleación de un problema nacional del que se sentía representante, y la valoración de lo argentino en formas humanas y naturales. Otros temas se ligan a la constante enfrentación de estos dos.

El primer libro de Lugones, Las montañas del Oro, aparecido en 1897, inaugura la mostración del problema. El anarquista - "como la gran bandera de venganza - que corona las iras de mis sueños"- resume en él una política que -para entonces- consideraba culminativa de todo el siglo XIX; la retórica romántica —Hugo— se alía a la modernista -Poe y Whitman- para configurar un libro caótico, de lenguaje muy particular, hecho en violenta voluntad de estilo y para asombrar al medio, señalando su aparición como un raro, en esa nostalgia que manifestó epistolarmente a Darío. El socialismo lugoniano es un deslumbramiento utópico, más tema literario que vigencia actuante; sin embargo, se entregó a él con toda la violencia de su talento. Poco más tarde, 1905, publicó su obra en prosa más singular, La guerra gaucha. El tema argentino, pormenorizado en detalles significativos, se liga a una tradición romántica, casi popularista, que Lugones frecuentó con certeza; en cuanto a la forma, reúne lo más individual de la tradición española -en ningún libro es más quevediano Lugones- con las disposiciones diversas que ya había incorporado el modernismo; hay -sobre tal dualidad- la intención de una obra perdurable por su sentido renovador. Contra los tradicionalistas, la audacia moderna; contra los modernistas, el tema épico-rural, desarrollado con argentinismos e indigenismos "en el estilo más elevado posible". Es todo un programa de rigor que lo singulariza aún en el reconocimiento (por él nunca excusado) de numerosas incitaciones literarias.

De esta manera cumplía la espiritualización del país que, con motivo Archivo Historico de Revistas

del Centenario, recomienda urgente. En Prometeo, un proscripto del Sol pueden distinguirse dos temas: uno, programa general, la vuelta hacia la antigüedad clásica, considerada liberación espiritual; consecuencia, la condena de la civilización cristiana considerada en conjunto "menos moral, menos estética y menos filosófica"; el otro tema, reconoce una desproporción inquietante en la problemática argentina, casi exclusivamente nucleada por realidades económicas. Ante estos hechos repite con insistencia: "Urge sobre todas las cosas, la espiritualización del país." Al ejemplo ofrecido por La guerra gaucha, añade las traducciones y estudios de griegos y latinos, y las poesías de tema nacional, las Odas Seculares, inscriptas en el modelo de Virgilio y de Horacio. Las Odas, violentamente nacionales, no mantienen su nivel poético, pero hay pasajes ilustres, dignos de las magnitudes celebradas: la Patria en sus héroes, paisajes, ciudades patricias y riquezas. Todo plural y con léxico desbordante, aplicado, de escritor que quiere demostrar no sólo el dominio idiomático individual, sino también que el argentino es tan señor de la

lengua como el peninsular.

Otra línea temática está en las obras sobre personajes nacionales, ejemplos en la seguridad de la obra y en lo dejado como anhelo. Surgen así dos semblanzas históricas, Historia de Sarmiento, 1911, y Elogio de Amegbino, 1913. La primera afana un Sarmiento casi fuera de circunstancias contemporáneas, pero se analiza con certeza al escritor. Además, tiene la singular importancia de disponer una figura histórica en la cual Lugones se confirma; aciertos y contradicciones son anotados con esa necesidad de justificarse prosapias que alienta gran parte de su creación: "Sarmiento, más que un hombre, es una época. Cuando el tiempo superponga en una sola perspectiva los diversos planos históricos, aquel fenómeno genial denominará una era." Además, loa en el biografiado un escritor político -como Moreno, Echeverría, Alberdi y Mitre-con la intencionalidad que sabía necesaria a su obra, "En su caridad humana, al uso estoico, vale tanto la compasión como la dádiva." Elogio de Ameghino destaca un tipo de estudioso que creía imprescindible en el país; al mismo tiempo, da libertad a su predilección por la arqueología y las ciencias naturales. El payador, 1916, señala otra búsqueda de prosapia, no ya histórica, sino literaria. Es característica la doble trasposición de referencias: señalar en Martín Fierro los rasgos populares argentinos para compararlos con la obra homérica. Noble tarea que determinó un mejor conocimiento de la literatura gauchesca, aun reconociendo el desacuerdo del enfoque lugoniano.

Mientras tanto, ocurría la guerra del 14. Lugones vió en ella la gentinas www.ahira.com.al

solución de una época, que afectaba a la vida política de todos los países; sismógrafo ideal, entendió la contienda como oposición de dos modalidades históricas: la germana y la latina, creyendo que nuestros países americanos debían estar comprometidos en la segunda parte. Su defensa, vehemente en la oratoria que casi siempre la desmesura, está en los artículos periodísticos recogidos en Mi beligerancia, 1917. El prólogo de esta colección concreta su primera teoría histórica, decidida a favor del paganismo grecolatino: "El cristianismo, una de las tantas religiones destinadas a divinizar, para eternizarlo, el dogma asiático de la obediencia, o derecho divino, o principio de autoridad, interrumpió con su triunfo la evolución del paganismo greco-latino hacia la libertad plenaria que es, de suyo, la libertad individual, fracaso que había comenzado con la introducción del cesarismo oriental en Roma, y con la orientalización despótica de los generales de Alejandro." La modalidad de Lugones - "diverso entre contrarios" - imponía estas soluciones por eliminación de uno de los términos del conflicto; igual modalidad desfigura el resultado posterior a favor del cristianismo, cuya profundidad humana, no organizativa, apenas fué rozada por Lugones.

En esta situación política personalísima resulta natural la crisis de sus ideales, manifestada hacia 1920. En tal desaliento, parece decidirse por un escepticismo elegantemente expresado -recuerda entonces a Anatole France junto a los estoicos-, pero en Lugones quedaba siempre un fondo afirmativo asegurado por el creer bien cumplida su misión. Filosoficula, de 1924, recoge la forma típica de su escepticismo, pero el mismo libro asegura ya un programa afirmativo para "lo verdadero,

lo bueno y lo bello".

Casi inmediatamente comenzó a confirmar una nueva posición, explicada continentalmente en El discurso del Centenario de Ayacucho, en Lima, enero de 1925. Se reconoce en él el fracaso del liberalismo y de la democracia, sin señalar las causas, afirmando como remedio el retorno de la "hora de la espada": "La vida completa se define por cuatro verbos de acción: amar, combatir, mandar, enseñar. Pero observad que los tres primeros son otras tantas expresiones de conquista y de fuerza. La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad." La guerra europea, con sus consecuencias político-culturales, divide la actitud profunda de Lugones, frente al aparente fracaso de las modalidades que había defendido. En este conflicto, resurge su necesidad de ordenación, de categorización, y señala las bases que apoyan su nuevo esquema. Reconociendo en el militarismo una forma de aristocracia, condena a la plebe y la

burguesía, señalando a los militares una dirección moral que fundamente sus privilegios. Comprometido sin escapes, pide lo que luego tratará de justificar sin comprobaciones; sus llamados al "alma heroica del pueblo" tienen tal sentido, conferencias dominicales de El Coliseo y artículos periodísticos coleccionados en La organización de la paz, 1925, La Patria fuerte, 1930, La grande Argentina, 1930, Politica revolucionaria, 1931, y El estado equitativo, 1932, títulos que señalan temas característicos de la prédica.

Contemporáneamente busca su prosapia española; el reconocimiento poético comienza con Poemas solariegos, 1928. Del fervor hispánico deriva la admiración a la obra colonizadora de los misioneros en América; de ella el reconocimiento a la densidad romana de la organización eclesiástica: el Cristianismo ligado a la Latinidad. En el póstumo Roca se expresa esta concepción histórica: "El objeto de la historia es ... averiguar cómo se formó la nación, para saber de qué modo hay que seguir construyéndola. Cuanto más hondo arraigue ella en la entraña de la civilización a que pertenezca, mayormente fortificará su vitalidad y su carácter. La continuidad histórica es garantía de solidez. La unidad de la acción colectiva tiene que manifestarse encarnando en un director; y para atenerme nada más que a nuestra filiación latina, tal fué durante el paganismo la formación del Imperio Romano, lograda al cabo de una experiencia multisecular como el mejor resultado político que se conozca, y tal es, en la continuidad histórica, la Cristiandad o "cuerpo de Cristo", según se la define a consecuencia de la encarnación redentora; por donde vemos realmente que, cuanto más espiritual, mayor eficacia congregante posee la susodicha dirección."

En esta caracterización resume Lugones algunas de sus constantes preocupaciones: reconocimiento de la tradición nacional para salvar de errores su presente; necesidad de un hombre excepcional -director, casi magister— que recoja las posibilidades nacionales; definición espiritual de la nación; admiración consecuente hacia la latinidad como ejemplo organizativo. En la creación literaria reconoció severas e includibles responsabilidades; un artículo -La lengua que bablamos, "La Nación", 22 de septiembre de 1933- señala el tono de la prédica: "...la obra de arte que es el idioma, resulta ser asimismo la primera de la civilización cuyo órgano esencial constituye, puesto que dicha formación política y social es inconcebible sin la palabra... Los organizadores del idioma, que son los escritores, ciertamente asumen con ello una categoría superior, y por de contado, la correspondiente responsabilidad que su conciencia debe imponerles y que la sociedad puede exigirles; toda vez

Archivo Histórico de Revistas Argentinas

que el mal escritor resulta entonces una calamidad pública. Y si bien se ve, mucho más ante la moral que ante la estética."

Paralelamente, los dieciocho extensos poemas que formaron el póstumo Romances del Rio Seco lo muestran atento al tema popular, buscando leyendas e imitando fórmulas expresivas; estos Romances... celebran héroes de nuestra independencia y de nuestras guerras civiles, al mismo tiempo tipos y costumbres que se insinuaban en Lugones como tema exclusivo. Se cierra así su obra poética, completando una exhaustiva búsqueda temática y formal, no siempre lograda, pero importantísima como posibilidades dejadas a la tradición literaria argentina.

Tratar de situar la actitud lugoniana ante la vida argentina importa reconocer la continuidad de su temática y la honradez de sus soluciones; deteniéndose en un solo aspecto de la obra -como si éste injustificase los anteriores y los siguientes-, implica una mutilación inmerecida para quien se sintió cada vez más responsable de su soledad frente al pueblo que tantas veces intentó explicarse, buscando ver claro, para que también lo hicieran otros. En su casi constante impopularidad está la expresión nítida de sus diferencias que, al mismo tiempo, se rescatan de esa simpatía característica con que el pueblo apoya a quien lo halaga. Si Lugones pocas veces condesciende y perdona, igual debe ser la actitud crítica frente a su obra. A él, que reconocía a Rubén Darío poeta como "último libertador de América", es menester reconocerle la categoría de definidor argentino. Dueño del lenguaje y gran ordenador temático, se actualiza en la línea de los estructuradores espirituales de la Argentina, junto a los que él reconocía: Sarmiento y José Hernández - "el país ha comenzado a ser espiritualmente, con esos dos hombres".

Si no se presta a la admiración total, si es imposible consentir la variable motivación de su inquietud, si ante él se impone casi siempre la reserva, cuando no la polémica, estas mismas motivaciones hacen más activa la calidad de su actitud. Por lo demás, él mismo justificó a sus contradictores: "Sin libertad espiritual, ninguna otra existe" ("La Nación", 6 de octubre de 1935).

JUAN CARLOS GHIANO

CLARO, me refiero al surrealismo. Es extraordinario cómo las buenas gentes se lo imaginan concluído, bien muertecito y ya con historias al modo de ésta que Maurice Nadeau ha luchado por hacerle (y que es informativa y útil como los catálogos de tuberosas o las láminas de algas o caracoles). En general las gentes parecen muy aliviadas del surrealismo, y se aprestan con preocupación flamante a luchar contra otros monstruos mayores que avanzan sobre ellas; el monstruo Calígula según Camus, por ejemplo, o ese diluvio de pedradas prontuariado como Henry Miller, ejemplos sueltos de la ofensiva verbal más formidable de los tiempos, de una liberación poética cuyo futuro merece ser digno de su espléndido hoy en día.

Ahora, que los caracoles y algas no han muerto porque los naturalistas los cataloguen, y cuidado, señores, con ese cadáver que lleváis a enterrar con tanta satisfacción. Lo que yace allí modoso y compuesto es nada más que la piel brillante y falsa de la culebra, la literatura del surrealismo (que es antiliterario) y las artes del surrealismo (que cruza por ellas como un relámpago por un pan de manteca, con las consecuencias previsibles). Al entierro del surrealismo se llevan los despojos de todas las sustancias que esa libre poesía utilizó en su momento: tela, colores, diccionarios, celuloide, objetos vivos e inanimados. Se llevan los productos experimentales (siempre confundidos con los fines últimos) y las sábanas húmedas de las crisis de crecimiento y las fiebres. En la carroza fúnebre, de primera clase como es debido, el nombre del difunto va de menor a mayor para que la gente lea bien lo de ISMO: otro más que baja al gran olvido de la tierra. Después, a casita y todo perfecto. Cuidado, señores, la cosa no es tan simple, En 1925, el conocido Paul Claudel se ganó una ejemplar carta abierta de los surrealistas, luego de su miope fulminación de algo que jamás entenderá un hombre con vocación de académico. Ahora el señor Claudel le dice al señor Aldao (h) lo que todos han leído el 2 de mayo en "La Nación". De donde se infiere que, veinticuatro años después de su primer úkase, el señor Claudel siente aun vivo ese peligroso cadáver. Y el señor Claudel entiende de cadávares, vaya si entiende; por eso lo preocupa la resistencia de este mal muerto. Todos conocemos la disolución del equipo espectacular del surrealismo francés; Artaud ha caído, y Crevel, y hubieron cismas y renuncias, mientras otros retornaron profesionalmente a la literatura o a los caballetes, a la utilización de las recetas eficaces. Mucho de esto huele a museo, y las gentes están contentas porque los museos

son sitios seguros donde se guardan bajo llave los objetos explosivos; uno va el domingo a verlos, etc. Pero conviene acordarse que del primer juego surrealista con papelitos nació este verso: El cadáver exquisito beberá el vino nuevo. Cuidado con este vivísimo muerto que viste hoy el más peligroso de los trajes, el de la falsa ausencia, y que presente como nunca allí donde no se lo sospecha, apoya sus manos enormes en el tiempo para no dejarlo irse sin él, que le da sentido. Cuidado, señores, al inclinaros sobre la fosa para decirle hipócritamente adiós; él está detrás vuestro y su alegre, necesario empujón inesperado puede lanzaros dentro, a conocer de veras esa tierra que odiáis a fuerza de ser finos, a fuerza de estar muertos en un mundo que ya no cuenta con vosotros.

Julio Cortázar

PANORAMA DE LA NOVELA VENEZOLANA

Para el crítico literario, es cosa sin mayor importancia puntualizar cuál ha sido la primera novela escrita en Venezuela. Lo que sí interesa es determinar el nacimiento de la primera obra que encierra aspectos ambientales genuinos. Porque al hablar de novela venezolana entendemos por tal la que expresa o lleva en gérmen, el sentido de la realidad del país.

Desde ese punto de vista le corresponde a Romerogarcía la gloria de haber echado los cimientos de la novela nacional. Peonia (1892) marca, en efecto, una época decisiva en la literatura venezolana. Antes de su aparición se han escrito novelas de mayor mérito, como La viuda de Corinto, de Fermín Toro; Guillemiro, de Guillermo Michelena, o Un drama en Caracas, de Aecio. Sin embargo, no puede hablarse de novela nacional con referencia a estas obras, pues la realidad venezolana se halla totalmente ausente de ellas o está deformada y falseada.

También se escribieron novelas inspiradas en la tradición indígena, como Anaida e Iguaroya, de José Ramón Yepes, pero se advierte inmediatamente en ellas que el tema no es más que un pretexto de exotismo literario bajo el cual se esconde una reminiscencia, muy marcada, de Chateaubriand y Saint Pierre. Es curioso observar cómo la tendencia a seguir un modelo llevó a los escritores americanos a

extremos tan absurdos como es el de pintar la propia realidad calcándola de un escritor europeo, desechando la oportunidad que se le brindaba de hacerlo directamente, inspirándose en el medio que los rodeaba.

De modo pues que, aunque la obra de Romerogarcía no constituye, en verdad, un valor artístico, el hecho de haber sabido llevar a la literatura la realidad venezolana con toda fidelidad, novelando escenas típicas, con personajes auténticos y en lenguaje acertado, le confiere una notable importancia.

Desde luego, no se ha logrado con *Peonia* la novela nacional en toda su plenitud. La obra es algo endeble, le falta fuerza expresiva y color en la pintura de ambiente y personajes. Pero en cambio, tiene el mérito indiscutible de ser la primera novela de asunto nacional, con personajes que no han sido copiados ni calcados de ningún modelo europeo sino que su autor los ha tomado de la vida misma que está viviendo y los ha llevado a la literatura.

Puede decirse, entonces, que con *Peonia* se han puesto las bases de la obra futura y se ha abierto el camino por donde ha de llegarse a la auténtica expresión venezolana. Se inicia de esta manera un movimiento literario tendiente a dar fuerza y carácter a la novela costumbrista. Hay una evidente preocupación por llevar a la literatura escenas o episodios típicamente venezolanos, con protagonistas de fuerte carácter local y en un ambiente que es la más fiel pintura de la realidad.

Surgen así, escritores de gran notoriedad. Tal los nombres de Díaz Rodríguez, Urbaneja Achelpohl, Blanco Fombona, Pocaterra y Teresa de la Parra. La producción de cada uno de ellos es valiosa, de alto relieve literario, y en todas ellas está presente, sin deformación, la realidad.

Manuel Díaz Rodríguez es uno de los más grandes estilistas. Su prosa, muy cuidada, recuerda, al decir de Uslar Pietri, la de D'Anunzio y los simbolistas franceses. Sin embargo, sus novelas: *Ídolos rotos* (1901); Sangre Patricia (1910); y Peregrina (1922) son expresión perfecta y acabada de la idiosincrasia venezolana.

Luis M. Urbaneja Achelpohl obtuvo, en 1916, el primer premio en el concurso de novelas americanas, promovido en Buenos Aires, con su obra En este país... Obra recia donde la pluma ágil y elegante del novelista hace derroche de galanura describiendo el paisaje criollo. Más tarde publicó La casa de las cuatro pencas que obtuvo también un éxito resonante. Colaborador asiduo de la revista El cojo ilustrado,

publicó en ella numerosos cuentos y novelas cortas que han hecho su nombre famoso.

Rufino Blanco Fombona, escritor de amplia difusión, nos ofrece una visión maravillosa del ambiente de Caracas a fines de siglo en sus novelas El hombre de Hierro, El hombre de Oro, y El camino de Samuray.

José Rafael Pocaterra, uno de los literatos más vigorosos y de mayor influencia en su generación, nos da una visión cabal de la vida provinciana en su novela Política feminista (1913). En Tierra del Sol amada (1919) hace una maravillosa descripción del ambiente y los tipos característicos de Maracaibo y en Vidas oscuras (1916) pinta la sociedad venezolana del 900. De todos los escritores que hemos mencionado hasta ahora, sin duda alguna, es Pocaterra el que más carácter y personalidad le ha dado a la novela venezolana. Magnífico pintor de escenarios criollos, sus personajes se mueven en ellos con desenvoltura y firmeza. Son tipos de recia contextura, afincados profundamente en la tierra venezolana. En su última novela La casa de los Abila (1946) estas condiciones de su pluma se ponen de relieve ampliamente.

Teresa de la Parra nos brinda en Ifigenia y Cuentos de mamá Clara un cuadro de costumbres caraqueños de la época, que es una pintura magistral por su fidelidad y colorido.

Habrá, sin embargo, quien cegado por el brillo de otras literaturas se pierda por caminos opuestos a la realidad nacional. Tal el caso de Pedro César Dominici autor de Dyonysos, El triunfo del ideal y La tristeza voluptuosa, inspiradas en las obras de Pierre Louys.

Pero el surco inicial en el que ahondan los novelistas citados dará frutos óptimos cuando el nombre de Rómulo Gallegos aparezca en el escenario de las letras. Desde ese momento la novela venezolana se habrá realizado plenamente y con la aparición de Doña Bárbara (1929) Cantaclaro (1932) y Canaima (1935) —por no citar más que las principales— le habrá nacido a América uno de sus más recios novelistas.

Rómulo Gallegos se inicia en la novela con su obra Reinaldo Solar (1920). Aunque ella no constituye ni lo mejor ni lo más representativo de su producción, es indudable que tiene aspectos interesantes que denuncian al gran novelista que más tarde se va a revelar. Lo mismo sucede con La trepadora (1924), su segunda novela; y sobreviene luego el período álgido de su producción. Su fama se hace con-

tinental con Doña Bárbara, Cantaclaro y Canaima. Luego Pobre Negro (1936); El forastero (1942) y De la misma tierra (1944) no añaden mayor mérito a su labor.

Pero lo interesante del caso y que pone de relieve la importancia del desarrollo de la novela en este país, es que ésta no se detiene ni se estanca en Gallegos. En el mismo momento en que sus obras comienzan a dar realce a la literatura, hacen su aparición nombres nuevos que traen su aporte valioso. Son contemporáneos del gran escritor, producen simultáneamente con él y sin embargo, sus obras no sufren desmedro alguno, sino que, por el contrario obtienen grandes triunfos. En una palabra, las obras maestras de don Rómulo Gallegos no desmerecen ni hacen sombra a las novelas que van apareciendo simultáneamente. Si ellas resisten la comparación, es indudable que se trata de obras de gran valor.

Tal es el caso de Arturo Uslar Pietri, uno de los más notables escritores venezolanos, que posee condiciones extraordinarias de fino narrador. En 1931 obtiene su consagración como novelista con Las lanzas coloradas, obra de gran fuerza expresiva que puede considerarse como una de las novelas más bellas y mejor realizadas de América. Arturo Uslar Pietri con esta obra consigue un puesto de honor en la novelística venezolana y, al mismo tiempo, deja entrever al brillante escritor que años más tarde nos dará en El camino de El Dorado (1948) la novela más perfecta y acabada que se ha escrito en Venezuela.

El estilo brillante, la expresión audaz y la prosa perfecta y cincelada de que hace gala Uslar Pietri en Las lanzas coloradas se superan y llegan a su culminación en su última obra donde el novelista se revela como un perfecto maestro en su género.

Julián Padrón, otro de los grandes escritores venezolanos, es autor de La Guaricha (1934) y Madrugada (1935). Con Clamor campesino (1944) Padrón obtiene un triunfo bien ganado.

Trina Larralde, exquisito espíritu femenino, hondamente preocupada por los problemas sociales y culturales de su patria, desaparecida prematuramente, cuando mucho podía esperarse de su pluma, ha dejado en Guataro (1939) una obra de gran mérito literario.

Ramón Díaz Sánchez ha sabido pintar en Mene (1936) la vida de los trabajadores en las grandes empresas petroleras, con todas sus patéticas inquietudes. De su misma generación son Guillermo Meneses y José Fabbiani Ruiz. La aparición de Meneses en la escena literaria es todo un éxito y revela las brillantes condiciones de narrador que

posee. La Balandra Isabel llegó esta tarde es, en efecto, uno de los más hermosos cuentos de la literatura venezolana y denuncia la presencia de un serio escritor, de estilo firme y expresión genuina. En 1938 obtiene el primer premio en el concurso de novelas promovido por la revista "Elite" con su obra Campeones. Finalmente, Meneses publica El mestizo José Vargas, novela acogida con gran aplauso por la crítica, y que constituye su consagración como novelista.

José Fabbiani Ruiz se inicia en 1934 con su novela Valle Hondo y más tarde, en 1941 publica Mar de Leva. Ambas obras están impregnadas de profunda emoción social y tienen como escenario el campo venezolano con su espantosa miseria promovida por la política de caudillos inescrupulosos que gobiernan despóticamente. Por último ha publicado Guira es un río de Barlovento y La desolada infancia de Perucho González, en la que se advierten ligeros rasgos autobiográficos.

Verdadera sorpresa, hace algunos años, produjo a la crítica la aparición de Uno de los de Venancio (1941) que obtuvo el primer premio nacional. Su autor Alejandro García Maldonado es uno de los más serios valores intelectuales con que cuenta el país en la actualidad.

Aún quedan por mencionar dos de los más prestigiosos poetas que han intentado probar suerte en la novela, logrando ambos un éxito rotundo. Son ellos Miguel Otero Silva y Antonio Arráiz. El primero autor de Fiebre (1939) novela que narra la lucha de los jóvenes universitarios del año 1928 contra el despotismo de Juan Vicente Gómez. Hay mucho de autobiografía en esta obra, pues su autor tomó parte activa en ese movimiento y ha sabido narrar, con toda fidelidad, la serie de penurias pasadas por los revolucionarios. También autobiográfica resulta la novela de Arráiz Puros hombres (1940), que es un relato de la vida de los presos políticos en la famosa Rotunda, lóbrega cárcel donde el tirano venezolano encerraba a los que osaban manifestar su descontento. Arráiz ha insistido en el género, hace pocos años, publicando Dámaso Velázquez (1943), una novela de argumento folletinesco, pero escrita en una prosa brillante y a ratos poética y que tiene, además, el mérito de ser una magnífica pintura del ambiente y los personajes de la isla Margarita.

Tal es, a vuelo de pájaro, el panorama que ofrece la novela venezolana hasta nuestros días.

AÍDA COMETTA MANZONI.

Caracas, 1949.

CORREO LITERARIO DE PARIS

Despe hace años viene siendo preocupación constante de los amigos de Rimbaud la suerte que haya podido correr el original de La Chasse Spirituelle. En realidad, pocas referencias ha habido nunca sobre este manuscrito. Pascal Pia las ha recordado recientemente. Entre los textos inéditos y la correspondencia que Verlaine, en el momento de abandonar a su mujer y a su hijo, olvidó en casa de sus suegros, se encontraba un manuscrito de Rimbaud titulado La Chasse Spirituelle. Algunas semanas más tarde, Verlaine se interesaba desde Londres cerca de sus amigos Edmond Lepelletier y Philippe Burty para que recuperasen dichos papeles. En 1908 se publicó un ensayo de Edmond Lepelletier titulado Paul Verlaine, Sa Vie, Son Oeuvre, en el que el autor demuestra, apoyándose en documentos dirigidos por el poeta a su futuro biógrafo, que en el "Inventario de objetos personales poseídos por Paul Verlaine en 1871, llevados por él a rue Nicolet 14, casa de sus suegros", figura entre otros artículos "un manuscrito en sobre cerrado titulado La Chasse Spirituelle de Arthur Rimbaud".

La pista, el destino de La Chasse Spirituelle no ha sido posible seguirla de una manera concreta desde entonces y hasta ahora todo cuanto se ha dicho ha sido más bien interpretación de eruditos e historiadores rimbaudianos que pruebas concluyentes. Ningún rastro más había de tan anhelado manuscrito del autor de Illuminations. Esto explica la sorpresa producida en los medios literarios de París, cuando un crítico tan autorizado como Maurice Nadeau insertó en la página literaria de Combat del 19 de mayo algunas frases de la supuesta Chasse Spirituelle y Pascal Pia, uno de los mejores especialistas de la literatura rimbaudiana, presentaba la obra a los lectores, explicaba las peripecias que habían marcado su descubrimiento y comunicaba que el libro se ponía a la venta editado por el Mercure de France.

A las venticuatro horas de ésto. Combat recibía una carta indignada de André Breton, poniendo en duda que semejante obra fuera de Rimbaud. Cuarenta y ocho horas después se descubría la superchería: Le Figaro publicaba una carta de dos comediantes de vanguardia, que alarmados por las consecuencias inesperadas que podía tener su farsa literaria, descubrían toda la trama de la elaboración de su "pastiche".

Nicolas Bataille y la señorita Akakia-Viala, pues tales son los nombres de los autores del falso Rimbaud, hicieron hace unos meses la adaptación teatral de *Une Saison en Enfer*. La crítica se mostró muy severa

contra dicha representación, por estimar que el poeta había sido traicionado en su esencia poética. Entonces, a manera de réplica y para demostrar que habían asimilado perfectamente no sólo la letra, sino también el espiritu del poeta, tuvieron la idea de redactar un "pastiche" de La Chasse Spirituelle. Sobre el procedimiento de redacción seguido, Bataille y Akakia-Viala han manifestado lo siguiente: "Nos distribuimos el trabajo: uno (Nicolas Bataille) inventaba "las imágenes", el otro (Akakia-Viala) establecía la estructura filosófica del escrito. M. Elie Grekoff era nuestro único auditor competente y nos daba un juicio imparcial de calidad... Proseguimos la prueba, pero los acontecimientos nos sobrepasaron. Ligereza, inconsciencia u otro factor imponderable, el texto fué explotado contra nuestra voluntad. Nos enteramos de esta rocambolesca situación por Combat del 19 de mayo. Habiendo revelado en este artículo, con gran sorpresa nuestra, que el texto iba a aparecer sin demora en el Mercure de France, fuimos a prevenir al señor Hartman (director de dicha editorial) de nuestra superchería."

Advertiremos que el tomo estaba ya a al venta. En los primeros momentos, tanto Nadeau como Pascal Pia trataron de defender y justificar la autenticidad de la obra publicada. En el artículo de réplica de Nadeau se notaba, no obstante, que este gran crítico se batía en retirada. Los autores del "pastiche" celebraron una conferencia de prensa para restablecer la verdad. Aparecieron las opiniones de los rimbaudianos más autorizados, todas ellas conicidentes en la misma apreciación de que se trataba de una falsificación. Después de unos días de agitación y polémica, el "affaire" ha sido silenciado. Es un reconocimiento del error sufrido por los amparadores literarios del "pastiche" y la condenación de métodos execrables en el dominio de las Letras. La venta de la supuesta Chasse Spirituelle quedará limitada a los simples amantes de curiosidades.

Por otra parte, Henry de Bouillance de Lacoste acaba de editar su tesis sostenida en la Sorbona sobre Rimbaud et les problèmes des Illuminations, texto que va acompañado de una magnifica edición crítica de estas mismas Illuminations. Se ponía en duda por muchos la fecha en que Verlaine creía que la obra había sido escrita. Bouillance de Lacoste llega a la conclusión de que es necesario dar la razón al autor de Poètes maudits, puesto que se puede decir, sin temor a error, que las Illuminations datan de 1874-1875.

Desde las páginas de algunos diarios y de semanarios literarios se ha emprendido una campaña contra ciertos aspectos y tendencias de la lite-

otros abiertamente, contra Jean-Paul Sartre y lo que pudiéramos llamar su escuela. Quizá no es ajena al recrudecimiento de esta ola de moralidad literaria la aparición en librería del primer volumen de Le deuxième Sexe, de Simone de Beauvoir y la publicación, en Les Temps Modernes, de dos capítulos del segundo volumen, La educación sexual de la mujer y La lesbiana, cuya inserción ha dado a la revista tal éxito de venta que los ejemplares se han agotado a los dos días de aparecer.

Armand Pierhal en Les Nouvelles Littéraires, Morban Lebesque en

ratura contemporánea. Los tiros van dirigidos, unos con la intención y

Carrefour, Raymond Dumay en Gazette des Lettres, François Mauriac en Le Figaro y Henri Magnan en Le Monde se pronuncian contra el existencialismo, el psicoanálisis y el superrealismo en la literatura, considerándolos a manera de escuelas del mal. Le Figaro Littéraire anuncia una encuesta sobre el tema, para la cual François Mauriac se ha encargado de redactar la pregunta a formular, lo que ha hecho en los siguientes términos: "¿Cree Vd. que la apelación sistemática, en las Letras, a las fuerzas instintivas y a la demencia, y la explotación del erotismo que ha favorecido, constituyen un peligro para el individuo, para la nación, para la propia literatura, y que ciertos hombres, ciertas doctrinas tienen la responsabilidad de ello?" Ya antes, el académico Mauriac, en un violento artículo de Le Figaro había formulado otra pregunta: "¿Qué damos hoy a esa juventud del mundo que lee nuestras revistas y nuestros libros y que capta a través del espacio el mensaje de Saint-Germain-des-Prés?" "De Vachette a la Closerie des Lilas, de la Closerie al Dôme, de la Rotonde al Flore, seguimos las huellas del mismo desorden y del mismo tormento de una juventud que ha perdido el Paraíso."

Comentando la intención de la campaña y de la encuesta, François Erval ha dicho que amenaza convertirse en inquisición. "¿La interrogación se transformará en interrogatorio? La pregunta está planteada de tal modo que designa demasiado visiblemente con el dedo al culpable." Así es, y Sartre es el blanco a que apuntan los tiros del académico. Pero es un tanto extraño ver a Mauriac erigido en campeón de esta nueva cruzada contra el erotismo en la literatura, cuando este tema se repite en sus propias obras.

Esta campaña viene a coincidir también con la aparición de Confort Intellectuel, de Marcel Aymé. Que el autor de Boeuf clandestin declare la guerra contra la literatura moderna, es mucho más pintoresco que el que Mauriac quiera encargarse de un apostolado de regeneración moral. A través de un personaje superpuesto, Aymé reprocha a la literatura de nuestra época: el introducir costumbres de sentir y de pensar

que no hubieran tenido acceso por los caminos de la razón; el desnaturalizar el sentido tradicional del lenguaje y el destruir los medios de expresión laboriosamente edificados en el curso de las edades y que son las verdaderas riquezas de la humanidad. Pero si bien Mauriac suscita la polémica, Marcel Aymé cosecha la indiferencia, si es que no el desprecio.

En el dominio de las polémicas literarias terminaremos señalando la provocada por Marcel Pagnol con su obra Critique des Critiques. El autor de Marius arremete duramente contra los críticos cinematográficos y teatrales actuales, reprochándoles su ignorancia, sus tortuosos designios, para terminar negándoles toda autoridad competente. Los críticos no han dejado pasar mucho tiempo para reaccionar contra Pagnol. Thierry Maulnier responde que si el autor de La Soif solicita la licenciatura de crítica se puede pedir también que aquél que se improvisa autor dramático haga un examen universitario.

A los noventa y dos años de haber condenado el Tribunal de París a Baudelaire por "ultrajes a la moral pública", el Tribunal de Apelación ha anulado la sentencia y rehabilitado al poeta. La primera edición de Las Flores del mal se puso a la venta el 25 de junio de 1857. El 5 de julio, Gustave Bourdin denunciaba en Le Figaro dicho libro como inmoral y excitaba el celo de la justicia para que procediera contra él. Había un precedente: Madame Bovary, de Flaubert, que seis meses antes había sido juzgada en Rouen, cuyo Tribunal se había limitado a censurar al autor. Benigna con Flaubert, la justicia fué mucho más severa con Baudelaire.

El Tribunal de París, encargado de juzgar el proceso, desestimó la acusación fiscal de ultraje a la moral religiosa, pero consideró que había ultraje a la moral pública. Baudelaire fué condenado a 300 francos de multa, y sus dos editores a 100 francos cada uno. La sentencia ordenaba también la supresión en el volumen de: "Les Bijoux", "Le Léthé", "A celle qui est trop gaie", 'Lesbos", "Femmes damnées (Delphine et Hippolyte)" y "Les Métamorphose du vampire". Baudelaire, en su defensa, había mantenido la tesis de una "moral positiva y práctica a la cual todo el mundo debe someterse" y de una "moral de las Artes", que es otra cosa. Juzgado en su conjunto se desprende del libro una terrible moralidad", terminaba afirmando.

De cómo la figura del poeta ha crecido a través de los años, es buena prueba el que sus partidarios no le han olvidado y han deseado y obtenido su reivindicación legal, amparándose en la ley del 25 de septiembre de 1946 que establece en un artículo único que la revisión de una condena por ultrajes a las buenas costumbres puede solicitarse veinte años después de haberse dictado.

No puede decirse que André Maurois sea uno de los escritores franceses que encuentran con frecuencia crítica favorable, principalmente entre los críticos que responden a otra sensibilidad que la suya y a una concepción diferente de la literatura. Pero esta vez, ante su A la recherche de Marcel Proust, el elogio es casi unánime. La reciente obra de Maurois nos aporta una completa guía literaria para seguir y comprender a Proust. A las cien obras que Maurois cita en su bibliografía, consagradas a la persona y a la obra de Proust, la suya viene a superarlas y constituye como una especie de consagración literaria del genio de su biografiado. Podría decirse que ha seguido el mismo procedimiento de construcción que en su Disraeli. Como ha señalado Robert Kemp, afinidades de sangre preparaban en Maurois acuerdos de sensibilidad y de pensamiento con Proust, y desde hace años ha vivido constantemente con testigos de su vida y por ellos ha conocido textos inéditos, de los que reproduce algunas muestras. "Una larga pesquisa a través de los hombres..." es como define Maurois la intención mayor en toda la obra de Proust. Y en verdad es como una manía de la clasificación lo que distingue toda la producción proustiana.

Para destacar la importancia que el proustismo ha adquirido en la vida literaria de Francia, debo agregar que al mismo tiempo que la obra de Maurois han aparecido: Les lettres à un ami (1903-1922), o sean las cartas de Marcel Proust a Georges de Lauris y Marcel Proust, por E. de Gramont.

En torno a pocos escritores se ha logrado recoger un tributo más unánime en el recuerdo que el manifestado hacia Honoré de Balzac con motivo del ciento cincuenta aniversario de su nacimiento. En esta época en que las concepciones políticas sirven frecuentemente de medida para apreciar el valor literario, se ha llegado a establecer como una concordancia para ensalzar al autor de *La Comedia Humana*: la derecha por lo que tuvo de bonapartista, los comunistas porque Carlos Marx y Engels señalaron en él el mejor retratista de la sociedad francesa de su época. Los escritores más modernos, si bien no han opinado, tampoco han discrepado.

Con dicho motivo, todos los aspectos de una vida tan accidentada como la de Balzac han sido recordados, y la historia y las peripecias de sus amores con Madama Hanska han alternado con la estimación del

valor literario de sus obras en la perspectiva del tiempo. Les Nouvelles Littéraires le han tributado el homenaje de un número especial, al que han contribuído Jules Romains, Alain, André Maurois, Robert Kemp, el profesor Bouteron, Emile Henriot y otros escritores. Homenaje más modesto por las firmas, pero más rico por la aportación documental, ha sido el número especial de la Gazette des Lettres. Una exposición de recuerdos de Balzac, organizada por la Librería Berés, ha venido a completar las manifestaciones de este aniversario balzaciano, juntamente con el viaje literario a Tours.

El profesor Babelon ha elevado un monumento a Unamuno con su reciente traducción, editada por Tallone, de Vida de Don Quijote y Sancho ("La Vie de don Quichotte et de Sancho Pança"). Nadie más indicado para verter al francés esta obra unamunesca que quién ha asimilado tan perfectamente el sentimiento de Cervantes en un modelo de traducción del propio Don Quijote.

Con la representación en el Teatro Hébertot de Demain il fera jour, Montherlant ha dado un mal paso. La pieza es como una continuación de Fils de personne, aunque no agrega nada al valor de ésta. Lo que determinaba la fuerza trágica de Fils de personne era que no ocurría nada y que se limitaba a la confrontación de una mujer, de un hombre y de un niño. En Demain il fera jour ha querido prolongar sus personajes, y para ello ha acudido a sucesos externos, o sea al drama de familia durante la ocupación alemana y la Resistencia. Quizás con ella, Montherlant, que es siempre oportunista, ha querido buscar un principio de reconciliación con los medios literarios que le son hostiles por su pasado. En realidad, no ha logrado más que cosechar un fracaso.

Indudablemente el interés del lector francés se inclina en la actualidad hacia la nueva literatura italiana, o por o menos es la fuente a
que los editores acuden para colmar la ausencia de buenos originales
franceses. En la temporada editorial que termina, se han publicado, entre
otras que olvido o de menor importancia, los siguientes títulos de obras
italianas vertidas al francés: Les Gardiens de phares, La Gazzette noire,
La Novice y Pieté contre Pieté, de Guido Piovene; La rue du mauvais
temps, de Fabrizio Onofri; L'Homme de Camporosso, de Guido Seborga;
La Belle Romaine, La Désobéisance, Agostino, de Alfredo Moravia; La
brève enfance, de Corrado Alvaro; Nul ne revient sur ses pas, de Alvaro de Cespedes; La Difficile Espérance, de Carlo Coccioli.

No puede decirse que ninguna de ellas sea una revelación de primer orden, pero la nueva literatura italiana está llena de promesas y es la expresión de un pueblo que sale de las tinieblas para lanzar sus problemas, sus reacciones íntimas y sus angustias nacionales. Después del cine, la novela italiana está de actualidad en Francia.

En el momento en que las revistas literarias de formato de libro atraviesan serias dificultades económicas en Francia, ha comenzado a publicarse Empédocle, revista literaria mensual, cuyo equipo tiene por principales inspiradores a Albert Camus y René Char, y cuyo primer número inserta artículos de Hermann Melville (su magnífico "Diálogo sobre el creador y la crítica"), Jean Vagne, Georges Braque (parte de sus Cahiers), Jean Grenier, Luois Guilloux, Yves Battistini y Les Purifications de Empédocles. Mientras las demás revistas dependen económicamente de ciertas casas editoriales (Les Temps Modernes, de Julliard, después de haber abandonado "chez Gallimard"; Critique, de Calmann-Lévy; Paru, de las Editions de Monaco; La Table Ronde, de la editorial del mismo nombre; La Pensée, de las Editions Hier et Aujourd'hui), Empédocle surge de un esfuerzo personal e independiente de su equipo literario, ofrece una presentación modesta y se imprime en provincia.

JUAN ANDRADE

Paris, 16 de junio de 1949. 1

TEATRO

"EL MALENTENDIDO" Y SUS MALENTENDEDORES

томо las mayores obras teatrales, Le Malentendu, de Albert Camus, interesa por su acción escénica cuando uno asiste por primera vez a su representación, y por su acción literaria cuando uno vuelve a escuchar su texto.

Gracias a Camus, las negaciones perturbadoras no perturban, porque él nos demuestra que son grandes, puras y afirmativas. No hay en sus obras desilusión: como si nos dijeran que la casa que habitábamos no era rosada, sino azul; lo sospechábamos, y agradecemos la rectificación. Nos sentimos quizá aislados entre los que persisten en demostrar que era rosada, pero de todos modos nada teníamos en común con ellos.

Esta tragedia (tan correctamente clásica) me ha hecho pensar; es decir, ordenar algunos pensamientos que ya poseía, lo que me proporcionó alguna felicidad. Descubro que todas esas negaciones que constituyen la verdad de nuestro mundo no provocan desesperación, ni sufrimiento; sólo contribuyen a la indiferencia.

Joyce sugiere en el Ulysses: "¿Será el amor matris la única verdad innegable?", y Camus en su tragedia (cito de memoria): "En un mundo donde todo puede negarse, he descubierto una certidumbre; el amor de una madre por su hijo es ahora mi certidumbre." Los destructores de lo convencional necesitamos una seguridad indestructible; yo conozco otro amor, un amor que por supuesto no es el amor matris, y lo incluyo entre mis únicas seguridades; pero no estoy en desacuerdo con estos contemporáneos, porque entiendo que esa verdad elemental es el amor del creador por lo creado (lo que incluye el amor maternal de Joyce y de Camus, y mi amor de amante).

Sobre el último acto de esta obra (tan agradablemente traducida) se podría escribir varios libros y sostener muchas discusiones; las autoridades y los críticos teatrales de Buenos Aires reprobarían esa proliferación de esclarecimientos, como ya reprobaron a Camus. Condena que no desluce la memorable felicidad gráfica y auditiva con que el talento de Margarita Xirgu ilustra a sus espectadores.

Este estreno nos ha recordado la inteligencia de Camus y la insolencia de los prevenidos.

NOTAS DE LIBROS

FRANCISCO AYALA, Los usurpadores. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1949.

C IETE breves novelas, a contar desde el prólogo -obra de ficción tanto o más válida que las que le siguen- y un Diálogo de los muertos, elegía de innúmeros personajes, componen este libro cuyo título, Los usurpadores, simboliza y define el conjunto. Usurpador es el oscuro periodista y archivero de Coimbra que "a petición del autor, su amigo" nos conduce por el dédalo de las ficciones novelescas para avivarnos la lucidez y disculpar, de paso, la excesiva conciencia de Francisco Ayala que, después de entregarse al demonio de su novelar, se ve acometido por el remordimiento de haber desbaratado, con esta acción, la imagen que de él teníamos derecho a formarnos. Por eso aclara que dentro de la metáfora está la intención, y la forma de arte en él, no es mero devaneo sino prueba total y espejo en el que se mira un solo pensamiento cuya verdad aterrorizadora es ésta: "el poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación". Sólo que el teórico lo ha advertido a posteriori, que es auténtico modo de advertencia en el artista -y de allí viene la usurpación de su persona por el archivero entrañable-; porque llevado del deleite de acuñar su estilo y embargado por la fuerza de sus personajes creyó que olvidaba la idea en la seductora ficción, y ya desprendido del acto y conseguido su objeto se le manifiesta a él mismo la evidencia de que el sociólogo y el novelista se entrelazan y confunden en el hombre Ayala.

Pero prólogo y técnica son nuevas resonancias de muy bellas tradiciones, como que prologuista fué Cervantes y tan irónicamente oculto como el que aquí aparece; y "enxiemplos" fueron los de Don Juan Manuel, aunque la moraleja estuviera más a la mano. Y este profesor de teoría política que comenzara por obras de ficción y ahora las prosigue no hace sino confirmarnos en este libro la unidad de su vida, que es observación y análisis, pulso que siente en sus venas, viva fluencia que ve correr con mirada propia y denuncia con una lengua en la que se oyen antiguos sones de gesta española. Porque la palabra es recia y el aire adusto, aun cuando describa unos dedos de mujer "tan finos que el peso de las sortijas parecía abrumarlos" (pág. 35), el amor paciente de una Reina infantil (pág. 111) o una fiesta de titiriteros en el atrio de la iglesia, con su morilla danzadera que lee la suerte (pág.

221), y todo tiene un clima cavernoso, como si contemplara la materia dorada bajo una luz asceta con la que sólo se ve el espectro. Además este lugar de condena, que es el mundo, aunque sea como el universo kafkiano y se persiga indefinidamente el poder, postergado como la justicia y únicamente alcanzable en sus vanos fantasmas crueles, o en un Estado, estructura vacía en la que aparece un rey idiota, este mundo de usurpadores se lo ve contemplado con una visión desengañada y a la par seducida por la corrupción opulenta, como aquel que reconoce el aguijón de los sentidos pero escoge el renunciamiento, "verdadera salud del espíritu".

Curiosa postura la de este novelista que diseca fríamente las más torvas y cálidas pasiones; y atmósfera enloquecida la de estas páginas que logran hacer vivir otra vez a hombres que murieron, como si la furia de sus almas les perdurase el castigo en la memoria ajena. La humillación de San Juan de Dios es como "el ramalazo de luz agria" que ilumina el lienzo antiguo, para que destaque la tinta oscura del orgullo hasta la propia destrucción, que aniquila a los caballeros. La invalidez en que yace Don Enrique el Doliente muestra lo que es sólo la cáscara del poder, sombra vacía del dominio sobre los hombres. En La campana de Huesca Ramiro el Monje cumple fatalmente su destino de segundón hasta cuando llega al trono, vacante aún más con su fatídica presencia. El pastelero de Madrigal, en Los impostores, asume la forma del perdido Don Sebastián, pero cuando llega a tocar la realidad él mismo se desvanece como un trasgo, que no otra cosa es la ambición de mando. En El Hechizado Don Carlos II es la imagen de ese Estado vacuo, como la calavera que se ve en el fondo del espejo. Don Pedro I y Don Enrique ofrecen, en El Abrazo, la lucha fraterna en que se empeñan los hombres con su legítimo y solo fruto de muerte. Y, por fin, la elegía que corona estas páginas es la voz insobornable de todos los personajes, visibles o anónimos, el ejemplo sin pausa de los mortales con su martirio incomprensible y su ciega virtud; la prosa adquiere un tono distinto, de intensa calidez, que culmina en una especie de salmo.

Los usurpadores no son, en rigor, novelas históricas, al menos como las que siempre se han conocido por tales en ese ambiguo género. Llevan bien su nombre de ficciones en el más hondo sentido de la palabra. Porque sus personajes usurpan no el nombre sino el alma y la acción de seres de la historia, y al novelista no se le importa la verdad comprobable —a veces tan dudosa— de los textos autorizados; una fecha, un detalle, una simple inscripción en piedra borrada o lejana

referencia bastan para encender el ojo agudo de este observador que nunca imagina en el vacío, porque conoce las causas y las proyecciones de la conducta y sabe que el corazón se mueve, inocentemente diabólico, dentro de un orden cuya última razón se le escapa. Y la ficción consiste en que estos usurpadores viven en la novela acaso los mismos hechos, pero más verosímil, más humanamente reales que los que recoge la historia. Y sus nombres, que eran sólo letra, alcanzan un espíritu en la ficción. Aunque el novelista no se detenga en vestir a los seres, ni en describir su paisaje, ni en falsificar sus palabras todos ellos actúan directa y brutalmente en las páginas de arte mucho más que en la dudosamente verídica relación desecada de sus vidas. Por donde se llega a la comprobación de que "todo lo que el hombre puede inventar ha sucedido, sucede o sucederá alguna vez", como decía Unamuno al asegurar que si se le ocurriera una teoría sociológica la apoyaría en hechos de su invención.

La literatura fantástica es un género de verdad que comienza por donde la verdad comprobada termina. Francisco Ayala lo ha demostrado con este libro de ficciones, porque su fantasía creyó que se desamparaba de la razón y, al final, su propia conciencia tuvo que tranquilizarlo. Que nunca lo imaginado vuela tan a ciegas y a veces llega más directamente al blanco. Pero ésto lo sabe él mejor que nadie; y hoy, aunque "prevalece el especialismo" (pág. 8), Ayala piensa como buen sociólogo porque, en el fondo, es extraordinario novelista. Y para serlo no sólo tiene algo que decir, calidad esencial de la prosa, sino que lo dice desarrollándolo en una amplia metáfora con la que forma la estructura de su novela. Además, dispone de un lenguaje tan seguro como rico, que sabe colocar en boca de letrados, reyes, mercaderes, santos y truhanes con el suficiente matiz de ánimo como para que no se le entorpezca o enajene su estilo, a veces intencionadamente realista, pero siempre vigoroso y eficaz. Ese estilo, de contenida elocuencia, es el que imprime a las ficciones un clima tan denso que los seres y las cosas parecen moverse en él dentro de un círculo infernal, contemplados por un ojo irónico al que no le falta simpatía por sus miserias. Francisco Ayala ofrece con este libro una prueba más de que, si como escritor escoge y triunfa en la variedad de forma, es para destacar en ella la unidad inconfundible de su pasión creadora.

FRYDA SCHULTZ DE MANTOVANI

CARMEN GÁNDARA: El lugar del diablo. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1948.

Es reconfortante considerar el creciente afán de artesanía que desde hace algún tiempo se nota en nuestras letras. Artesanía que no se detiene en el burilado prolijo pero puramente externo del estilo. sino que penetra más a lo hondo, y atañe a la arquitectura de la composición y a la vital disposición de los valores. En la poesía esa sagacidad de orfebres es incluso temible por lo que puede tener de ofuscadora para muchos jóvenes en la ardua labor de la propia búsqueda. Pero en un libro de relatos como éste de Carmen Gándara, regocija desde las primeras páginas esa evidente conciencia que se advierte en el manejo de la materia que vemos irse animando entre sus manos hasta adquirir una forma cuya belleza no es sino el resultado de la adecuación a sus necesidades íntimas. Porque puede haber artesanía que no logre las supremas alturas del arte, pero sin duda alguna no existe arte digno de tal nombre que no se apoye en los indispensables servicios de una artesanía.

Su estilo tenso, al ir directamente a lo suyo con la rectitud de la flecha en procura del blanco, no excluye la frase feliz o la metáfora alada, que no sólo no disminuye ni desvía su eficacia, sino que la afina y mantiene, como la pluma, adorno y guía de la saeta.

Aun en los más amargos trances de estos cuentos, alienta en ellos un soplo vital, al que no es ajeno el decoro de su estructura, y es su poesía creadora de una atmósfera en la que el mismo agobio es respirable. Y eso que el hálito no ya del drama, sino de la tragedia se cierne desde el primero hasta el último de ellos; pero su "pathos" es siempre—¿como diré?— saludable. Porque así como hay autores para quienes el más jugoso de los temas adquiere un matiz enfermizo, reflejo acaso de su propio espíritu, en otros, los argumentos más desgarradores —y todos los de El lugar del diablo lo son— conservan una pujanza interna y una morbidez formal de calidad tan imperante y aspecto tan orgánicamente saludable, que se sobreponen a los reclamos desoladores de su motivo inspirador

Seis son los cuentos que integran este volumen. El relato inicial, que es el que da nombre al conjunto, más que un cuento se me ocurre el capítulo de una novela. De una excelente novela de crítica social por el estilo de las de Aldous Huxley. Sus numerosos personajes actúan con esa autonomía cabal que presupone en cada uno de ellos una "razón suficiente" para existir, razón suficiente que en este caso particular reside aunque resulte paradójico en su falta de personalidad.

Carmen Gándara traza aquí un sombrío aguafuerte, utilizando para ello los ácidos de más implacable eficacia mordiente, y así señala los nítidos perfiles de las múltiples formas de la inexistencia: la de los antifaces que se emplean para ocultar, no un rostro sino la falta de un rostro, las palabras pulidas por una agudeza cuya máxima eficacia radica en el disimulo de su completa carencia de sentido. Ese obsesionante lugar vacío en el lujoso sofá es el propio lugar del diablo, todo él negación, obstinada ausencia sensible. No es sino el sitio donde con mayor certidumbre Isabel Ituarte, la protagonista, siente polarizado el vacío; pero en realidad cada invitado de los que ella recibe con su sonrisa ecuánime y equitativamente evasiva, es una hipóstasis del propio diablo, una forma menos precisa por el impedimento de un simulacro de presencia, pero igualmente irreparable. Y ese simulacro, simple caparazón encubridora de la desolación de su nada, es implacable y eficacísimamente puesto de manifiesto. La vanidad de esa gente, agravada por el tipo de sociabilidad a que se entrega, exigidora de la incoherencia en la conversación, y el anticipado desdén -antípoda de la tolerancia- para las imposibles opiniones ajenas, las condena por anticipado a su evanescencia de fantasmas moviéndose en un mundo igualmente fantasmagórico, cuyo vórtice en el relato es el absorbente vacío del "lugar del diablo".

En el segundo cuento, "La pelota de papel", asistimos al palpitante desvelo de una certidumbre que no tiene nada de fantasmagórica. Es un niño—esa tremenda certificación de lo real que es el alma de un niño—la que cuenta al ser que ama, la fluctuación de todas las cosas transidas de misterio, pero por eso mismo terriblemente operantes en su realidad, del mundo hostil que le rodea. La intimidad de la criatura está lúcidamente revelada en esta narración que acaso sea la mejor del libro, pero hay en ella un inconveniente que la autora no supo salvar del todo. El relato está hecho en primera persona, porque es la confesión escrita, casi en forma de diario, en unas hojas de cuaderno escolar. Y el lector no puede menos de encontrar excesiva la capacidad literaria del niño, que por momentos alcanza eficacia idéntica a la de la propia Carmen Gándara, su precisión epigramática, su agudeza poemática. Retiene diálogos enteros con precisión de dictáfono, aunque en ellos se expresan conceptos inalcanzables para la comprensión de cualquier criatura.

Esta interferencia entre el estilo lógico en la autora y el inaceptable en el niño, convierte a éste en ocasiones en un pequeño monstruo, y le resta simpatía humana. Olvidado ese inconveniente, hay en este relato páginas saturadas de desgarradora ternura y de eficacísima poesía, como por ejemplo aquella en la que nos refiere sus relaciones con el ángel.

Un secreto juego de contrapunto se manifiesta entre aquel diablo de la inexistencia, resultante compendiadora de la plural vanidad de un medio, y este ángel que aparece evocado por la dolorida certidumbre vital del niño.

El tercero de los relatos, "La Botella", a mi modo de ver ha sido equivocadamente incluído en el libro, dada la considerable diferencia entre su calidad y la de los restantes. Su dramaticidad es exclusivamente externa, pese a su apariencia de introspección, y derivada de su tema. Esto constituye una facilidad que se paga cara, como lo han demostrado hasta el cansancio tantos pintores de temas patéticos, tantos sollozadores líricos de sus propias amarguras.

En "Tiempo", la innominada heroína cumple un día — un crudo día de afiladas horas y agresivos minutos, en el que su soledad es circunstanciadamente desmenuzada por la desollada evidencia de la duración. Ésta es la verdadera protagonista, y pasa a ocupar el espacio de todas las ausencias volviéndolas irreparables, disuelve agresiva el espacio, con lo que toda la armazón de la realidad se derrumba. Se desarrolla en la angustia su desolada melodía, con el aire de las "cadenzas", cuando el conjunto orquestal enmudece para que el instrumento solista pueda lucir más peligrosamente sus posibilidades expresivas.

En "Luz mala" y "La Habitada", últimos relatos del libro, entra un ramalazo de aire campesino que el lector respira a pleno pulmón por su contraste con la atmósfera confinada de las primeras narraciones.

En "Luz mala" aparece el campo visto desde el campo, no con los ojos ciudadanos de la autora, sino a través de los identificados con la llanura del protagonista, Fabián Clavero, figura taciturna cuya autoconciencia tiene la sorda atemperación de lo auténticamente telúrico, no decidida a revelarse del todo a sí misma. La pánica consubstanciación del hombre con el árbol, la mágica repetición de su destino unificado por la muerte, no por inevitablemente previsible está menos logrado.

"La Habitada" nos presenta en Felipe Reyna a un posible contertulio de Isabel Ituarte, evadido a tiempo de su "coktail de muertos", que para ello ha salido del país desarraigándose e intentando su trasplante a otras latitudes. Por su clase social, cierra cíclicamente el libro, porque presumiblemente escapado de su primer relato, "El lugar del diablo" a cuyo ambiente pertenece, viene a realizar su destino en el último: "La Habitada". Casi podría decir, no realizar, sino recuperar el que misteriosa y anticipadamente le había salvado su abuela. Porque aquí no se trata ya de un destino individual, sino del de una estirpe. La obsesión del "Tiempo" se desvanece por completo. Una sucesiva lentitud creciente nos

anuncia en el ritmo del acaecer una variación trascendental. El tiempo en "La Habitada" no es simple duración perecedera, sino indestructible permanencia, vale decir, eternidad. Si el tiempo es la superfice móvil de la eternidad como decían los místicos, lo que sucede en "La Habitada" está en las capas más profundas de la eternidad. El día en que la abuela escribe, es el mismo día en que el nieto lee lo escrito. Toda distancia temporal se desvanece: dos o tres acontecimientos físicos —la lluvia entre ellos— los identifica. No trata la autora de establecer teorías ni de aventurar explicaciones dialécticas. Con bellísimas palabras se le anticipa la abuela del protagonista: "El misterio que es el pudor de la verdad."

Púdicamente, misteriosamente velada esa identidad de destinos halla en el final de este hermosísimo relato aquella certidumbre cuya ausencia nos dolía en el primero. Felipe Reyna, pisa, en la estancia de sus antepasados, el terreno firme de lo auténtico, tan alejado del tembladeral en que desaparecen en su propia nada los invitados al fantasmagórico salón de "El lugar del diablo".

Así, con sutilísima finura, acaso emancipada de la voluntad de su autora, fluye de este libro un horaciano eco del elogio del campo y vilipendio de la urbe como oposición entre un modo de ser y un modo de no ser.

EDUARDO GONZÁLEZ LANUZA

François Porché: Baudelaire. Historia de un alma. Editorial Losada, Buenos Aires, 1949.

EL estado actual, tan maduro, de los estudios baudelerianos, permite ya realizar, sin lagunas ni desfiguraciones, biografías tan cabales como ésta que ha consagrado François Porché al poeta de Les fleurs du mal. El esfuerzo de investigadores infatigables —quienes aseguran, casi tanto como los creadores, la continuidad de las letras francesas—, entregados durante toda su existencia a iluminar una sola figura —J. y E. Crépet en el caso de Baudelaire, Marcel Bouteron en el de Balzac, H. Martineau en el de Stendhal. —, exhumando documentos, rastreando pistas perdidas y fijando detalles, torna luego felizmente hacederos los estudios sintéticos o las biografías minuciosas, deleitables en sí mismas, sin necesidad de apelar a los rellenos imaginarios, anovelados. Desde este último riesgo, por cierto, se exime el Baudelaire de François Porché —poeta a su vez, con cierta significación en la época del unanimismo, autor teatral, ya probado como biógrafo en sus

libros sobre Verlaine y Tolstoi—, atenido fielmente e los hechos, intérprete siempre discreto y a veces penetrante.

Mas aquello que singulariza su Baudelaire, elevándolo por encima del nivel medio de las biografías habituales, es el modo como acierta a combinar muy armoniosamente la reconstrucción documental con la apreciación crítica. Las biografías escuetas, aquellas que pretenden narrar la vida de un escritor, haciendo caso omiso de su episodio fundamental -la obra- no son solamente incompletas, sino monstruosas. Contrariamente, querer trazar la evolución de una obra prescindiendo de los episodios determinantes en la vida de su autor, haciendo desdeñosa abstracción de la época y del medio, -según intenta cierto sistema de crítica reciente- ocasiona resultados no menos truncos o deformes. En este punto, como en tantos otros, un criterio equilibrado, una diestra dosificación de elementos, viene a ser lo más certero. Porché no escinde la obra de la vida; al contrario, tiende a explicar ésta en función de aquélla; procedimiento quizá desaforado en el caso de otros escritores, mas no en el de Baudelaire, cuyas Flores del mal son antes que otra cosa la biografía de un espíritu.

Se recordará fácilmente la irritación que produjo en algunos sedicentes fervorosos baudelerianos el estudio de Jean-Paul Sartre sobre ese poeta. El que menos llegó a motejarlo de irrespetuoso y unilateral. Pues bien, he aquí que algo antes, por su cuenta, sin el menor asomo tendencioso, sin pretender demostrar ninguna tesis existencialista, y desconfiando más bien del método psicoanalítico, François Porché había llegado a conclusiones muy semejantes. Baudelaire, "homo duplex", mitómano, dandy, dominado durante toda su vida por un complejo de "fijación a la madre", padeció también de masoquismo, fué víctima del "auto castigo". La larga serie de vicisitudes mezquinas en que se debatió, testimonia -escribe Porché- "que en muchas circunstancias el autor de Las flores del mal pareció provocar su mala suerte". Sartre, reaccionando contra las biografías apiadables hacia el destino vital del poeta, escarneciendo cualquier tentativa hagiográfica, sentaba en la primera página de su estudio: Baudelaire mereció la vida que tuvo; mejor dicho, fué el propio autor de su destino. Pues, según concluye el teórico existencialista, "la libre elección que el hombre hace de sí mismo, se identifica absolutamente con lo que llamamos su destino". La diferencia es que Sartre casi soslayaba la obra, y en Porché, ésta, y su justa exaltación, adquieren el realce debido.

A la luz de estas páginas crítico-biográficas cobran asimismo evidencia más esclarecedora las razones de la inextinguible posteridad bau-

deleriana. Pues se da el caso singular -obvio, pero nunca bastante subrayado- de que el autor de "L'invitation au voyage" es el único poeta acunado en el romanticismo que atraviesa intacto la reacción simbolista y llega engrandecido a nuestros días. "Desde Baudelaire al superrealismo" es no sólo el título de un libro excelentísimo de Marcel Raymond, sino la síntesis de un período histórico todavía abierto. Ya Paul Valéry señalaba hace años la situación de privilegio que continúa disfrutando Baudelaire. Las evoluciones últimas, el imperio de una literatura proyectada sobre lo abismal, siguen favoreciéndole. Pero en último extremo, mejor que a estas premoniciones, a estos anticipos de la sensibilidad, puestos a explicar la persistencia de Baudelaire, preferiríamos simplemente recordar la interpretación que André Gide -a principios de siglo, refutando un artículo adverso de Faguet (v. Nouveaux Pretextes) - nos proponía; "C'est à la perfection de sa forme que Baudelaire doit sa survie. L'artiste le doit-il jamais à rien d'autre?". Punto de vista radicalmente "anticomprometido", cuya confrontación con ciertas doctrinas últimas se muestra tan tentadora y sugerente. Pero sólo esbozarla nos llevaría por largos caminos...

GUILLERMO DE TORRE

PEDRO SALINAS, La poesía de Rubén Darío (Ensayos sobre el tema y los temas del poeta). Editorial Losada, Buenos Aires, 1948.

Pedro Salinas declara así el propósito que ha determinado este estudio: "Porque entiendo que Rubén Darío ha sido sufrida víctima de críticas impresionistas y juicios inconexos, en dispersión, que se ha mariposeado demasiado sobre su lírica, teniéndola por manojo de flores cortadas, y graciosamente juntas por el florista, que empezaron cada cual en lo poco de tallo que les queda, y no en una honda tierra común, por creer que hay que estudiarla de raíz, es por lo que me he atrevido a escribir este ensayo" (pág. 51). Para coordinar la realidad de esta lírica, anota los aspectos más característicos de la vida de Darío: dos formas de embriaguez, la sensual y la alcohólica; junto a esta realidad fisiológica, aparecen condiciones de otro tipo, también constantes. Primero, la función de periodista, que estimuló en Darío "la atención a lo más superficial, al cultivo de sus capacidades literarias más comunes", actividad de la que se salvó por severa moral de artista. A esta condicionante se impone la noción de patria, "aunque supernacional, es una

patria selectiva, y como en toda selección, excluye. (Por ejemplo, su actitud respecto a Alemania, y los Estados Unidos.) No patria simple; patria compuesta curiosamente de la aceptación profunda de fatalidades naturales, Nicaragua, América, lo español, y de libres preferencias, escogidas en el resto del mundo que se le ofrecía: Grecia, lo latino, Francia" (pág. 43). Patria de múltiple complementación de lo natural con lo cultural, comarcas de paisaje y comarcas de cultura, en dual perplejidad del espíritu de Darío. Dentro de estas constantes, el estudio pormenorizado de las poesías más características -en formas y símbolos- permite afirmar a Salinas que el tema impulsor de Darío es el erotismo, "el afán erótico del hombre", "lo variante son las respuestas que él mismo se inventa a esa solicitud de los sentidos, y los grados de satisfacción que le procuran". Este erotismo se confirma con las notas de insatisfactorio, agónico, trágico, trascendente. Erotismo incluído en la más antigua tradición del hombre, la del pecado: carácter diferencial de Darío entre los poetas eróticos.

El estudio de otros subtemas —Salinas los señala con certeza—, el de la muerte, por ejemplo, en complementarias concepciones, muestra cómo Darío flotó entre lo cristiano y lo pagano, con la conciencia urgida por la realidad de pecado que el segundo término introduce; el miedo, terrible miedo apocalíptico, que frecuentemente aparece en los poemas, tiene este origen.

Dos subtemas, de singular importancia, anota Salinas: el primero, la poesía social; el segundo, la realidad del arte, la poesía y el poeta. Como nota característica de la poesía social rubendariana se señala la "idea universal de amor y paz", "que así viene a ganar un hermosísimo aspecto de monumental unidad". En esta forma se salva la contradicción aparente que media entre poemas como A Roosevelt y La Salutación al Águila, y se explica la mesiánica concepción del Canto a la Argentina. Su concepción del arte concluye afirmando el heroísmo del poeta, como una defensa a que se aferró la combatida realidad de Darío, otorgándose aliento frente a esa vida que, en gran parte, le hicieron otros.

Los tres temas se incluyen —según conclusión de Salinas— en unidad íntima del espíritu del poeta: "Así se adunaron por fin, equívocamente, en el alma de Darío el anhelo erótico, la paz y la eternidad. Ése fué su último engaño, revelador de su última y definitiva verdad." Es una transferencia que comunica los tres temas, de manera que paz y eternidad sirven de compensadores al erotismo.

El libro de Salinas cumple profundamente el propósito del crítico, que ha impuesto severos límites a la temática de su ensayo; abierto en

Archivo Historico de Revista

otras perspectivas, hubiese mostrado cómo la temática de Darío no fué hecho aislado en el momento cultural americano en que se concibió, sino que se resuelve en planteo único con una época de la que Darío es el más nítido representante: realidad que surge del magistral estudio de Arturo Marasso, Rubén Darío (1934) no aprovechado convenientemente por el crítico español.

El ensayo de Salinas es fundamental en un nuevo tipo de estudios estilísticos, no limitados a la forma poética, sino situando las obras en las modalidades que definen la historia de la cultura.

J. C. G.

ELEAZAR HUERTA: Poética del Mío Cid. Ediciones Nuevo Extremo, Santiago de Chile, 1948.

Se nos aceptará insinuar que el Cantar de Mío Cid es, en cierto modo, una creación romántica? Entendámonos: sin la torsión hacia atrás de los encorbatados cuellos que suscitó el viento romántico, sin aquel despertar nostálgico de un desaforado amor al Medioevo, quizá aquellas estrofas niñas no hubieran alcanzado adultez crítica, no habrían conseguido tan alta y justiciera valoración. No es cosa de puntualizar las vicisitudes experimentadas por la apreciación del Poema y de la figura misma del Cid a lo largo de los años, ya que fueron insuperablemente historiadas por don Ramón Menéndez Pidal, nombre que es inevitablemente grato mentar desde el primer instante cuando se habla de la historia medieval y de la poesía épica castellana. Pero el redescubrimiento tardío de Mío Cid es un buen ejemplo de los cambios de sensibilidad y de la peculiar óptica que impone cada época decisiva para juzgar las obras fundamentales.

Desentendiéndose de problemas adyacentes, comprendiendo que por el lado histórico-erudito ya todo está dicho, y, además, que mediando un océano y unos Andes de por medio, fuera ilusorio intentar aportaciones de esa índole, Eleazar Huerta —uno de los nuevos escritores españoles revelados en el exilio, hoy residente en Chile— ha preferido encararse directamente con la obra misma y describir las resonancias que en su espíritu originó una larga y meditativa frecuentación del Poema.

Se ha alegado últimamente (Leo Spitzer) que Mío Cid es más bien entinas www.anira.com.ar

obra de arte y de ficción que de autenticidad histórica. Aunque ello se probara cabalmente, no por eso habríamos de considerar disminuída en un ápice la ingente -y primorosa a la par- tarea de reconstrucción histórica erigida por Menéndez Pidal en varias décadas de estudio, desde L'épopée castillane hasta La España del Cid. Ahora bien, siguiendo más o menos voluntariamente cierta tendencia de la actual crítica loable en sí, en cuanto significa un retorno a la esencia puramente literaria de las obras propiamente dichas y no a sus aledaños eruditos, pero arriesgada en sus consecuencias, cuando pretende llevarla al extremo de ignorar en absoluto su demarcación históricoespacial—, Eleazar Huerta ha preferido situarse en un plano de interpretación puramente poética y por momentos estilística. "Mío Cid -se justifica- ha sido usado hasta nuestros días como fuente histórica, con el inevitable daño para la valoración literaria". Y, por su parte, tiende a considerarlo como un mito heroico, como "un mito cristiano y optimista, intuición tan ingenua como poderosa", como "una hazaña heroica capaz de cambiar y mejorar el mundo". Visión que, por lo demás, no contradice, la que llamaríamos clásica de Menéndez Pidal, cuando escribía desde 1910 en L'épopée castillane: "La biografía del Cid se mezcla con la historia entera de España durante la segunda mitad del siglo XI...; es la figura en la cual encarna la España cristiana medieval con toda su fuerza y su relieve".

Pero volviendo a las intenciones programáticas del autor de Poética del Mío Cid, cabría preguntarse: ¿no estaremos ya aquí a las puertas de cierto unilateralismo interpretativo, presuponiendo una intención ética en la vida de un héroe, animado, cierto es, por un soplo legendario, pero en cuyas gestas y gestos se mezclan lo grandioso y la pseudopicaresco (no concibo, por ejemplo, que pueda darse otra explicación recta más que esta última al episodio de las arcas llenas de arena), la generosidad y la astucia, y muchas otras cualidades antitéticas, en proporciones humanas, que por ello mismo subrayan su realismo, su honda autenticidad? Mas el riesgo queda soslayado, desde el momento en que Eleazar Huerta, si bien se mueve en el plano de la apología, no incurre en deformaciones ni abstracciones. Si magnifica al Cid, lo hace viéndolo como arquetipo, como ejemplar de una dinastía poética, y en cuanto clave inicial de muchos rasgos psicológicos españoles. Y su propósito es situarse en el plano de su creador, del juglar de Medinaceli. "Como ardía -escribe- en él una gran fe optimista, creía en la justicia de un modo absoluto; de modo que vió en el Campeador, indisolublemente unidos, al héroe y al santo, al guerrero invencible y al espejo de caballeros".

Pero todo esto es, al cabo, historicismo, bajo un nombre u otro. Retrayéndose a su propósito de interpretar una pura creación literaria, Huerta acierta plenamente al confrontar al Cid con un patrón intelectual del heroismo, con el Héroe de Gracián. En páginas como éstas, en sutiles desmenuzamientos de otros rasgos humanos y poéticos, que definen también ciertas "constantes" del modo de ser hispánico, da el autor de Poética del Mío Cid la medida más cabal de su sagacidad y su fervor interpretativos. Porque Eleazar Huerta se ha acercado al libro y al héroe con un amor que engendra perspicacia y aún clarividencia. Sin embargo, caminando sobre terreno tan labrado es inevitable que sus pasos coincidan a veces con los de otros. Las secuencias pidalinas serían largas de pormenorizar. Con Dámaso Alonso coincide también en algún punto; por ejemplo, al señalar -según el autor de Ensayos sobre poesía española ya había advertido- el paso en el Poema de lo descriptivo al lenguaje directo, sin verbo introductorio, como un triunfo de los elementos afectivos sobre los lógicos; procedimiento que algunos creerán inventado por la última novelística... Mas por encima de estos naturales reflejos y de aportaciones propias, la intención esencial de Eleazar Huerta queda lograda. Su libro rezuma un contagioso amor cidiano.

G. DE T.

LA CARAVANA INMOVIL

Apelación a las minorías

André Gide, regresado ya hace algunos años del momento en que lanzaba apelaciones a las masas y creía en sus virtudes, vuelve a su juventud y a poner la esperanza en las minorias. En el prólogo que ha escrito para una traducción francesa de Morgenlandfahrt, de Hermann Hesse, y que anticipa Paru (Paris, Nº 50, enero de 1949) recuerda Gide palabras pronunciadas por él en algunas últimas asambleas internacionales. "En Alejandría, en Beirut, en Bruselas, dije que nuestra cultura occidental me parecía estar en peligro: amenazada desde la izquierda y desde la derecha por doctrinas totalitarias donde toda individualidad se anula. Pero "yo creo en la virtud de los pocos...; el mundo será salvado por unos cuantos..." Manifestando idéntica convicción, expresada casi con las mismas palabras, termina el último libro de Hesse, Frieden und Krieg. Hesse presintió, desde los comienzos del hitlerismo, los peligros de la siniestra aventura a que Alemania, con los ojos vendados, se dejó arrastrar. En Pertisau, durante el desarrollo de un congreso no oficial, alguien preguntó cómo se explicaba que en Alemania no se hubiera alzado ninguna voz para denunciar a tiempo el error, y tal vez, al denunciarlo, prevenirlo. Quien se calla, aprueba. Alemania, unánime en el error, debe ser unánimemente condenada - se dijo. Yo protesté diciendo que eso era desconocer varios esfuerzos clandestinos y la heroica oposición de las Iglesias, tanto católica como protestante. En aquel silencio general era menester ver no tanto indiferencia o sumisión como amordazamiento. El totalitarismo, allí como casi siempre, sólo obtenía resultados precarios y por medios crueles: censura de los escritos, muerte, destierro para los que hubieran querido hablar".

Y André Gide concluye: "El valor está del lado de las minorías; con aquellos que no forman parte de ningún partido, o que al menos, enrolándose (y entonces esto se llama un "compromiso voluntario") guardan una conciencia pura, espíritu libre y lenguaje franco. Son raros, pero la importancia de su voz reconócese precisamente en su discordancia. Ellos son los que más tarde serán escuchados".

Juventud y democracia alemanas

Testimonios semejantes, más explícitos aun cuando rozan hechos concretos, parejo afán de indulto moral en los casos particulares, pueden advertirse en numerosos escritores franceses e ingleses. Pero... la generosidad de los vencedores no está en relación directa con la inteligencia de sus políticos, con las medidas tomadas hasta ahora para que Alemania deje de ser peligrosa sin dejar de existir. Lo confirma últimamente la crónica sobre la juventud alemana que publica un estudiante francés, Claude Lanzmann, en Cabiers du Sud (núm. 293, Marsella, 1949).

En 1939, comienza por recordarnos, la Hitler-Jugend contaba cerca de ocho millones de adherentes; es decir, casi todos los jóvenes alemanes, en particular los de las generaciones de 1919 a 1927, que tienen hoy entre veintiuno y treinta años, fueron formados por la ideología de ese régimen. Ahora "no hay problema porque

no hay ideología. Resulta legitimo hablar de seducción colectiva y de enceguecimiento global. La juventud alemana fué de buena fe porque en su conjunto no conoció lo que adoraba. Le presentaron el mundo según normas sencillas y los hombres fueron clasificados con arreglo a un maniqueísmo elemental. Luego, el choque de la derrota fué la señal de la desintegración. En el buen y en el mal sentido de la palabra todos se han desolidarizado". Más adelante agrega: "Por ello no hay que extrañarse hoy de encontrar en toda Alemania, y particularmente en toda la juventud, una casi uniformidad de opiniones, uniformidad en el error, en la mala fe, en la quiebra del juicio. Actitud complementaria es la de aquellos que dicen, como cierto ministro social-demócrata: Han querido ustedes una victoria total; ahora les toca cargar con responsabilidades totales. De ahí cierta especie de exhibicionismo en la desgracia que es fácil encontrar en Alemania".

En cuanto a la propaganda de la idea democrática: "no se puede pedir a un pueblo, desprovisto de experiencia política y, que vivió desde Guillermo II en un círculo infernal de totalitarismo —con el intervalo de Weimar— que descubra la democracia por sus debilidades, aún si éstas son democráticas. Los vencidos, en suma, no sabrán medir los beneficios de la democracia con el metro de los desastres del nazismo".

El drama del superrealismo

"Es menester -escribía Breton en 1945- que el hombre se sitúe con armas y bagajes al lado del hombre". Lo que constituye el drama del superrealismo, a mi juicio - escribe ahora Víctor Crastre, quien durante cierta época tendió el puente de enlace a aquel grupo desde lo literario a lo político, en un capítulo de un libro inédito que anticipa Paru (número 51, París, febrero-marzo de 1949)- el antagonismo entre la pureza conceptual y la eficacia de la acción, entre la poesía o el pensamiento y el hecho social, es un antagonismo creado o exagerado por quienes tienen interés en limitar la revolución al dominio material. Breton ha escrito últimamente: He sostenido siempre que la actividad de transformación del mundo no puede subordinarse a la actividad de interpretación del mundo, ni debe limitar los caminos en las cuales esta última se manifiesta". No por ello deja Breton de creer que el problema social sigue siendo esencial y que la poesía o el pensamiento no pueden tolerar el escándalo de la opresión del hombre por el hombre. Luego André Breton, hoy como en 1925, se niega a escoger entre la Justicia y la Libertad y a encerrarse en un falso dilema: todas sus declaraciones concuerdan sobre este punto. Justicia y Libertad son miembros de un mismo cuerpo; la pérdida de cualquiera de ellos implica la muerte del cuerpo entero. ¿Pureza o eficacia? - pregunta el sentido común. Bretón responde: pureza y eficacia".

En una palabra —aclararemos por nuestra cuenta—, el fundador y máximo teórico del superrealismo, a diferencia de otros que participaron en el mismo grupo, como Aragón y Eluard, se niega a supeditar su arte a las consignas políticas, con riesgo de desnaturalizarlo, trata de conciliar el puro revolucionario espiritual con el revolucionarismo activo, pero libre.

La filosofía en la U. R. S. S.

Se recordará que en enero de 1947 un informe de Jdanov, vocero del pensamiento soviético, resumía las conclusiones de cierto estruendoso debate sobre una Historia de la filosofía occidental, escrita por Alexandrov, y que un año antes había alcanzado el premio Stalin. ¿Qué había sucedido en ese lapso de tiempo? Sencillamente, habíase acentuado la tendencia a la "parcialidad", y Jdanov explicaba que "la expresión del pensamiento filosófico debe acercarse aún más a la realidad concreta, y en particular a las realidades científicas de un parte, y a la actualidad política de otra".

Tal es el resumen que de la cuestión ofrece A. Vexliard al trazar un cuadro de las tendencias actuales en la filosofía soviética (en Paru, núm. 33, Paris, febrero de 1949). Ahora bien, el materialismo dialéctico en tanto que filosofía no es una ciencia situada por encima de las demás; es simplemente un método y una teoría del conocimiento. La dialéctica es el método del marxismo; el materialismo, su teoría del universo o de la naturaleza". Pero sus sostenedores, particularmente los no rusos, quieren ir más allá y pretenden que esa dialéctica materialista "rompe los cuadros de la lógica tradicional".

Refutando tal aserción, a propósito de un libro de Henry Lefebvre, Julien Benda (en la misma revista, núm. 35) hace una aguda disección de la doctrina y concluye: Las afirmaciones de la dialéctica materialista están hechas con vistas a un fin práctico planteado previamente y no tienen nada de común con la actividad científica desinteresada". Por consiguiente, Benda, aun reiterando su adhesión moral al comunismo, se separa de él en su pretensión científica "que está solamente determinada por el inmenso prestigio moderno de la ciencia sobre las masas".

El caso Génet

Hace pocos meses circuló en la prensa francesa un petitorio encabezado por Sartre y Cocteau, donde se pedía la absolución plena de Jean Génet, condenado por reincidencia en su "segundo oficio", aparte el de escritor; esto es, lisa y llanamente, por robo. Más recientemente, y tras el éxito de Les bonnes, ha subido a la escena otra obra dramática de Jean Génet, Haute surveillancê. La acción se desenvuelve en un penal. Sus personajes son delincuentes jóvenes. El protagonista, "un asesino casi fabuloso que domina a otro de menor relieve, quien a su vez deslumbra a un ladrón. Tal prestigio extrae su fuerza del origen mismo de la seducción: el Mal, donde se ordena una jerarquía criminal". Tal es el resumen que el propio autor da de su pieza. Por su parte, uno de los apologistas de Génet —quien empieza por poner su obra al nivel de Proust, Baudelaire y Racine— define así el tema de Haute surveillance: "la autenticidad de la vocación por el mal, el mundo oculto de los réprobos y la gloria deslumbrante que entre ellos se otorgan los héroes militantes en esa caballería del crimen".

Naturalmente, frente a semejantes apologías desmesuradas, los ataques han revestido igualmente un tono violento. François Mauriac (en Le Figaro Littéraire, París, 26 marzo 1949) se esfuerza, con inteligencia y equidad, en situar las cosas

ACCIVO HISTORICO DE REVISTAS

en su punto. "Que Jean Génet —comienza por reconocer— sea un escritor, que tenga inclusive derecho al nombre de poeta, es innegable. No protesten quienes se desentienden de ello, diciendo que no cambia en nada la cuestión. Cambia mucho, pero antes que nada, entendámonos. Estoy en desacuerdo con los turiferarios de Génet, quienes le ponen tranquilamente al nivel de Proust y de Gide. Desde el punto de vista literario, nos importa poco que un autor se entregue a tal o cual vicio, o que sea un condenado de derecho común; lo que nos importa es que partiendo de ese vicio, o de las condiciones singulares de su vida, su obra desemboque en lo humano. Si Proust fuera solamente el pintor de Charlus azotado en una casa equivoca, no sería nada más de lo que es Jean Génet: un escritor especialista que despliega mucho talento dentro de su especialidad. Pero Proust ha pintado el mundo y no un mundo". Por el contrario, Génet "como los personajes de Haute surveillance, da vueltas en torno a la celda de un vicio del cual la creación literaria no le ayuda a escapar, pues todo lo concibe entre los alambres de púa de ese mundo maldito".

Sin embargo, Mauriac, lejos de toda moralina, dista de condenarle, y en tanto que católico escrupuloso hace estos distingos: "Reconozcamos, nosotros los cristianos, con una noble franqueza, que no tenemos nada que oponer, que estamos reducidos al silencio ante ese escándalo calumniador del amor increado; esto es, la condenación de los de abajo, de los niños y de los adolescentes, su predestinación a la infamia". Y Mauriac concluye: "Hay algo peor que el vicio y que el crimen, y es su utilización literaria, su explotación metódica. La verdadera grandeza de Génet hubiera estado en consentir no tener otros testigos que él mismo. De su herencia, los hijos miserables de Rimbaud, descartaron aquello que le hizo resplandecer para siempre entre todos los poetas malditos: su renuncia al exhibicionismo literario, su vocación de silencio a la que fué fiel hasta la muerte".

Nuevas revistas

En Buenos Aires: Reunión y Reseña. La primera, dirigida por Enrique Luis Revol y Alfredo Juan J. Weiss, se presenta en forma de nutridas entregas bimestrales, y cultiva una zona de autores y preferencias semejante a la de Sur. En su segundo número inserta una aguda sátira de Hollywood firmada por Evelyn Waugh, un poema de Saint-John Perse, una novela de Herbert Read; entre las contribuciones castellanas, narraciones breves de Marta Mosquera Eastman y L. E. Revol. Reseña, dirigida por Vicente Barbieri, se consagra preferentemente a la nueva poesía, nos recuerda a Macedonio Fernández, y pone cierta animada intención en sus notas y comentarios.

En Montevideo: Número, Marginalia y Cuadernos Julio Herrera y Reissig. La primera surge como una escisión de Clinamen, y aparece dirigida por Manuel A. Claps, Emir Rodríguez Monegal e Idea Vilariño. En su primer número, aparte colaboraciones de Alfonso Reyes y Ferrater Mora, traduce Muerte en la catedral de Eliot. Marginalia, dirigida por Mario Benedetti, no alcanza la misma categoría; en su número 2 paga asimismo tributo a Eliot, traduciendo el poema "Gerontion". Los Cuadernos Julio Herrera y Reissig, publicados por Juvenal Ortiz Saralegue, terminan con el número 6 su serie prevista y puramente poética; son curiosas sus páginas de facsímiles.

En Lima: Mar del Sur. Menos juvenil y avanzada que Las Moradas, mostrando
Argentinas | www.ahira.com.ar

380 REALIDAD

mayor interés por lo histórico, no por ello desdeña lo actual y posee un serio atuendo. Es su director Aurelio Miró Quesada.

En Madrid: Punto y Raíz. La primera dirigida por T. Seral y Casas, es órgano informativo del grupo literario y de la librería Clan. Menos lograda que Insula, muestra también una clara voluntad de pureza literaria, sin aceptar implicaciones extrañas. Su número O se inicia muy significativamente con un poema póstumo e inédito de Miguel Hernández, y en el 1 el comentario inicial versa sobre Ortega y Gasset con motivo de su último curso sobre Toynbee. La segunda revista congrega a estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras, y está a su frente Juan Guerrero Zamora. En su número 3 exhuma un texto sólo ahora reencontrado de "Los títeres de Cachiporra", por Federico García Lorca, merced a una copia que conservaba en su poder el actor José Franco, protagonista de la graciosa farsa cuando se representó en 1937, durante la guerra, en Madrid.

En Tucumán: Notas y estudios de Filosofía. Un grupo de estudiosos, bajo la iniciativa de Juan Adolfo Vázquez, inician estos cuadernos, que a pesar de la modestia del propósito enunciado en nota previa, contienen en su primera entrega, a más de copiosa y bien controlada información filosófica de todo el mundo, ensayos de José Ferrater Mora ("¿Qué es la logística?"), de H. G. Schenk ("La profecía de los románticos"), Juan Adolfo Vázquez ("Historia y verdad"), un texto de Hume, etc.

INDICE

	Pág
Goethe y la filosofía del dibujo, por Alfonso Reyes	257
La economía, la técnica y el mundo del futuro, por Jesús Prados	
Arrarte	264
La herejía del utopismo, por S. Franck	281
Comedia de Calisto y Melibea, por Enrique Anderson Imbert	301
Para una defensa de la poesía, por Enrique Luis Revol	309
Las supervivencias ideales de la España del siglo XVII, por	
Álvaro Fernández Suárez	325
"Muerte y transfiguración de Martín Fierro", por Carlos	
Sánchez Viamonte	333
Sobre Erasmo, por Juan J. Fitzpatrick	338
Actitud de Lugones, por Juan Carlos Ghiano	342
Un cadáver viviente, por Julio Cortázar	349
Panorama de la novela venezolana, por Aida Cometta Manzoni	350
Correo literario de París, por Juan Andrade	355
Teatro, por J. R. Wilcock	362
NOTAS DE LIBROS	
Francisco Ayala: "Los usurpadores", por Fryda Schultz de Man-	
tovani	363
Carmen Gándara: "El lugar del diablo", por Eduardo González	
Lanuza	366
François Porché: "Baudelaire", por Guillermo de Torre	369
Pedro Salinas: "La poesía de Rubén Darío", por J. C. G.	371
Eleazar Huerta: "Poética del Mío Cid", por G. de T.	373
La caravana inmóvil	376

INDICE GENERAL DEL VOLUMEN QUINTO

ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: Comedia de Calisto y Melibea, XV, 301.
ANDRADE, JUAN: Correo literario de Paris, XV, 355.
BRUERA, JOSÉ JUAN: Digresión sobre la etiqueta, XIV, 189.
CANAL FEIJÓO, BERNARDO: Las dos metáforas constitucionales, XIV, 156.
CARPIO, ADOLFO P.: Una traducción de Plotino, XIII, 85.

COMETTA MANZONI, AÍDA: Panorama de la novela venezolana, XV, 350. CORTÁZAR, JULIO: Graham Greene: "The Heart of the Matter", XIII, 107.

- Leopoldo Marechal: "Adán Buenosayres", XIV, 232.

- Un cadáver viviente, XV, 349.

CHACEL, ROSA: Lo nacional en el arte, XIII, 62.

DEVOTO, DANIEL: Los ojos de Berceo, XIV, 164.

DUDGEON, PATRICK O.: Un simposium sobre T. S. Eliot, XIII, 90.

FERNÁNDEZ SUÁREZ, ÁLVARO: Las supervivencias ideales de la España del siglo XVII, XV, 325.

FERRATER MORA, JOSÉ: Wittgenstein o la destrucción, XIV, 129.

FITZPATRICK, JUAN J.: Sobre Erasmo, XV, 338.

FRANCK, S.: La berejía del utopismo, XV, 281.

GADOFFRE, GILBERT: La educación nazi sobre Austria, XIII, 14.

GÁNDARA, CARMEN: Vicisitudes de la novela, XIII, 32.

Silvina Ocampo: "Autobiografía de Irene", XIV, 238.

GHIANO, JUAN CARLOS: Actitud de Lugones, XV, 342.

- Pedro Salinas: "La poesía de Rubén Darío", XV, 371.

GONZÁLEZ LANUZA, EDUARDO: Carmen Gándara: "El lugar del diablo", XV, 366.

GULLÓN, RICARDO: Carta de España, XIV, 184.

HALPERIN DONGHI, TULIO: Sarmiento: "Artículos críticos y literarios", XIII, 112.

LUZURIAGA, JORGE: Dudadores, XIV, 213.

OLIVERA, MIGUEL ALFREDO: Teatro: Una tragedia griega en Buenos Aires, XIV, 223.

- Ernesto Sábato: "El túnel", XIV, 241.

PENDLE, GEORGE: La mujer inglesa actual, XIII, 80.

- El gusto por la publicidad, XIV, 195.

PERRIAUX, JAIME: Revelaciones sobre la "Conducta sexual", XIV, 206.

PERRIN, JEAN PIERRE: Las corrientes del pensamiento francés de boy, XIII, 98.

PLÁ, CORTÉS: George Sarton: "Introduction to the History of Science", XIII, 103.

PRADOS ARRARTE, JESÚS: La máquina de gobierno, XIV, 199.

- La economia, la técnica y el mundo del futuro, XV, 264.

REVOL, ENRIQUE LUIS: Para una defensa de la poesia, XV, 309.

REYES ALFONSO: Goethe y la filosofia del dibujo, XV, 257. RINALDINI, JULIO: Paul Bénichou: "Morales du Grand Siècle", XIII, 120.

ROMERO, FRANCISCO: Persona y cosmos, XIII, 42.

SÁBATO, ERNESTO: Capitalismo, racionalismo, judaismo, XIII, 50.

SAGLIO, NELLY V.: George Orwell: "Rebelión en la granja", XIII, 123.

SÁNCHEZ VIAMONTE, CARLOS: "Muerte y transfiguración de Martín Fierro", XV, 333.

SCHULTZ DE MANTOVANI, FRYDA: Magia y realidad, XIV, 178.

- Francisco Ayala: "Los Usurpadores", XV, 363.

SOSA LÓPEZ, EMILIO: Tendencias de la poesía argentina actual, XIII, 73.

TORRE, GUILLERMO DE: Ángel del Río: "Historia de la literatura española", XIV, 229.

- François Porché: "Baudelaire", XV, 369.

- Eleazar Huerta: "Poética del Mio Cid", XV, 373.

VÁZQUEZ, JUAN ADOLFO: Occidente, el tiempo y la eternidad, XIII, 1.

VERA, FRANCISCO: La bistoria de la matemática, XIV, 202.

WILCOCK, J. R.: Teatro: "El malentendido" y sus malentendedores, XV, 362.

ZARDOYA, CONCHA: El humanismo y misticismo de Aldous Huxley, XIV, 141.

ACTIVIDADES FILOSÓFICAS: XIII, 102.

ORTEGA EXPONE A TOYNBEE EN MADRID: XIV, 226.

LA CARAVANA INMÓVIL: XIII, 125; XIV, 1247; XV, 376.

ESTE DÉCIMOQUINTO NÚMERO DE

REALIDAD Revista de Ideas

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 4 DE JULIO DE 1949

EN LA

IMPRENTA LÓPEZ, CALLE PERÚ 666, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

> Impreso en la Argentina Printed in Argentina

MARCA REGISTRADA Nº 238.293

RERISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 237.122

EDITADO POR
REALIDAD, SOCIEDAD DE RESPONSABILIDAD LIMITADA
Capital: \$ 50.000 m/n.

